MASTER
NEGATIVE
92-80743-8

MICROFILMED 1992

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States -- Title 17, United States Code -- concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material...

Columbia University Library reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

ABAD DE SANTILLAN, DIEGO

TITLE:

PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPANOL . . .

PLACE:

MADRID

DATE:

1917

Master Negative #

92-80743-8

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

946.01
Ab13
Abad de Santillán, Diego
Psicología del pueblo español, por D. Abad de Santillán... Madrid, Cruz, 1917.
305 p. 21½ cm.

99

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 9/17/92 INITIALS S.M
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

PSICOLOGÍA

DEL

PUEBLO ESPAÑOL

POR

D. ABAD DE SANTILLÁN

Precio: CINCO pesetas.

MADRID
LIBRERÍA DE ANTONIO RUBIÑOS
Calle de Preciados, núm 23.
1917

996.01 A613

Columbia University
in the City of New York

LIBRARY

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the library rules or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
JAN 16 1951	FEB 14 1952		

C28 (1149) 100M

PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL

OPÚSCULOS

DE

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

	Pesetas.
Discurso sobre los grandes hombres y sobre la existencia de un redentor de España.....	0,50
El derecho de España a la revolución.....	1,00

DE VENTA

En la Librería de Antonio Rubiños, Preciados, 23. Madrid.

PSICOLOGÍA

DEL

PUEBLO ESPAÑOL

POR

D. ABAD DE SANTILLÁN

Precio: CINCO pesetas.

MADRID
IMPRENTA DE FELIPE PEÑA CRUZ
Calle de Pizarro, 16.—Teléfono 14-02.
1917

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

946.01
Ab 13

A.S.P. Jg. 10 | 20

A Don Joaquín

Sánchez de Toca.

uno de los políticos de la España vieja, que no será olvidado después de la revolución próxima.

En prueba de la confianza que tiene en sus cualidades de estadista

Diego Abad de Santillán.

Madrid, 9-X-1917

PREFACIO

El individuo, la sociedad, el medio ambiente.

Si a la concepción del hombre se sigue la concepción de la sociedad humana, inmediatamente denominamos a aquél la más pequeña unidad viva de la gran unidad social, y así aplicamos a la sociología, convenientemente, la terminología biológica. Consideramos al hombre como una célula, y a la sociedad como un organismo compuesto de células.

El estudio de la sociedad es el estudio de un hombre grande, así como el estudio del hombre es una mera ampliación del estudio de una célula. Sobre la célula se han hecho las mismas investigaciones que sobre el hombre y sobre la sociedad...

Lilienfeld consideraba al hombre como una célula del organismo social; Spencer y Espinas, a la sociedad como un organismo puramente fisiológico; Schaeffle hace de las sociedades un reino propio, el «reino personal social»; Wundt no admite como realidad dada en la experiencia el individuo aislado; según él, sólo existe el *individuo social*...

La biología y la antropología son ciencias que giran en torno a objetos de análogas manifestaciones. Biólogos y antropólogos examinan el medio ambiente como factor esencial en la producción de los fenómenos vitales de la célula y del hombre. La abstracción más fantástica sería la concepción del hombre como algo independiente; en sana biología «no es posible—dice Varigny—estudiar un animal o una planta separados de las mutuas acciones, y de las relaciones recíprocas numerosas, aislados de su medio de vida, ni es posible formar una idea adecuada del hombre, estudiándole fuera de la sociedad, apartado del medio en que vive». El hombre es un producto de la sociedad en que tiene lugar su desarrollo y del ambiente climato-telúrico, determinante de su actividad fisico-química, que a su vez determina la actividad psíquica. De la geografía es también producto el pueblo, por cuyo motivo no es cuerdo prescindir del estudio del ambiente, regulador de los fenómenos de la vida social, y del carácter del pueblo por consiguiente. Un grupo social está sujeto a leyes tan naturales como las que rigen en los estadios de la evolución humana.

Los modernos sociólogos interpretan el desenvolvimiento de los pueblos desde distintos puntos de vista, y todos ellos reconocen leyes, fuerzas impulsoras y reguladoras de los movimientos sociales.

Los fenómenos que no están sujetos a leyes conocidas se atribuyen al acaso, al destino, al hado; Colajanni

habló de un factor imprevisto, que influye poderosamente en la vida de los individuos y de los pueblos. Ejemplo de este factor imprevisto es la tempestad que destruyó la Armada española en el siglo XVI. *La Invencible* fué deshecha por la imprevisión, sin la cual «nada habrían podido Drake y Walter Ragleigh, y el genio de Cromwell no habría encontrado tal vez los elementos en que había de manifestarse». El factor «imprevisto» de Colajanni es «el acaso» de Boutroux, quien lo interpreta como expresión de la libertad. Estos factores ningún fundamento tienen fuera de los pueblos ignorantes; las variaciones y discontinuidades bruscas no lo son más que en nuestra conciencia; *natara non facit saltus;* Hugo de Vries, Boutroux y Renouvier creen en la discontinuidad; pero aceptando «las variaciones contingentes», aceptamos la libertad en la Naturaleza y nos pondríamos en camino de negar el determinismo de todo movimiento, el principio de la causalidad.

Prueba de que no hay arbitrariedad en nada es la reacción de los pueblos contra esos factores no previstos, pero que pueden serlo, y para que lo sean establecen las sociedades humanas sistemas de defensa en sus sociólogos; la Sociología es una defensa que tienen los pueblos frente a los caprichos del «acaso», o mejor, frente a la incertitud de la ignorancia.

La teoría básica o bio-sociológica es la que tiene un valor más científico en el conocimiento de los fenómenos sociales; cada célula, dentro de cada organismo tie-

ne las mismas funciones elementales que la actividad vegetativa del organismo entero, dice el Dr. Marañón; Novicow hace de la biología y la sociología «una sola y misma ciencia, dividida en dos vastas provincias». El individuo y la sociedad siempre se acompañan y concluyen, según G. Carle, por seguir la misma suerte y vicisitudes.

Diferentes individuos y diferentes sociedades divergen en sus sentimientos, en sus pensamientos y en sus actos por influjo de su medio particular. Los griegos ya reconocieron estas influencias antropogeográficas y antroposociológicas; atribuyeron el color negro y los cabellos rizados, características de algunas razas, al clima ardiente, que obraba sobre los humores hipocráticos, motivando la hipofunción de unos e hiperfunción de otros.

Por causa de los alimentos que el hombre consume llega a ser indistintivamente moderado, incontinente, audaz, tímido, bondadoso y alegre, según opinión de Galeno.

Hipócrates atribuía al clima y a las instituciones la bravura y pasión belicosa de los europeos, y la dulzura y afeminamiento de los asiáticos, y también dice que para conocer bien el cuerpo vivo es preciso estudiarle en sus relaciones con lo que le rodea, es decir, con el medio cósmico y con el medio social.

Sabían los filósofos helénicos, como hoy lo sabe nuestro pueblo, que «el hombre no es hombre sin el

hombre», que «el hombre sólo se hace hombre mediante la comunidad humana» (Natorp).

Refiere Diógenes Laercio que, preguntado el pitagórico Xenófilo cómo se instruiría bien a un hijo, respondió: «Siendo ciudadano de una ciudad que tenga buenas leyes». No otra respuesta se deduce de la pedagogía social de Natorp.

Si es verdad que los hombres mediocres son los más sensibles a la acción del medio, piensa Lagerborg también lo es que la voluntad más fuerte y más libre no podría sustraerse al influjo de esa acción, y Dorado Montero agrega que la moral, bajo la forma de costumbres, opinión pública, conciencia nacional, etc., «es una tirana: en los conflictos, entre sus prescripciones y las de la conciencia individual de los sujetos, ha de ceder siempre ésta ante aquélla; es moral lo que la opinión del grupo requiere, aun cuando repugne a la conciencia del agente».

Hoy la geografía social o política y la geografía humana son objeto principal de estudio, cuyos resultados, enormemente positivos, iluminan al legislador por intermedio del sociólogo. Previsto el valor del ambiente por Platón e Hipócrates en la antigüedad, y explicado modernamente por Montesquieu, Buckle, Taine Herder, Humboldt, Ritter, Ratzel, etc., la ciencia de las sociedades dió un paso gigantesco.

El clima y el suelo son los cimientos fundamentales de todo nación. Estos dos factores ventilan con justicia

irreprochable los más árduos problemas internacionales y nacionales. La voluntad de los más grandes reyes ha de humillarse a la voluntad de la Naturaleza; querer burlar sus decisiones es una locura que fatalmente acarrea a los infractores o a sus descendientes el peor de los males.

Las naciones — dice Le Dantec — tienen un origen geográfico; y geográfico, decimos nosotros, es el límite de su expansión territorial.

El medio físico determina el asiento de un pueblo, y ese pueblo será literato, industrial, comerciante o científico, según en qué «campo de fuerzas» se desenvuelva. Si el frío hace mella en sus individuos, desarrollará una gran industria de tejidos; su arquitectura será peculiar, adaptada a la defensa del hombre contra las bajas temperaturas. Es la necesidad la que obliga al hombre a «ser», a desarrollar sus «posibilidades».

La constante aparición de necesidades, tan bien estudiada por B. Gurewitsch, y el hábito de satisfacerlas por medio del trabajo, es el principio de las aspiraciones sociales, religiosas, científicas...

El frío hace al hombre reservado y da a los músculos de la cara cierta contextura; el calor nos hace expansivos y alegres.

Lo mismo que una planta transportada a otro clima, si a él logra adaptarse, forma una variedad nueva, así el hombre, así los pueblos primitivos variaron física y psicológicamente al emigrar de una región a otra. Bien

dice Ihering al decir que el suelo decide lo que han de ser los pueblos.

El hombre, esa «máquina química» de Loeb, se ve influenciado por el medio ambiente hasta en su morfología externa y aun interna. Ciertas substancias que la máquina humana asimila y transforma dan por resultado la conformación orgánica del hombre y su conducta, consecuencia de esta conformación.

Lagneau estudió la influencia del medio sobre la raza; dice que la introducción de los fosfatos en la alimentación aumenta la talla de los animales.

El sistema endocrino funciona según la calidad y cantidad de sus excitantes. Un alimento posee la propiedad de excitar más una glándula que otra, y de esto se infiere que en regiones dondela calidad de los alimentos difieran, diferirán sus habitantes en el temperamento fisiológico, en la estatura, en el color de los cabellos y la piel...

Tal disparidad hay entre pueblos de geografía diversa, que «no es posible imaginarse el pueblo inglés en el pueblo ruso, ni el pueblo ruso en el pueblo ingles», como dice A. Kirchhoff.

Sea o no verdadero el monogenismo de las razas, difieren éstas actualmente entre sí, como los climas, la configuración de la corteza terrestre, la intensidad de la luz del sol...

Nunca la civilización que se desarrolle en un terreno granítico será igual a la que se desarrolle en un país calcáreo o carbonífero.

Nicéforo ha comprobado que los terrenos ígneos primitivos favorecen la pobreza, mientras que los sedimentarios contribuyen a la riqueza, de donde se deriva la diversa estatura de los hombres que habitan estas dos clases de terrenos. La pobreza de la vida vegetal y animal de una región interesa a los que en ella viven, pues han de ser muy hábiles para que la *importación* mitigue suficientemente la deficiencia de la *producción*. Lo mismo que la miseria, la abundancia marca al hombre con su sello inconfundible.

De von Ihering son estas palabras, que sintetizan toda la doctrina antropogeográfica:

«El lugar que un pueblo determinado ocupa en el mapa del mundo decide fatalmente su suerte feliz o desgraciada, pudiendo así decirse que la geografía es la historia trazada de antemano», y en efecto: los habitantes de las costas, los que ven el mar, se hacen comerciantes, industriales, sociables, comunicativos, ágiles; el mar se mueve continuamente y el hombre no permanece ocioso cuando a su alrededor todo es activo, cuando la Naturaleza misma le da una lección tan rica en incitaciones al trabajo. «Cada situación geográfica—dice A. D. Xénopol—crea necesidades permanentes que exigen ser satisfechas, y que impondrán la línea de conducta que un pueblo habrá de seguir en todas las circunstancias de su vida».

Es curiosa la etología del habitante del desierto, porque nos demuestra hasta qué punto la actividad del

hombre es un resultado de fuerzas exteriores a él y que sobre él obran.

El habitante del desierto se amolda a la pobreza impuesta por el medio; algunos de sus órganos desaparecerán atrofiados por falta de uso; otros funcionarán perfectamente, con agudeza pasmosa; la vista y el oído tienen en él una intensidad perceptiva que no es común entre los pobladores de otras regiones.

La influencia del desierto sobre sus habitantes resultará bien sensible de la comparación entre un árabe, que es semita, y un turcomano, que es uralo-altáico: actualmente revelan asombroso parecido.

El cuerpo del hombre del desierto es vivificado por el calor seco, y el calor húmedo produce en él efectos contrarios; resiste la sed como ningún europeo es capaz de concebir siquiera, pero su resistencia tiene un límite, y antes de llegar a él busca afanoso agua. La satisfacción de la sed es su mayor necesidad; de ahí que todos sus actos giren en torno a la captura de tan indispensable elemento.

Si descartáramos de la actividad del nómada africano o asiático los motivos secundarios de ella, veríamos que el centro del mundo, el punto de gravedad del «yo» de un hombre del desierto está en el agua.

La industria, el comercio, la religión, las costumbres, el origen de todas sus ideas y aspiraciones está en la satisfacción de la necesidad predominante, que en los desiertos es la sed.

Dice Bruhnes que la situación, la configuración, la estructura o el clima de una comarca contribuyen a explicar su organización social, y que la historia escueta no dice nada sin la geografía humana.

La luz es un poderoso factor que modifica el cuerpo y el alma de los hombres; facilita los movimientos musculares, acelera las reacciones químicas de los organismos, ilumina el espíritu, como ilumina el ambiente exterior.

En la obscuridad las funciones orgánicas sufren un entorpecimiento, se hacen más lentas y costosas. La noche solar deprime el ánimo.

En los países montañosos buscan sus habitantes, para localizar las viviendas y los cultivos, las pendientes soleadas, y las buscan obedientes a las fuerzas que en biología llevan el nombre de *tropismos*.

El hombre es heliotrópico.

Lugeon observó que en el valle del Ródano, entre el manantial del río y Martigny, hay 20.000 habitantes; en la orilla opuesta, más soleada, hay 30.000; estos habitantes tienen no ya más inteligencia, sino más salud y un porte más aristocrático que los moradores de la otra parte del río. Las gentes cuyas casas son más visitadas por el sol usan en sus modales más franqueza, son más nobles y menos viciosas que las gentes que habitan los lugares sombríos, donde el rencor, la ferocidad y el vicio se presentan, contrastando con la bondad, la alegría y la generosidad de los visitados por el sol, de las personas más heliotrópicas.

En una ciudad populosa la gente de más baja condición y de peores costumbres vive en los arrabales sucios y en casas o chozas pequeñas, con pequeñas puertas y ventanas, por cuyos huecos no cabe la Higiene.

La parte de la ciudad limpia, soleada, magníficamente iluminada por la noche, no crea criminales. La crápula sale de la sombra; en la obscuridad se ennegrece el espíritu y enferma el cuerpo, se abre el camino de la taberna; el vino y la suciedad pone en condiciones de sentir, de pensar y de obrar mal; todo esto, junto, lleva al manicomio, a la cárcel o al hospital.

El hombre psíquico arraiga en el hombre físico; cada temperamento tiene una «filosofía práctica»; el pensamiento de un individuo sigue una «línea de fuerzas» marcada por su especial estructura fisiológica; las ideas tienen un substratum material en las neuronas cerebrales, y estas células no son iguales en el cerebro del nervioso y en el del sanguíneo, en el del rico y en el del pobre, en el de un sabio y en el de un ignorante.

Un país no es igual a otro país: en uno hay hielos, en el otro un calor deprimente; los hombres que viven en la zona tórrida no piensan como los que viven en los polos, porque no sienten lo mismo, porque no ven las cosas de la misma manera, y la mudable representación del mundo—dice Roberto Ardigó—determina una mutación correspondiente en los hábitos y costumbres de los hombres.

La intuición directa del ambiente por el individuo

crea el carácter de éste. ¡Qué enorme espacio separa al que nació en un palacio del que nació en una choza! Los que nacieron cerca de un tranquilo lago no son de iguales sentimientos que los que vinieron al mundo en una inmensa llanura.

El que continuamente trata con máquinas y mecanismos, no ve por último en el Universo nada más que un mecanismo.

El niño define las cosas por aquella particularidad que más le impresiona; un caballo es un animal que tira del coche, diría un niño nacido en una ciudad, y el sabio, por sabio que sea, no sabe definir de otro modo.

La morfología de las concepciones míticas tiene su base en el contenido de la conciencia de los pueblos creadores de los mitos. Si la leyenda mosáica de Adan la hubieran formado los primitivos habitantes alpinos, Dios no hubiera hecho de barro al primer hombre, sino de nieve.

El carácter de un pueblo es aquel rasgo original que lo distingue de otros pueblos, y ese rasgo propio nace como reacción contra el medio. Un temperamento es más útil que otro para la vida práctica, aunque lo sea menos en otras circunstancias; por eso tiene razón Angel Mosso cuando dice que el destino de los pueblos no está en su comercio, ni en su ciencia, ni en su ejército, sino en las vísceras de sus ciudadanos.

Un ambiente rico en substancias alimenticias es un enemigo del desarrollo de la voluntad, porque en él no

se exige la intensidad y constancia del esfuerzo que exige un ambiente pobre.

Todo lo dicho da una idea de lo necesario que es a un historiador el conocimiento de la escena en que tiene lugar la historia de un país. La historia como ciencia no existió hasta que en ella tuvo cabida el factor geográfico. Hoy una relación de la actividad de un grupo social o de una nación se apoya en su elemento genésico: la naturaleza ambiente, principio de toda acción y molde en que se forman individuos y sociedades.

Dice Le Bon que después de lejanos viajes por diversos países, lo que ha quedado más grabado en su espíritu es que cada pueblo posee una constitución mental tan fija como sus caracteres anatómicos, y de la cual se derivan sus sentimientos, sus pensamientos, sus instituciones, sus artes.

La historia, basada en la geografía, como en su base nutritiva, será la historia perfecta, la que puede satisfacer nuestra curiosidad más profunda, porque ha de estudiar la evolución de los pueblos y sus accidentes, sin errores teleológicos preconcebidos.

La ciencia ya no admite el finalismo tradicional; admite un teleologismo fisiológico, en vista de la tendencia de todo órgano a funcionar, pero reconoce, aun en este mismo teleologismo, causas eficientes.

Sabemos ya que las naciones no viven para cumplir determinado «destino providencial», sino que cumplen un destino porque viven, y un destino más que

otro, porque viven en regiones determinadas. La antroposociología ha de averiguar, ante todo, cuáles sean o hayan sido estas determinadas regiones.

Hasta aquí hemos considerado al individuo y a la sociedad como seres *pasivos* frente a la influencia del medio; las concepciones darwinianas dominan el mundo de las ciencias naturales y sociales quizá excesivamente. El individuo o la sociedad se defienden, según Darwin, háblase de defensas, pero no se concibe la vida, a través de su pupila *como ataque*, y en la vida de los organismos, más que de defensa, la lucha que sostienen, es de ataque.

Cierto es que se adaptan al medio, pero también adaptan el medio a sus necesidades, y esta segunda operación es más propia, porque la vida es algo activo, la pasividad se traduce por la muerte.

No se duda de la infuencia de la naturaleza ambiente sobre los pueblos, ni de la influencia de los pueblos sobre la naturaleza ambiente. El hombre sabe unir mares separados por istmos; hacer desaparecer montañas, ensanchar ríos y hacerles cambiar de cauce; desvastar bosques y crearlos; destruir animales dañinos y multiplicar, al mismo tiempo que los perfecciona, los que le son útiles; explotar las riquezas naturales de los montes, del subsuelo y de los ríos; sabe vencer las dificultades que la distancia opone a la percepción de los sonidos y de los objetos, trasladarse de un punto a otro con una prontitud espantosa, imitar el vuelo de los pájaros, vivir en el agua como los peces, etc.; realiza las fantasías des cabelladas de los poetas, de los novelistas, las hipótesis de los sabios.

Todas las fuerzas naturales son destructoras de la vida; la vida ha de vencer las fuerzas de la naturaleza, y ha de vencerlas traidoramente, después de conocerlas.

«La naturaleza obra para determinar la esfera de acción en la cual el hombre se mueve—escribió Paul Rousiers—; pero el hombre extiende más y más su poder sobre la Naturaleza para agrandar artificialmente esta esfera.»

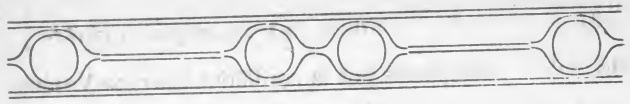
En los Estados Unidos la voluntad del hombre convirtió en terrenos de cultivo enormes comarcas esteparias y extensos montes vírgenes.

En Holanda se formaron provincias enteras sobre lo que fué mar.

Le Dantec cree que la lucha se verifica entre el individuo y el medio con mayor frecuencia que entre un individuo y otro. Novicow es de la misma opinión. El medio físico hace al sér vivo, el medio social lo humaniza. Antes que al predicado «humanos» respondemos al predicado «vivos», porque el sér viviente puede existir sin más atributos que la vida, y el atributo humano es un valor derivado de la vida misma.

Cuando el medio perjudica al hombre y éste no cree conveniente huir, lo modifica o sucumbe; la muerte es repulsada por el sér que vive, y se complace en la satisfacción de sus apetitos. El funcionamiento de nuestras

diferenciaciones celulares causa placer, y por eso se sostiene la vida, aun en constante lucha. Hay un equilibrio entre la vida y el medio que la naturaleza quiere destruir por una acción sobre el sér vivo, y éste lo defiende con sus reacciones sobre el medio.



PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL

CAPÍTULO PRIMERO

Geografia española.

La Península ibérica es un macizo de fuerte relieve y gran accidentación, con escasas zonas de poca altitud.

Casi la mitad de la Península (264.500 k^2) se halla comprendida entre los 500 y 1.000 metros sobre el nivel del mar.

La elevación media de nuestro suelo es de 660 metros. Sin nombrar a Suiza, España es el país más elevado de Europa. En la cordillera Pirenáica y en la misma Sierra Nevada se conocen las nieves perpetuas.

Es Iberia una enorme protuberancia trapezoidal. En su centro están las famosas mesetas castellanas formando así como otra Península dentro de la Península actual, unida al continente europeo por un estrecho itsmo que aparece en las provincias vascongadas. La meseta central—dice Dantín Cereceda—resume en sí todos los rasgos fundamentales y el carácter de la Península: está

dividida en dos partes por la cordillera Carpeto-Vetónica, y lim tada la altiplanicie meridional con el Norte por la Carpetana, y en el Sur por la Mariánica. La meseta septentrional comprende las provincias de Valladolid, Palencia y León.

La extensa cuenca de Castilla la Vieja no tiene relieves montuosos —describe Dantín Cereceda—; sólo páramos la accidentan, y valles de erosión la disecan; sus rocas son de fecha reciente, terciarias y cuaternarias (arcillas, margas, yesos, calizas de agua dulce). Proverbiales son en toda la Península la extensión y horizontalidad de sus llanuras.

En la región aragonesa del Ebro se observa una gran depresión que comunica ampliamente con la costa mediterránea. Según el geólogo Fernández Navarro, puede decirse que es una playa que se mete tierra adentro.

Se halla la Península cruzada por cordilleras y ríos en todas direcciones, sin obedecer a leyes ni planos determinados; se cuentan más de veinte orientaciones en nuestro reducido territorio; más de veinte planos distintos por los que corren las aguas torcidamente hacia los mares limítrofes, como si se negaran a salir de la Península.

España está dividida en regiones geológicas diferentes que influyen en la flora, en la fauna, en la densidad de población, en la estatura y en el carácter de sus habitantes.

Todas las acciones geogénicas contribuyeron a la formación del suelo español, cubriéndolo desigualmente con sus sedimentos y sus fósiles característicos.

El geólogo dice que el macizo peninsular ibérico tiene por nota distintiva la variedad, y el geógrafo nota el mismo distintivo al comparar las secas y áridas llanuras de las dos Castillas y Extremadura con las huertas y vegas riquísimas de las provincias de Levante y Andalucía; las crestas inaccesibles del Norte y las paramedas centrales que recuerdan las pampas argentinas; las altas, riscosas y dilatadas cordilleras, muchas de ellas desprovistas de vegetación, y las suaves colinas yesosas; el paisaje gallego femenino y el viril paisaje castellano; el variado suelo en general, donde todas las especies vegetales tienen su representación, aunque el carácter africano es el más importante entre los que distinguen nuestra flora de la de los países europeos.

Leopoldo Pedreira resume los cuatro diferentes aspectos del suelo español así: *a)* El pirenaico, de carácter europeo, abundante en aguas con cielo nuboso, con campos cubiertos de verdor, tierra de valles y montañas, ganadería abundante y población densa e industriosa. Galicia se compara a Suiza, Asturias y las Provincias Vascongadas, a Bélgica por su industrialismo y su actividad, y Cataluña es semejante al Mediodía de Francia y Norte de Italia. *b)* El levantino, análogo a las costas mediterránea de Asia. Elche y sus palmeras semejan una ciudad de Tierra Santa. *c)* El Mediodía, a

Sur de la cordillera Mariánica, tiene un aspecto africano; el cielo es azul intenso y se dejan sentir los vientos y el calor de Africa, y los campos están cubiertos de olivos, naranjos, caña de azúcar, etc. *d)* El centro de la Península está formado por extensas mesetas que sirven de lazo a las diferentes regiones y ofrecen físicamente un aspecto monótono y desolado.

Según algunos viajeros y según algunas razas, de Castilla puede decirse que no provoca la alegría ni la tristeza, sino más bien una mezcla de la una y de la otra, un sentimiento melancólico y religioso que poco a poco eleva el alma sin hacerle perder enteramente de vista las cosas de aquí abajo.

Para otros el paisaje castellano es un cuadro sobrio, austero, de amplio horizonte, que sin necesidad de figuras, sin acción, sin episodio a que la tierra sirva de ambiente o de escenario, impresiona y conmueve con una nota fuerte y trágica.

Pero no sólo hay esto en España, sino la variedad más armónica y bella que pueda tener otro país.

Aquí tenemos nieblas y lluvias, con un ambiente más templado que el de Inglaterra, en Galicia, en Asturias y en las provincias vascas. Un habitante del centro de Europa o de la Siberia, se creerá en su propio país, en Pajares, en Burgos, en Teruel, en Avila, en Albacete; un morador de los trópicos se sorprenderá de la analogía entre el bochorno andaluz, especialmente de Sevilla, con el bochorno de su tierra; y el que prefiera alejarse de estos extremos puede gozar de un clima templado, primaveral, en las costas de Levante, sobre todo en las del Sur de Valencia y del Este de Málaga.

Tantos contrastes como nota el viajero que observa el paisaje superficialmente, nota el botánico en la flora, y el zoólogo en la fauna, aun en muy reducidas extensiones.

Linneo llamó a nuestro país «India de Europa», y otros naturalistas—Willkomm, Ball, Hooker—lo consideran como la tierra de promision de los botánicos. Sobrepuja la flora peninsular en número de especies y variedades a la de todos los países de Europa.

En Iberia se hallan plantas pertenecientes a los terrenos de constitución antigua (primitivos y primarios) en casi toda la región al Sudoeste de una línea que fuese desde Santander a Toledo y Cartagena; plantas de los terrenos secundarios en los Pirineos, Navarra, los montes Ibéricos, la cordillera Bética y Sierra de Estrella, y de los terciarios en las mesetas castellanas, Murcia, la depresión aragonesa de la cuenca del Ebro y el hondo Valle del Tajo.

La misma variedad que hay en la constitución geológica, en la configuración geográfica y en la vegetación, la hay en el clima. Nieva en la cordillera Pirenáica y Cantábrica y en Sierra Nevada, todos los años, con una intensidad abrumadora. En contraste con este clima polar está el sol ardiente de Extremadura, Andalucía, Murcia y Alicante; para compensar el cielo nuboso del

no tanto

Norte tenemos el transparente del Sur. Murcia se llama «reino serenísimo» por la transparencia del aire en aquella comarca.

El litoral mediterráneo ofrece una mezcla de productos de la zona tropical y de la zona templada: al lado del arroz, del maíz, de los olivos, de los naranjos y de las viñas, propias de la Europa meridional, se ven el algodonero, la caña de azúcar, la palmera, etc.

Existen en nuestro país todos los matices climáticos, desde el subtropical hasta el polar, pero en extensiones muy limitadas. En las llanuras de las Castillas, Extremadura y gran parte del reino andaluz, se experimenta en estío un verdadero clima africano; León y Castilla la Vieja se caracterizan por sus inviernos duros y prolongados.

La temperatura es en la región Cantábrica suave y templada, con variaciones de poca amplitud en la costa atlántica del Norte; en Galicia existe el clima más benigno de España. La temperatura media de Coruña, en invierno, es de 10°, y en verano, 18°.

El aire, aunque puro, es de ordinario muy seco, muy vivo, muy penetrante, sobre todo en invierno. Conocemos el *cierzo* del polo y de las estepas rusas, y el *solano* abrasador del Sahara.

En España las lluvias varían entre la escasez y la regularidad. Galicia, gran parte de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, pertenecen a la «zona muy lluviosa», de la clasificación de Vicente Vera; Asturias, Santander, las

Provincias Vascongadas, a la «zona lluviosa»; el litoral atlántico y mediterráneo, el alto Aragón, Navarra, la Rioja, Cataluña pirenáica, la parte de la cuenca del Duero, que comprende Soria, Burgos, León y Jaén, a la «zona de lluvias regulares»; la región septentrional de Almería, la occidental de Murcia, Alicante, Granada, Extremadura, Andalucía baja, la meseta de Castilla la Nueva—en la ladera meridional del Guadarrama—, el reino de Valencia, la cuenca inferior del Ebro y la casi totalidad de las provincias de Zamora, Valladolid y Salamanca, a la «zona de lluvias escasas», y la campiña de Almería y de Berja, la vertiente oriental y occidental de la sierra del Cabo de Gata y las sierras de Almagrera y Almenara, con las llanuras de la cuenca del Guadiana, en Ciudad Real, corresponden a la «zona seca».

España no es un país de escasas lluvias—dice Macías Picavea—, sino de lluvias mal distribuídas; por otra parte, «el mediano régimen peninsular de las aguas atmosféricas resulta compensado por el copioso y bien distribuído de las aguas subterráneas».

Los ríos, que podrían compensar la carencia de lluvias en algunas comarcas, corren sin prestar grandes servicios a la agricultura y a la industria; su cauce es hondo y sus orillas escabrosas; las corrientes rápidas, y lentos y perezosos en su aprovechamiento los labradores españoles, y enemigos de la «política hidráulica» nuestros Gobiernos, que pasan por el poder con la velocidad que pasa el agua por el lecho de nuestros ríos.

«España dispone de mucha agua—dice el inglés John Chamberlain—, pero para utilizarla se necesita el trabajo del hombre», de los adelantos industriales, de la voluntad humana. «El agua que a España le niegan las nubes, la tiene suficiente en sus ríos, en sus lagunas y en las corrientes que corren por el subsuelo. Los campos de España están sedientos, pero hay medios para inundarlos. Lo que hace falta es que la industria humana conduzca a ellos el agua que tienen próxima.»

Hubo unos tiempos en que los ríos fueron más aprovechados que hoy; los árabes tuvieron un sistema original y perfecto de riego en nuestra Península.

Los mares que limitan a Iberia reciben una cantidad de agua que no debieran recibir, porque perjudica a la desnudez arcillosa de Tierra de Campos, matizada diversamente en gris, en azul, en rojo claro, en rojo sangriento, y los pastizales de Extremadura, que se extienden hasta perderse de vista, sin que un árbol detenga la mirada, y la sequedad relativa y actualmente habitual de las mesetas castellanas, que dan argumento a los enemigos de España y a los españoles desconocedores de otros países, para acentuar la pobreza de nuestro territorio.

No es tan miserable esta tierra como oimos decir a cada instante; no está condenada por la naturaleza para ser fatalmente pobre.

La riqueza exuberante de las campiñas irrigadas en Cataluña y Aragón—dice Reclús—testimonian la

bondad del suelo; las llamadas estepas de España esperan que la mano del hombre les mande producir; susceptible de rica producción es más del 70 por 100 de la extensión total.

Un español dice del suelo de su patria «que es uno de los más pobres del continente europeo», y que «es inútil para el cultivo agrario a consecuencia de su excesiva altitud y de su quebrado y abrupto relieve» (la Iglesia y García), y le contradicen dos autoridades universales así: «El reino de España no goza todavía de la prosperidad a la cual le predestinaron sus recursos naturales.» (Dubois y Kergomard).

Con un suelo rico y favorable a muchos cultivos, dicen los mismos autores; con un subsuelo abundantemente provisto de minerales industriales; con una situación marítima ventajosa, no tiene más que un puesto secundario y «poco digno de su pasado». Nuestras frutas, nuestros mármoles, nuestras minas de carbón, de cobre y de hierro, son alabadas por cuantos las conocieron, y envidiadas.

En el siglo XVI el embajador Guicciardini elogia la fertilidad y abundancia de España.

«La Península ibérica es un país naturalmente rico» —dice León Poinsard—y se presta a una explotación agrícola fácil y fructífera, por su suelo y por su clima, y debería «luchar fácilmente contra toda especie de concurrencia y producir bastante para alimentar, no solamente la población ibérica, sino todavía una exporta-

ción considerable». Pero en realidad—agrega—«no es así», y ¿todo por qué?, porque los españoles «no saben sacar buen partido de ese «hermoso país, esto es innegable», y ¡porque no pueden!, decimos nosotros, ya que el mismo Poinsard afirma que «la mala organización de los Poderes públicos es un grave obstáculo al desenvolvimiento de los negocios», y también que «las gentes de la clase superior no trabajan apenas, y consideran los negocios como una ocupación poco compatible con su rango social; las personas de la clase media imitan a las precedentes tanto como pueden».

Cuando los españoles trabajaban, o cuando en España se trabajó, había riquezas; España era rica, como nos lo atestiguan claramente el florecimiento de Extremadura en la época romana y arábiga, Toledo en la cristiana, y Segovia que mantenía 34.000 obreros; Avila y Medina del Campo, activas industrias; Burgos, Barbastro y Aranda de Duero, industrias y comercios; Sevilla, Ocaña, Ecija, Cartagena y Valencia, fábricas fabulosas. En el siglo XVI contó Sevilla más de 16.000 telares, con 130.000 obreros, y Barcelona—¡cuál no sería su comercio marítimo!—dió las primeras leyes del comercio internacional: de su puerto salían anualmente más de 1.000 barcos mercantes.

Campomanes, Robertson y Haebler, dicen que España debió más su grandeza a su industria que a sus armas, y Dubois y Kergomard afirman que nuestra tierra es «un país de gran fertilidad; todos los sabios economistas y agricultores que lo han visitado, están conformes en recoconocer que produciría mucho más si dispusiese de más brazos, de mejores medios de comunicación, y si las aguas fuesen mejor conducidas».

La densidad de población es en algunas provincias castellanas apenas de trece habitantes por kilómetro cuadrado, pero «no es a la Naturaleza, sino al hombre a quien hay que acusar» (Reclús), y dentro del hombre, al gobernante.

Los siete millones de hectáreas que se consagran a los cereales pueden ser acrecentados considerablemente, cuando el agua que abunda en España no se esconda bajo la tierra o corra vertiginosa al mar. «Copiosas son las nieves del invierno que, al derretirse, aumentan el caudal de los ríos, sembrando hasta ahora muerte y desolación, en vez de prosperidad y bienestar» (Gómez de la Serna).

Emilio H. del Villar parece que se complaciera en inventar las peores condiciones que puedan concurrir en la vida de un pueblo para aplicarlas a España, «país de lluvias escasas», y que para mal nuestro, cuando caen «coinciden mal con el período vegetativo de los cereales».

El primer país de Europa que tuvo riegos fué el nuestro; hoy, en todas las naciones europeas existen menos en España; tiempo hace que se pregonan las ventajas del agrarismo, sin que nos hayan inclinado hacia el trabajo agrario las visiones de un futuro bienestar.

Dice Chamberlain: «El día que España riegue diez o doce millones de hectáreas, de las cincuenta que componen su territorio, habrá duplicado su riqueza; sin oprimir al contribuyente tendrá la Hacienda más próspera de Europa y ocupará un puesto tan importante en el mundo que sólo podrán aventajarla Inglaterra y los Estados Unidos».

No es pobre un país que tiene en abundancia las riquezas fundamentales: agua, aire y luz, de donde se derivan todas las riquezas materiales y morales; no puede ser pobre el país que tiene un ambiente climático tan favorable, del que dice Juan Fastenrath, que supera al de Italia; Young, que «iguala a los más bellos del mundo»; Fouillée, que con un buen Gobierno, que no tiene, sería España «un paraíso terrestre»; lo mismo dice Alejandro Dumas en aquel cuento en que Dios, por intermedio de Santiago, nos concede las más bellas mujeres, los más bellos frutos, el más bello clima, pero no el mejor gobierno.

¿Qué país presenta localidades de invierno tan excelentes como Valencia, Alicante y Málaga, y de verano como los Pirineos, Cataluña y hasta en la misma Andalucía?

¿Qué país ha tenido en explotación, durante dos siglos, XV y XVI, las riquezas que teníamos? ¿Quién enseñó al mundo derroteros comerciales impensados? ¿Hubo una nación que pudiese hacer una historia tan llena de energía como la nuestra? Si no tuviera España

riquezas naturales y transformables en todas estas manifestaciones, no tendríamos historia.

No se comprende que consideren fatalmente condenado a ser pobre un país que dió tantas riquezas y que está en disposición de dar muchas más, ni que digan como E. H. del Villar que «sólo poblado por verdaderos super-hombres podría desarrollarse en nuestro territorio la actividad y la riqueza» que desarrollan en Alemania, Bélgica y Holanda hombres nada más.

«Por la extensión de sus posesiones, por sus costas, por sus numerosos puertos, por su su situación geográfica y por sus productos naturales —dice Johnston—, España posee más ventajas comerciales que ninguna otra comarca de Europa.»

Unicamente España, por su situación en el mapa del mundo, puede competir y aun aventajar en concepto de gran potencia marítima a Inglaterra, aunque así no lo creyera Chamberlain.

Si fuera posible una mudanza nacional; si los alemanes vinieran a ocupar nuestra Patria, «¡habría sonado la hora de reducir el soberbio John Bull sus hoy incontrastables pretensiones a actuar de único soberano de los mares!» -dice el excelente patriota Macías Picavea—. España es un tesoro geográfico; pero un tesoro no tiene valor actual, sino en circulación, y España es un tesoro que guarda el pasado por falta de impulsos y relaciones internacionales y aun interprovinciales, interlocales.

Es cierto, por desgracia, lo que consignó Moreno Espinosa: España es un país atrasado bajo el aspecto económico, por estar mal cultivado su suelo, poco explotado el subsuelo y en período incipiente la industria, y necesita hacer un gran esfuerzo para luchar sin desventaja con las demás naciones en el mercado internacional.

Me parece algo arbitrario decir que «España es, respecto de Inglaterra, de Alemania o de Bélgica, lo que Nevada o Arizona, o si se quiere Colorado, respecto de Nueva York, Pensylvania o de Massachusetts».

No es la pobreza del suelo español lo que causó el estado anormal que tanta alegría engendró en el corazón de lord Salisbury, que se complacía en llamar a España nación moribunda, destinada a caer postergada ante la potente Inglaterra; España es pobre por la mala localización de sus ciudades, que no reunen las condiciones que se exigen a las ciudades modernas. El paralelismo observado entre el atraso de nuestra Patria y el progreso universal no se debe tanto al factor humano, a tal o cual dinastía ni al «yermo» suelo español, como al cambio de los «antiguos valores geográficos». Las ciudades primitivas tenían asiento en los parajes que más ventajas naturales ofrecían para la defensa: en lo alto de una colina, sobre alguna montaña inaccesible, sin que sus moradores se preocupasen de los valores económicos futuros. Toledo, Segovia, Madrid, Avila, León,

Zamora, Burgos, ofrecieron un día a Europa el esplendor que Europa no podía presentar; pero aquellos tiempos pasaron; la espada y la lanza fueron sustituídas por cañones colosales, ante los que nada podrían resistir las ciudades que tantas veces resistieron a los árabes. Los peligros de las invasiones, si no desaparecieron, desaparecieron los elementos de lucha; las murallas perdieron su valor, y en cambio no hay mejores cercos defensores de un pueblo que las grandes extensiones, llanas y fértiles, de tierra. Si antiguamente sólo podía refrenar la ambición de los Reyes un ejército en los países que pensaba conquistar, hoy detiene la lucha de los países vecinos una actividad industrial y un comercio internacional fabuloso. Esto no pueden darlo ciudades que, como Madrid, viven artificialmente, consumiendo, sin producir, lo supérfluo y mucho de lo necesario, perteneciente a las comarcas productoras. Los españoles verán algún día las ventajas de convertir en museos de historia las ciudades que no para otra cosa valen, y de fundar otras con más condiciones comerciales e industriales.

La Humanidad satisface sus necesidades por la vía del menor esfuerzo; la economía de fuerza y de tiempo es la ley del progreso, y a esa ley no se adaptan las antiguas capitales y villas de los reinos de España.

«La distribución de las poblaciones civilizadas», escribe un sociólogo norteamericano, «está afectada por las condiciones artificiales que colaboran con las natu-

rales» (Giddings) a su bienestar económico y financiero. Los pueblos de Castilla, como no podían contar con sus mismas producciones para sostenerse, viven haciendo de su vida una carga muy pesada para los pocos que se atreven a manejar el arado o la máquina.

Cataluña, Bilbao, los puertos Cantábricos y muchos del Mediterráneo aprendieron a odiar fuertemente el etatismo cuando supieron que el secreto de la riqueza es el trabajo útil, pero hasta ahora poco lograron sus esfuerzos: son las únicas fuentes de producción; las poblaciones que vivirían con la holgura a que su trabjo es merecedor, se ven obligadas a vaciar sus riquezas en un Erario público desvergonzadamente consumido en privado...

Otra anomalía que padecemos es la separación de Portugal y España. «No hay geográficamente ningún límite natural entre los dos Estados», dice Burguess, el maquiavélico escritor que considera un deber de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Alemania el intervenir en el gobierno de las demás naciones del globo, porque según él, no tienen la aptitud política de las razas germánicas.

En Iberia no hay lugar para dos Estados, y sí para cuatro regiones o grandes provincias confederadas. No importa que Theobald Fischer y Torres Campos y Jousset traten de explicar las fronteras hispano-portuguesas; lo que la naturaleza interpuso entre España y Portugal es idéntico a lo que interpuso entre Castilla y Cataluña: una separación, un límite regional, nunca nacional. Etnicamente nada puede decirse en contra; «existe un parentesco tan íntimo entre españoles y portugueses, que las consideraciones étnicas no parecen exigir la completa separación política de los dos países», agrega Burguess.

Una nota que, respecto a nuestro territorio, no pasa por errónea, es la afinidad que presenta con Africa, que, según los franceses dicen irónicamente, comienza en los Pirineos.

Esta barrera natural hizo que Fouillée dijese: «De *Europa a España* y de *España a Europa* es difícil el paso.» No negamos que sea cierta geológica, geográfica y, sobre todo, etnológicamente la distancia de España a Europa.

Havellock Ellis y Poinsard sostienen que «España es un gran fragmento separado de Africa», y que así como Rusia es un eslabón que junta a Europa con Asia, España es un eslabón que une el continente africano a Europa.

Mas a pesar de una Iberia extraeuropea, «no nos cabe el arbitrio de aislarnos, de dejar que la Humanidad siga sin nosotros su marcha» (la Iglesia y García), y esto es señal de una ventajosa posición geográfica, rica en valoraciones frente a la vida moderna. Reclús nos dice cuán favorable situación goza España para mantener el comercio entre Europa y América.

Si nuestro país fuese totalmente pobre y miserable,

nos quedaría la ventaja de una muerte tranquila y de un alejamiento de los negocios de la vida, accidental o eterno; pero la Humanidad necesita que España produzca y se adapte al progreso, amenazándonos, en caso contrario, con encargar a otra nación lo que nosotros no queremos hacer.

La Humanidad quiere que se pueblen nuestros bosques, asolados por el hacha, y nuestros viñedos, rendidos a la filoxera; quiere que se edifiquen de nuevo los pueblos en ruina; que se modernicen los procedimientos agrarios; que haya comunicación entre los pueblos todos de España, y de España con todas las naciones del mundo; que no sean más nuestras escuelas afrenta de la raza y de la civilización; que desaparezcan los asesinos de la Patria y paguen con su cabeza los males que tanto tiempo hemos llorado, que tantas profecías patrióticas inspiraron a los buenos españoles que se llaman Joaquín Costa, Macías Picavea, Lucas Mallada...

CAPITULO II

Orígenes étnicos del pueblo español.

El monogenismo de las razas parece hoy una verdad científica, y su aparición se señala en Asia Oriental; de allí debieron emigrar las razas históricas y prehistóricas, de que tenemos conocimiento, a Africa. D'Abbadie encontraba en el tipo moderno del etiope al antiguo egipto, al copto, al negro de Africa y al negro de la India. Diodoro de Sicilia consideraba el Egipto como una colonia etiópica. Fritsch dice que las razas que habitan el Sudán deben servir de punto de partida para el estudio de la etnografía africana, que constituyen el punto medio entre el Africa *obscura* y el Africa *clara*. La estatua de Amunof III, que Darwin vió en el Museo Británico, le hizo notar que los rasgos fisionómicos de este Faraón tenían formas marcadamente negras.

Fournier González dedica uno de sus libros a discutir sobre el origen negro de las razas blancas, y es muy probable que los etiopes—invasión asiática—formasen

un imperio poderoso e invadiesen el Egipto, y el Norte de Africa luego. De los etiopes salieron las tribus de la Libia, los más inmediatos parientes de los actuales bereberes. Antón y Ferrándiz dice que esta raza vive con ejemplares de pura sangre en la cordillera cantábrica, en la Kabilia, en Egipto, donde la reproducen las esfinges y los monumentos más antiguos.

Cuando los bereberes llegaron al occidente africano encontraron la raza de Cro-Magnón, sucesora de la de Neanderthal.

La raza de Neanderthal es la primera que se encuentra en la España prehistórica. G. Busk descubrió cerca de Giraltar un cráneo dolicocéfalo, que Huatrefages y Hamy clasificaron en la raza de Neanderthal; además Hugo Obbemaier y Hernández Pacheco estudiaron la mandíbula encontrada en Bañolas por Pedro Alsius y también la incluyeron como resto de la vieja raza. «La mandíbula de Bañolas—dicen—, aun dentro claramente del tipo de Neanderthal, corresponde a su serie final, y, por lo tanto, estratigráficamente se emplazaría con toda verosimilitud en el Monsteriense superior.» Así que tenemos suficientes elementos con el cráneo de Gibraltar y la mandíbula de Bañolas para suponer que son los fósiles pertenecientes a la primera raza humana que pasó por España.

Después de Neanderthal habitó la Península ibérica la raza de Cro-Magnón, de más bellas proporciones y mayor desarrollo intelectual que la primera.

Algunos cráneos descubiertos en diferentes lugares del territorio ibérico revelan su existencia en todo él, o por lo menos en gran parte, y en el Occidente de Europa, Norte de Africa e islas Canarias (J. Navarro). Broca, Quatrefages y Cartailhac creen ver la raza de Cro-Magnón en los *guanches*, en algunos cráneos cascos y en los kábilas. Seguramente la raza de Cro-Magnón precedió notablemente, en la llegada al Africa, a los etiopes; los individuos de esta última unidad étnica se transformaron sucesivamente en egipcios, en libios y en bereberes.

Todas las razas que pueblan el continente africano proceden de un tronco único; así lo creen Ratzel, Hartmann, Lepsius y Cejador. La población africana procede de Asia, y los etiopes, es decir, los camitas, son los progenitores de las razas africanas. El simple viajero nota en la comparación entre habitantes de Africa del Norte y habitantes de Abisinia y Etiopía cierta analogía morfológica en el cráneo y en la estatura general.

Hartmann cree en la posibilidad del origen único de todas las razas negras, y así, los papúas y los negritos de las islas del Pacífico, pudieran provenir de la misma estirpe a la cual pertenecieran las razas africanas.

Ahora bien; se dice que los primeros pobladores de España fueron los iberos. Los iberos son hermanos de los bereberes, o los bereberes mismos, y como éstos lo son de los libios, puede señalarse el parentesco libio-ibérico (Brugsh), de cuyas razas el antropólogo espa-

ñol Antón y Ferrándiz hace una sola, morena, dolicocéfala, cara de óvalo, con los pómulos acentuados, nariz recta un tanto prolongada, ojos pardos, bien puesta de hombros, algo angosta de caderas y de genio franco y resuelto. Su existencia en Europa data de la edad neolítica y se encuentra aun hoy en las tres Península mediterráneas, con predominio en España. El Mediodía de las Galias también fué ocupado por la raza libio ibera.

Phileas extendía la Libia hasta el Ródano; Scylas, dice que desde las columnas de Hércules a los montes Pirineos vivian los iberos; más allá, hasta el Ródano, una mezcla de iberos y ligures. A los de las bocas del Ródano llamaba Plinio líbicas; Strabon nos confirma lo mismo.

Libios e iberos se denominaron, desde la antigüedad griega, a los pobladores de la Libia y de Iberia; estas razas no dieron nombre a las regiones que habitaban, fueron las regiones las que dieron su nombre a las razas que las poblaron (Tubino). Iberia, bien es un nombre griego que significa occidental, o procede de la Iberia oriental, que fué comprendiendo las tribus vecinas y extendiéndose ilimitadamente «desde las fronteras de Egipto... hasta las islas Hébridas del occéano maravillosamente peligroso» (Campion. Euskal Erria, XXXVII).

Poinsard (*La Science Social*, t. XVI) habla de un poderoso imperio berberisco africano antes de la invasión de España por este pueblo, que en ella recibió el nombre de ibero.

La raza libio-ibera o mediterránea hubo de combatir, al llegar a Europa, y antes, al Norte occidental de Africa, con los habitantes de lo que antiguamente se llamó Atlántida.

La Atlántida tuvo una existencia remotísima y cierta; los atlantes no sólo se extendían por el país marroquí—la Atlántida—según Arturo Campión—, sino que según Arana Goiri la denominación de los primitivos pueblos europeos, hasta Rusia, señala en su nomenclatura palabras del *euzko*—Scoth, Keruscos, Tauriscos, Scordiscos, Uscocos, Boruscos, Etruscos, Faliscos, etcétera—, es decir, del euskera, idioma de los actuales vascos, y muy probable, con más o menos modificaciones, el de los atlantes.

Cristóbal Botella no sólo cree en la existencia de la Atlántida, existencia que demuestra la geología del macizo peninsular, sino que expone antiguas conexiones entre España y Greolandia; de esta conexión serían, las islas Británicas, restos. Inscripciones ógmicas halladas parecen comprobar esta hipótesis de la antigua relación de los vascos o atlantes con los habitantes prehistóricos de Inglaterra-scoth. Algunos antropólogos han comparado los ingleses a los españoles, deduciendo un lejano parentesco de su parecido. En la edad del bronce supone Cartailhac relacionadas España y Portugal con el Sur de las islas Británicas. «La presencia de cierto número de objetos de bronce de la misma familia, que falta en las regiones circunvecinas, es suficiente para

admitir que ha habido relaciones asiduas, durante la edad de bronce, entre estos diversos países. El profesor italiano Paoli, conocido por sus investigaciones sobre el pueblo etrusco, ha denunciado parentesco entre el idioma de este pueblo y el del vasco.

En fin, todo parece pregonar que el pueblo euskalduna es el más antiguo de los actuales de Europa y también de los de Africa, porque de él proceden todas las invasiones prehistóricas que llegaron a Europa.

En una comunicación del Dr. Kladatsch a la Sociedad alemana de Antropología (1910) se lee cómo el *homo mousteriensis* ha comprobado que la raza dolicocéfala de Neanderthal estaba emparentada con las razas africanas; y esto no es del todo imposible, porque «es probable que en los comienzos del Cuaternario estuviese aún cerrado el estrecho de Gibraltar, pues de lo contrario habría que admitir, por lo menos, que por entonces los dos continentes estuviesen unidos por un puente terrestre que relacionara la parte septentrional de Africa con Italia, por intermedio de Sicilia» (Obermaier).

La creencia de Cartailhac de que la raza de Cro-Magnón la representan los *guanches* de Canarias y los vascos, fué más ampliamente discutida por otros antropólogos. Hamy encontró el tipo de Cro-Magnón en la colección de cráneos de Zaraus, adquirida por Broca, y Velasco. Verneau patentiza la afinidad de los *guanches* y del tipo de Cro-Magnón; igualmente Collignon, y cuantos tienen ocasión de estudiar restos de la desa-

parecida población de las islas Canarias, con los cráneos hallados en Navares de Ayuso, Sepúlveda, Visus, en la provincia de Segovia, y otros en las provincias de Alicante y Granada.

Los actuales vascos son una mezcla étnica y lingüística de los iberos o bereberes y los atlantes o raza de CroMagnón. Por eso tienen razón parcialmente los vascoiberistas (Schuchardt, Novia de Salcedo, Reclús, Anton, Brinton, Cejador, Philipon, etc.)

El idioma euskera tiene términos ibéricos y también la antropología dice que el actual pueblo cántabro es un producto de un cruzamiento étnico (D'Abbadie, Aranzadi, Hoyos y Sáinz, Oloriz, Collignon), que nota el viajero, sin ser antropólogo.

Philipon, Vinson y Aranzadi niegan parentesco étnico vasco-berberisco. Seguramente, el vasco puro no es pariente cercano del berebere o ibero, pero es pariente; nos sería imposible negar en el pueblo euskalduna elementos ibéricos, y por tanto, berberiscos.

Si parcialmente estudiamos ya antropológica, ya lingüísticamente el pueblo vasco, no puede extrañarnos que Saint Hilaire compare el euskera al japonés; que J. de Urquijo y B. Arkodagoitia le comparen al chino; que Inchauspe lo relacione con el ario, el turanio y el semita; que Martín Mínguez crea—dada la afinidad de muchísimas palabras euskeras con el idioma egipcio—que los primeros pobladores de España provinieron de Egipto; que Fidel Fita diga que el euskalduna recuerda el noble

tipo del ario; que Garrigou afirme que los vascos se entendieron con los *chaonias*, tribu de la provincia de Constantina (Argelia), cuyo idioma no es el árabe; que H. Charency halle analogías entre el euskera y el lenguaje de los pieles rojas; que García Ayuso estudie los idiomas americanos y señale muchas palabras idénticas al vasco; que Lorenzo Hervás, Inchauspe, Perochegui, Cejador, etc., digan que el euskera es el más antiguo de los idiomas conocidos. Nada puede extrañarnos si admitimos que el idioma de los bravos cántabros es el que hablaba aquella raza prehistórica y dolicocéfala que existía en España a la llegada de los iberos, bereberes o libio-iberos: la raza de Cro-Magnón, y menos si admitimos así mismo que los vascos o raza de Cro-Magnón se mezclaron algo, étnica y lingüísticamente con los iberos, admisión que puede comprobarse con suma facilidad en la gramática y en el diccionario vascos para la mezcla lingüística, y en una colección de cráneos, cuanto más extensa mejor, para la mezcla étnica.

Los iberos, y no los celtas, como dice Sayce, fueron los que obligaron a los vascos a refugiarse en las montañas que habitan todavía, inconscientes orgullosos de su abolengo, para escribir aún otra historia gloriosa como la que dejaron perder. Los vascos aspiran a tomar parte en el concierto de los pueblos jóvenes y a renovar en el porvenir su esplendidez pasada.

D. Julio Cejador y Frauca estudió con método irreprochable el idioma que llamó la atención de los ilustres

Humboldt, L. L. Bonaparte, Prichard, Van Eys, Vinson, Lèjosne, Broca, Philipon, Pott, Phillips, Inchauspe, etc.

La lingüística, en cuanto tal—dice el sabio maestro—, ha llevado siempre a creer en la unidad originaria de las razas; los adversarios, es decir, los de la concepción poligenista, vénse hoy desacreditados por los argumentos que las ciencias naturales y el estudio de las lenguas oponen a sus débiles inventivas. Todos los pueblos, como todos los idiomas actuales, derivan de un tronco único; la dificultad que hubo hasta llegar científicamente a esta creencia por la lingüística cesó el día que Cejador descubrió en el país de los vascos el más primitivo idioma, el más primitivo de los que se conocen, tengan o no vida actual.

El lenguaje humano es una manifestación de la actividad natural del hombre; el lenguaje de los animales es manifestación también de la actividad de la tercera circunvolución frontal izquierda; el lenguaje de los animales aparece sin progreso alguno; el de los hombres progresa, porque el progreso es un efecto de nuestra superior inteligencia...

Las interjecciones son indudablemente las primeras manifestaciones del lenguaje, y las interjecciones son provocadas por movimientos fisiológicos; una posición súbdita del cuerpo, una reacción al dolor, un peligro inesperado, evoca sonidos, gritos sin articulación, consecuencia de la existencia de órganos capaces de producirlos.

Una interjección es un sonido para un ser no inteligente, pero es una frase completa para el que lo és. El hombre interpretó, y sigue interpretando, las interjecciones que usa, como si fueran oraciones formadas por el sujeto, el verbo y el predicado, lo mismo que interpreta el lenguaje racional superior.

Ahora bien, como evolucionaron todas las manifestaciones del hombre, evolucionó la expresiva interjección del *homo primigenius*.

La inteligencia de nuestros antepasados era rudimentaria; con razón pudo compararse al salvaje con el niño; nuestra inteligencia de europeos difiere tanto de la de los pueblos estancados o muy alejados de la civilización, como difiere la inteligencia del adulto de la del recién nacido. No es extraño, pues, que el lenguaje señale verdaderos abismos entre los pueblos más y menos antiguos.

La evolución del lenguaje es su degeneración constante, igualmente que la evolución del hombre; progreso es alejamiento del punto de partida; es, por lo tanto, degeneración.

¿Queremos averiguar la forma primitiva de una palabra? Forzosamente hemos de notar primero que está constituída por una raíz y varios elementos pegados a ella, denominados sufijos; la raíz no tiene significación propia; su valor lo determinan los sufijos.

Las raíces «son los cuerpos simples de la lingüística —dice Julio Cejador—; se resisten al análisis, pero

hay que buscar el medio de analizarlas», y él lo encontró.

La molécula, se decía antiguamente, es la más pequeña unidad de la materia; más tarde, se dijo que una molécula estaba compuesta de átomos, y los átomos no son los últimos elementos; la electricidad demuestra que el átomo se compone de electrones. Gustavo Le Bon descubrió la desmaterialización de la materia, cuyos productos forman una substancia intermedia entre la materia y el éter. Cejador hizo algo parecido: descompuso los «cuerpos simples» de la lingüística, las raíces.

El euskera nos enseña el sintetismo y estructura de los lenguajes primitivos. En esta lengua los sufijos no se añaden a temas, sino a palabras vivas, que son temas en las indo-europeas; estas palabras vivas están formadas de otras, vivas también, y éstas de otras; así, separando los diversos extractos que el progreso de las razas fué depositando en el lenguaje, se llega «al más sencillo grupo fónico», que es también una palabra viva.

En las lenguas indo-europeas el sufijo separado de la raíz no tiene como ésta vida propia; en el euskera sí, o es una palabra viva o es un sonido «de valor fijo como en los más sencillos grupos fónicos».

Tiene razón el gran filólogo cuando dice que sin la luz que derrama el euskera los idiomas se nos ofrecen como un amontonamiento de raíces y de sufijos, amontonamiento que se descomponía sin que las partes de

la composición nos indicasen las verdaderas leyes de la formación natural del lenguaje.

«En Euskera raíces y sufijos son una misma cosa, combinaciones de sonidos con un valor fijo y natural, por manera que el *Diccionario* y la *Etimología* no difieren de la *Gramática*, ya que no hay raíces ni sufijos petrificados, sino sólo sonidos que cada uno con su propio e inmutable valor se van siempre sufijando para formar palabras, frases: las expresiones todas del habla.»

Sería ya una locura decir que anterior a las lenguas indo-europeas, no conocemos alguna otra, cuando tan claramente demostró Cejador la significación del euskera.

La lengua prehistórica no puede ser el chino ni las demás monosilábicas, porque sus raíces son el resultado de una erosión exagerada de los polisílabos antiguos que en algunas regiones de la China se conservan.

En nuestro mismo idioma castellano hay monosílabos, pero, o son de reciente formación, o adaptaciones de polisílabos a condiciones de vida determinadas.

La lengua prehistórica, la que hablaron los atlantes o raza de Cro-Magnón, la que hablan sus descendientes los vascos, es sin disputa el euskera. En el euskara precisamente se ha de estudiar el lenguaje primitivo, porque se nos presenta poco degenerado. El sumeriano tiene mucha analogía con el milagroso idioma cántabro pero en la actualidad está en nu gado superior de evo-

lución, y no hay más remedio que conceder la mayor antigüedad al euskera.

En fin, que tenemos ya en España dos razas: los atlantes o de Cro-Magnón, es decir, los vascos, y los iberos. Los vascos, reducidos a los montes cantábricos, y los iberos, dominando casi toda la Península, Sur de Francia y tal vez parte de Italia.

La primera invasión que vino después fué la de los celtas, los primeros pobladores de Europa, que no tienen origen inmediato africano; el pueblo celta es la primera inundación aria que llegó al continente europeo; se extendió por Francia, la Gran Bretaña e Irlanda y parte de España.

Los celtas, que vinieron a nuestra Península después de una lucha con los iberos, acabaron siendo absorbidos casi por completo; únicamente se pueden ver hoy en algunas provincias gallegas y en Asturias.

Señala Olóriz la posibilidad de la existencia de la raza ligur en España, de la que aún quedan vestigios en la provincia de Lérida.

Su venida fué posterior a la de los iberos y anterior a la de los celtas.

Después de los celtas vinieron razas siro-árabes, que son las que después de la ibera se hallan más representadas entre nosotros; una de ellas, la fenicia, fijó su residencia en la parte extrema del Mediodía. También los griegos vinieron a nuestra tierra atraídos, como los fenicios, por el renombre de sus riquezas. Se establecieron

en las costas levantinas y en las Baleares. Solicitados por sus hermanos los fenicios, llegaron a España los cartagineses, que dejaron más contingente de sangre siro-árabe que aquéllos.

Mientras los cartagineses conquistaban la España del Mediodía, los romanos hacían lo propio en el Noroeste. Los iberos y celtíberos de entonces sentían y obraban como los que más tarde lucharon en Flandes, en Italia y contra Napoleón. Indivil y Mandonio son ejemplos repetidos indefinidamente en nuestra raza.

Consecuencia de las guerras Púnicas fué la destrucción de Cartago y el dominio absoluto de Iberia por los romanos, es decir, no absoluto, porque los atlantes no fueron sojuzgados ni por el mismo Augusto.

En el siglo IV acaeció la venida de los pueblos germánicos. Roma sufrió grandemente en su poder. A España llegaron vándalos, suevos, alanos (hacia el año 409), y sobre éstos cayeron los visigodos (año 414), que predominaron sobre los demás bárbaros, y fueron acogidos no con gran hostilidad por los españoles, gracias al odio que profesaban a los romanos.

Los visigodos se apoderaron de España y arrojaron de ella a los romanos; pero aun no son las últimas invasiones las germánicas, aun faltaban los árabes (año 709), con los que vinieron a la Península varios pueblos africanos, antiguos parientes de los iberos...

Ahora preguntamos por el fundamento de los que hablan de la fraternidad étnica franco-hispana; pocas veces hallamos entre franceses y españoles puntos de contacto, y éstos en la psicología

Alfredo Fouillée se encarga de contradecir este error diciendo que Francia no presenta ninguna semejanza étnica con España, si se exceptúa una pequeña parte de los mediterráneos vascos. Se vé lo que es preciso pensar de todos los lugares comunes y anticientíficos, acerca de las razas latinas, que llenan los periódicos y los proveen de argumentos necesarios.

Estas diversas razas—las que llaman latinas—nada tienen de latino, excepto la cultura, y nada menos parecido a un francés que un italiano o un español, que en nada por su parte se parecen.

CAPÍTULO III

Evolución historica.

Tanto como los orígenes étnicos de un pueblo, interesa el conocimiento de las fases más notables de su evolución histórica, las luchas sostenidas con otras razas, verdadero principio de todo progreso, y el comportamiento peculiar frente a los triunfos y a los reveses de fortuna.

España ha vivido una vida tan larga y tan intensa, que en Europa ni siquiera Roma la aventaja; tienen los españoles, hereditariamente, una experiencia riquísima y de profundo raigambre; por eso, cuando no puede contribuir con las demás naciones a la obra común de la civilización, no mendiga rebojos de cultura para aparentar tener lo que no tenemos; los siglos que pesan sobre el pueblo español y una borrosa conciencia de lo que fué no le dejan recibir una limosna de cultura, que darían despreciativamente Francia o Inglaterra; es el pasado quien dice al pueblo su aptitud para fraguar todos los valores del progreso, y el pueblo espera su impulso para fraguarlos...

«Toda nación—aconseja W. Wilson—debe estar constantemente en contacto con su pasado. No puede

conseguir nada rompiendo con él.» Nosotros, aunque tal actitud no plazca a los europeizantes, hemos de mirar al pasado mucho, mientras no tengamos bastantes fuerzas con que caminar al futuro.

La raza prehistórica de España, los vascos, es casi por completo desconocida en su vida económica e industrial primitiva; quizás pudiérase en la Edad de Piedra hallar su antigua historia; es probable que tuvieran leyes, si no escritas, transmitidas verbalmente de generación a generación por medio de los ancianos; un Gobierno constituído no podía tener existencia tan remotamente, la familia sí.

Cuando llegó la invasión eurafricana libio-ibera, compuesta de varias tribus, los atlantes, que poblaron gran parte de Africa también, como puede deducirse de la denominación geográfica antigua, fueron reducidos a unas montañas inaccesibles junto a los Pirineos. Los vascos franceses, hermanos de los nuestros, fueron también reducidos al lugar que hoy ocupan por la invasión eurásica de los celtas.

Los libio-iberos poseían varios dialectos, según cuenta Strabon, y una cultura bastante considerable; los turdetanos, siguiendo a los historiadores romanos, tenían leyes y poemas escritos que databan de seis mil años; veneraban los montes que les servían de baluarte contra las invasiones de gentes extrañas; su lenguaje tenía parentesco con el egipcio y las lenguas saháricas; eran ágiles, activos; tenían un pronunciado sentimiento de

individualidad e independencia, aún no eran exclusivamente guerreros; sus industrias lo demuestran; los historiadores romanos dan cuenta de ellas.

La venida a España de los celtas se fija en el siglo VII antes de Jesucristo; su mixtificación con los iberos, si la hubo, fué sumamente débil, y no se llevó a cabo sino después de larga lucha.

Se dice que influyeron muy poco en la entonces población española; robustecieron el sentimiento de independencia y lo depuraron; acentuaron el amor a la familia; facilitaron la actividad legislativa y el crecimiento del individualismo, ya marcado como una característica de raza en nuestros antepasados eurafricanos. También al contacto de los serenos celtas se suavizaron las costumbres salvajes por la intuición ética del bien y del mal, conceptos diferenciados con claridad y por varios motivos cristianizados. Si a consecuencia de la invasión céltica no se adquirió una gran cultura, desconocida entonces en la Europa occidental, se adquirió una capacidad receptora superior.

Los celtas, apropiados gracias a su mansedumbre para las labores domésticas, sin el fuego en sus entrañas que caracteriza a los iberos, aún persisten con relativa pureza en Asturias y en Galicia.

De las noticias de los antiguos historiadores y viajeros resulta que, después de la invasión céltica, había en España: galaicos, en Galicia; astures, en Asturias; cántabros, en la Cantabria costeña, desde Castro-Urdiales

a la ría de Villaviciosa; antrigones, várdulos y vascones, en las Provincias Vascongadas, Navarra y parte de Aragón; ilergacones, bargusius, lacetanos, susetanos, corretanos e indigetes, en Aragón y Cataluña; edetanos, en Valencia y parte de Castellón y Zaragoza; contestanos, en el Sur de Extremadura y en el Oeste de Andalucía; lusitanos, en casi todo Portugal y algo de Extremadura; vacceos, en parte de Castilla la Vieja: celtíberos, en parte de Castilla la Nueva y de Aragón; vetones, en la región entre el Duero y el Guadiana, y especialmente en Extremadura, Salamanca y Avila; carpetanos, en Toledo, parte de Madrid y Guadalajara, y oretanos, en Ciudad Real.

Los fenicios, al venir a España, no encontraron un pueblo inculto completamente; no eran ya las tribus españolas tan ignorantes; y si los mercaderes de Fenicia pudieron llevar a su país grandes cantidades de metales preciosos, fué porque los españoles no sabían aún que los metales aquellos, abundantes en las arenas de los ríos y en sus montañas, tenían más valor que el de los objetos ofrecidos en cambio por los fenicios.

Cuando los bravos iberos tuvieron conciencia del papel representado ante los comerciantes de Fenicia, no atendieron a los beneficios que habían adquirido en su trato, y lo hicieran pasar mal a dichos mercaderes sin la ayuda egoísta de los cartagineses, que se mostraron amigos de los iberos, y de ese modo pudieron extenderse por el Mediodía de nuestra Península, como lo hacían

los romanos por el Norte, después de las colonias griegas, que dejaron signos de su paso en las ideas morales, religiosas y políticas de los levantinos.

La civilización de los españoles fué creciendo siempre con elementos tomados de los pueblos más cultos y más fuertes, y los sentimientos característicos de nuestra psicología desarrollándose aisladamente, frente a los ambiciosos romanos, por una parte, y, por otra, frente a los bélicos y astutos cartagineses.

Si hemos de creer a los antiguos historiadores, mucho aprendieron los pueblos invasores de las tribus iberas, sobre todo en el arte de navegar y trabajar los metales y en la fabricación de tejidos. Los fenicios refinaron el gusto nacional e introdujeron su escritura.

Cuando Scipión tomó a Cartagena, reforzó su armada con diez y ocho galeras españolas que construyó allí, e hizo que los marineros de aquel puerto enseñanse a los romanos el uso del remo y de la náutica, como atestigua Appiano.

Casaubon dice que es posible que los romanos tomaran de los mallorquines el uso de las togas pretextatas de que se servían, y Strabon dice lo mismo: en su tiempo se creía que los baleares fueron los primeros que llevaron las túnicas pretextatas llamadas del *lato clavo* o *senatorias*. La industria de tejidos en la España antigua llegó a tener fama en los países más civilizados; y el excelente método celtíbero para templar el acero hace decir a Diodoro de Sicilia que no había escudo que

no cediese a los golpes de las armas hechas en Calatayud o en Bilbilis. El arma que usaban los romanos y que llamaban *gaesa*, fué inventada por los españoles; son célebres también las hondas mallorquinas.

Cuando Jeron, rey de Siracusa, hizo construír aquella desmedida nave de que habla Ateneo, envió a tomar las *gumenas* o cuerdas a Iberia.

Los turdetanos, cuenta Strabon, fabricaban tejidos de lana y exportaban trigo, vino, miel, cinabrio y salazones, y explotaban minas de oro, plata, cobre y hierro.

El arte español de esta remota época produjo obras de mérito indiscutible y de originalidad manifiesta. Pero en lo que el progreso alcanzó mayor altura fué en el arte de la guerra. Una fuerza constante empujaba la actividad toda a la realización de procedimientos defensivos, y las virtudes y vicios, inherentes a los tiempos de guerras continuas, hallaron ancho campo a su aparición.

Si a la conciencia del pueblo no se presentó claramente el gran botín de civilización tomado a los pueblos que le invadieron, persistió de una manera subyacente esperando el instante de su aparición y fructificación. De Roma recibió el pueblo español muchísimas ventajas y también algunas desventajas; en las instituciones romanas, recibimos un concepto de vida por muchos motivos laudable; pero mientras surgía nuestro pueblo rodeado de condiciones climáticas, geográficas y geológicas, como no quiso la Naturaleza conceder a todas las naciones europeas, en el corazón de la raza, harto pre-

dispuesto a recibirlo, penetraba el virus que, andando el tiempo, como dice Martín Hume, había de convertir todo su oro en escoria, condenar a la esterilidad sus fértiles campos, matar su industria, frustrar el ingenio nacional y conducir, en fin, a esta gran nación «a la impotencia, a la pobreza y a la desesperación». La intolerancia es un pecado de España, y la intolerancia es un producto del genio romano; Hume puede impugnar la decadencia española a un espíritu intolerante, pero el que sea cierta su creencia nos parece algo dudoso.

La conquista romana—según opinión de León Poinsard—introdujo en España el funcionarismo y la centralización, pero no una evolución social profunda.

El tipo social español tampoco sufrió grandes modificaciones, según Poinsard, al contacto con los fenicios, los cartagineses y los griegos.

Roma fué para nosotros una escuela; en los primeros tiempos de su dominación, aprendimos mucho; el dolor nos ennobleció; España, durante algunos siglos, fué un teatro donde las tragedias no escasearon y donde los protagonistas de la desgracia fuimos nosotros.

Cartagineses y romanos lucharon encarnizadamente en nuestro suelo. Sagunto primero, y Numancia después, enseñaron al mundo manifestaciones genuinas de la raza, que se repitieron indefinidamente. Strabon dice, asustado, que los cántabros se mataban para no verse reducidos a cautividad y que las madres degollaban a sus hijos para evitarles el oprobio de la miseria y de la

esclavitud. Aquí se ve la identidad de los vascos y los que hicieron famosas a Sagunto, a Numancia y a Astapa.

Tan absoluta es la romanización de España—dice Antón del Olmet (F.)—, que se llamó española la cuarta época de la cultura romana. Mejor creo yo que hablar de romanización de España fuera hablar de la españolización de Roma, puesto que llegó a temerse, como un serio problema, si España sería una provincia de Roma o Roma una provincia de España.

Cierto es que el mundo entero sufrió largo tiempo la influencia latina, pero en nuestra Península se españolizó; tal vino a suceder con el Fuero juzgo, nacido en el pueblo godo de un gérmen romano que fecundó e hizo suyo el pueblo español.

Roma venció a Cartago y los cartagineses desaparecieron de Iberia, dejando su civilización y mucha sangre; el imperio de los Césares aprovechó su absoluto dominio para explotar la energía de nuestra raza, pero los visigodos impidieron su acción, ya excesiva. Los visigodos fueron recibidos por los españoles sin gran hostilidad, más como cooperadores contra los romanos que como enemigos. No trajeron civilización, sino que de nosotros la tomaron; sus leyes, su religión, su idioma, fueron las leyes, la religión y el idioma de los españoles; en la evolución española no se nota, por grandes perturbaciones, la invasión germánica.

Arrojados los romanos de España no dominó luego en la institución gubernamental el espíritu visigodo, sino

un espíritu neo-celtibérico, y aunque España era cristiana, al Cristianismo se impuso un alma pagana, hasta en los célebres obispos Orosio, San Leandro, San Isidoro.

Muy poco debió España política y artísticamente a los godos, dice Hume, cuya principal influencia durante los primeros ciento ochenta años de su dominación, fué reanimar las instituciones existentes. Oliveira Martins dice que «la Península fué bien conquistada por los pueblos germánicos, pero no germanizada».

Lós visigodos en España se transformaron en romanos del bajo imperio, con su matiz de barbarie, que les da una apariencia histórica de originalidad, dice Poinsard.

Las tribus procedentes de Africa tuvieron una influencia más eficaz y permanente en nosotros. Los bereberes, antiguos hermanos, individualistas, resistentes a toda obediencia que no fuera impuesta por una entidad sobrenatural, no fueron simples intrusos; se les puede considerar como una contribución al aumento de la densidad de población.

Arabes y españoles convivieron primeramente en buena armonía, aunque profesaban religiones distintas.

Averroes—dice Valera—fué tan español como Séneca, y Dozy agrega que el Cid fué más musulmán que cristiano; africanos y españoles, por la fuerza de la sangre, se trataron como lo que eran: como hermanos. Se rompió la buena amistad por las predicaciones de los fanáticos sacerdotes cristianos, que al ver en peligro su

autoridad, entusiasmaban con los místicos y sinceros sermones el alma sencilla de los creyentes, hasta obligarles a mirar como enemigos irreconciliables eternamente y como seres malditos, los que no profesaban en el mismo credo.

Y aún así, «fuera de los campos de batalla, tratábanse ambos pueblos, a menudo, de manera cordial e íntima», escribe Altamira.

Con los árabes comienza el imperio hispano; guerrero por naturaleza, y místico, creyente y fanático por la situación. Sacerdote y soldado el español; he aquí toda una gran historia; he aquí por qué el odio, infundido por unos pocos hacia los infieles, se acentuó a medida que la historia creció, y el amor a la propia creencia creció en proporción directa que el odio a la creencia de los mahometanos. El cristianismo se hizo un vínculo de unión, tanto más fuerte cuanto más adelantaba la relación hostil entre españoles y árabes.

Crearon los moros en España un foco de cultura universal y un imperio rival del imperio de que dependían por razón de raza. Córdoba sobrepujó a Damasco, porque los moros, berberiscos en su mayor parte, se asimilaron las tradiciones cristianas y clásicas que encontraron a su llegada a la Península; y creció más rápidamente el poderío y la civilización árabe en España, porque «al paso que los moros toleraban el cristianismo, las grandes ciudades cristianas de España, por su parte, acogían amablemente a los hombres de ciencia mahometanos, así como la filosofía muslínica» (Havellock Ellis).

La fusión de iberos y berberiscos, que sin duda fué considerable en los primeros tiempos de la dominación agarena, se debe al origen común de ambas razas. Dos pueblos sometidos al cruzamiento, se cruzarán tanto mejor cuanta más unidad étnica haya entre ellos y más analogía en el carácter. Las débiles diferencias de dos pueblos hermanos desaparecen con rapidez bajo un cielo común, y aun de pueblos más distantes étnicamente.

«Cambiad a los pueblos en su cuna—dice von Ihering—, y los semitas serán arios y los arios semitas.»

En estos tiempos no hay raza en Europa que conserve absoluta pureza; todos los pueblos tienen sangre de muchas razas, pero los habitantes de un territorio, por más que difieran en su origen, tienen un parecido. Nadie confundirá un español con un francés, y más todavía: un celta español con un celta francés.

Havellock Eilis hace notar que los únicos pueblos que lograron algo en España fueron los emparentados con la estirpe berberisca, de la que no es posible separar étnicamente al español.

Los moros llegaron a considerar como hermanos a los españoles, y como su verdadera patria a la nuestra a la que de veras amaron, pues «hicieron de manera que antes dejara de lucir el sol que ser fértiles y fecundas estas tierras» (Morote).

La invasión mahometana preparó las cosas de modo

que España entrase en el camino de los grandes pueblos. Convenía a los eclesiásticos esterminar a los moros que impidieron la continuación de su dominación, protegida por las leyes mismas del Fuero juzgo, y predicaron la guerra santa, poseidos de un fervor místico, tal vez sincero en casi todos ellos. Se creyó cada español un enviado de Dios; en el siglo XII hizo su aparición el verdadero fanatismo y se entabló la terrible lucha de reconquista, «lucha que, siendo a la vez guerra de razas y de creencias, imprimió a todas las empresas e intereses de los españoles un sello eminentemente religioso» (Philippson). El español se vió dominado por su entusiasmo, y era valiente; además, nada le faltó para cimentar el imperío de la casa de Austria; los triunfos guerreros premiaban su entusiasmo; ningún hombre halagado por la gloria queda indiferente; el orgullo acaba por apoderarse de él. Cuando los Reyes Católicos pusieron el pendón cristiano en Granada, es justo reconocer que los hijos de España, satisfechos por la gloria del vencimiento, se hicieran, de orgullosos, algo altivos y coléricos, y confiasen demasiado en su espada, a quien tanto debían, y olvidasen andando el tiempo el valor económico del arado.

Todo es perdonable, si se considera que es una ley, observada por todas las naciones al llegar a la cumbre de su poderío, la de quedar cegadas por la gloria y no medir todos sus actos friamente.

La grandeza moral, engendro de la exaltación religiosa, no inclinó a los bravos españoles, en tiempo de los Reyes Católicos, al goce placentero de las glorias adquiridas.

El pueblo, que palmo a palmo llegó a Granada desde Covadonga, conquistando así la patria invadida, no podía aquietarse en Granada; el mundo entero se presentó a su imaginación de religioso y a su bravura de guerrero. ¿Cómo no desbordarse la corriente, si no había dique alguno que intentara aprisionarla? ¿Cómo aquietar el río de entusiasmo ibero si no había poder capaz de simular la oposición? Los siglos de lucha hispano-árabe fortificaron las creencias religiosas, arraigadas en lo más hondo del corazón con la perseverancia y la firmeza que caracteriza nuestras opiniones, y nos hicieron tener amor al peligro, porque presentíamos vencerle; el riesgo, lo desconocido, las fuertes emociones nos atrajeron, porque nos deleitaba jugar con lo peligroso, como el gato con el ratón antes de comerlo. El espíritu caballeresco apareció en España sostenido por la riqueza y por la civilización. Los españoles gustaban de aventuras, pero no de entregarse al azar. El que se entrega a éste es, además de ciego, temerario y loco; el que se entrega a las aventuras, ha visto el fin de su jornada, aunque desconoce el camino.

Apareció Colón exponiendo ciertas adivinaciones, y se le facilitó la realización de su aventura genial; de esta aventura el navegante audaz vió el fin, pero no el camino que a él conducía; éste es el aventurero español: sabe

que más difícil es que los medios conduzcan a un fin, que no que un fin conduzca a los medios.

Presentida la existencia de América, ningún pueblo más que el español podía comprobar el presentimiento. Cristóbal Colón—dice Modesto Lafuente—necesitaba una Isabel de Castilla, y sólo Isabel de Castilla merecía un Cristóbal Colón. España, después de la conquista de Granada, no tuvo rival; le sobraba la vida y por eso la dió; tenía cuarenta y dos universidades y hombres inteligentes, muy sabios y muy valerosos. En el siglo XV eran escasos los españoles analfabetos. De las universidades, entonces pasmo del mundo, salían hombres como Cisneros o el Gran Capitán, capaces de encauzar la vida española hacia una actividad expansiva, consecuencia de una intensa vida interior.

España quiso comunicar la vida que le sobraba, la fuerza que tendía a actuar sobre algo, y comunicó su genio al Nuevo Mundo, y a Italia y a Flandes, y a Inglaterra, Francia y Africa.

Parecía—dice Lafuente—que Fernando e Isabel poseían el privilegiado dón de hacer brotar del suelo español los hombres más eminentes y el de atraer y apegar a él los que otros países producían, como un planeta que atrae a otros astros, formando en derredor de sí grupos luminosos que alumbran la tierra y embellecen el firmamento. «Y es que si los malos Monarcas son como los meteoros siniestros que esterilizan y secan, los buenos Reyes son como el sol, cuyo influjo fecundiza y produce. Porque no puede atribuirse a un fenómeno causal la coexistencia de tantos hombres eminentes en todos los ramos como ilustran este período.»

Agradezca Europa a España, más de lo que hoy le agradece, nuestra contribución al progreso de las Ciencias.

Dudo que la Revolución francesa y el mismo siglo de las Ciencias naturales se hubieran realizado tan pronto sin la ayuda de España y de los sabios españoles.

La Edad Media no fué un período de descubrimientos; fué una época «de preparación, de la siembra para el mundo moderno», como dice Benjamín Kidd, y una necesidad histórica que no debemos censurar, si no es desconociendo las leyes de la evolución de los pueblos.

Podrán decir nuestros enemigos cualquier cosa de los españoles; pero véase la historia imparcialmente y se comprenderá que las «particularidades individuales de los pueblos son simplemente manifestaciones de leyes sociales o psico-sociales universales» (Gumplowicz.)

El sociólogo Luis Gumplowicz censura a Curtius porque dice en su *Griechische Geschichte* que fué el ansia de ganancia, implantada por la naturaleza profundamente en los griegos, la que les llevó muy temprano a ejercer su actividad en muchos sentidos, y dice Gumplowicz, muy razonadamente, después de ver a españoles, holandeses, ingleses, etc., hacer lo mismo, que es efecto de una laguna científica dar a esos fenómenos sociales universales como particularidades indivi-

duales de los pueblos en que se les ha observado accidentalmente, en vez de explicarlos por leyes sociales.

Propio de historiadores ignorantes o parciales, o de ignaros literatos, es el motejar a una nación de tal o cual vicio, sin extender la mirada por las demás naciones para verificar la comprobación del supuesto.

Es inmensa la bibliografía en que se critica severamente a España por su proceder que nunca fué tan vil como el que usaron Francia e Inglaterra. No se hable de nuestros conquistadores para llamarles capitanes de bandidos (Heine), porque ningún extranjero está capacitado para comprender la grandeza de sus miras; no hable de la maldad de los sacerdotes quien no haya sido nunca ardiente y sincero defensor de una idea; no se vocifere contra la crueldad española, porque nunca el español fué cruel, ni puede serlo; se lo impide la geografía y el alma de la raza. ¡Insultos a España cuando declinó su grandeza! Es la venganza de los que se humillaron al oir nuestro nombre, y acudían a las Universidades españolas, y copiaban nuestras costumbres, y nuestras leyes, y aprendían del Gran Capitán la ciencia moderna de la guerra, y comerciaban por el camino iluminado con el valor de España.

El pueblo español cumplió dignamente con su deber; obró como tenía que obrar; todo lo que sucede tiene una razón suficiente. Si el imperio español, al llegar a Carlos I, no tuvo límites, tampoco los tuvo el imperio romano bajo César, ni el francés con Napoleón. Un exceso de fuerza empuja la actividad fuera del círculo ordinario de vida. «El exceso de energía social—dice H. Spencer—se manifiesta en nuevas empresas.»

Los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II procedieron como la omnipotente España les hizo proceder.

Las nacionalidades no deben intentar acción alguna sobre el resto del mundo, como no lleven en el núcleo de la célula de su vida un germen impulsor de la expansión progresiva, cuya energía sea tan grande que pueda rebasar su propia esfera, para transcender a la gran colectividad humana—dice José Antich—. La grandeza de España impuso las decisiones de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II, los Soberanos más españoles y que más papel representan en nuestra historia.

Suele a menudo indicarse el principio de la decadencia en estos grandes Reyes, y no cesan de ser frecuentes las diatribas contra la Casa de Austria. Téngase en cuenta que «un español, sobre todo del tiempo de Carlos V y de Felipe II, era católico antes de ser español» (de la Grasserie, *Rev. Internac. de Sociolo.*, 1905), y español lo era en alto grado; nunca el patriotismo fué tan exaltado como en la época de nuestra grandeza; un español, por el solo motivo de serlo, creia poder más que cuatro o cinco franceses; la narración de las hazañas de Flandes envanecían el sentimiento popular, orgulloso de por sí. Fitz Maurice-Kelly ha dicho que igual sentimiento del propio valor que los españoles del si-

glo XV y XVI tienen los ingleses modernamente; es una consecuencia bien clara del valor efectivo el orgullo, la altaneria, la soberbia.

Teniendo en cuenta que el español era más católico que español, no culpemos a tan nobles reyes, intérpretes sinceros del sentir común de una época. La Inquisición, motivo de páginas tan injuriosas, fué una necesidad; si no lo hubiera sido, no se hubiera implantado con la firmeza que se implantó.

España no fué una nación teocrática, dominada por el Vaticano. Fernando el Católico, Carlos I y Felipe II, no consistieron que el Papa interviniese, de modo contrario a los intereses nacionales, en los asuntos religiosos concernientes al imperio español, menos aun en la vida civil. Paulo IV tenía, con harto dolor, que humillarse a nuestros monarcas; decía que Felipe II le mortificaba de continuo, y se quejaba amargamente porque los españoles le pedían cosas imposibles; los prelados que mandó el tétrico (?) Felipe a Trento, brillaron tanto por sus ideas inconmovibles, que Paulo IV se lamentaba de que cada uno quería ser un Papa. Julio III decía que los obispos españoles se mostraban tan hostiles al poder pontificio como los mismos luteranos. El pontífice Juan Caraffa llegó a odiarnos profundamente, y quiso vengarse en Ignacio de Loyola, hombre de hierro, a quien debe la Iglesia mucho; pero el vengativo Papa se vió más de una vez humillado por el valiente general de los jesuítas. Digamos de paso lo que Philippson es-

cribe acerca de Loyola: «Fué autócrata y aun tirano, como todo hombre de espíritu creador y de gran energía.» También llaman tiranos a nuestros grandes reyes los que desconocen la tiranía; los representan como emperadores absolutos, sanguinarios, sin conciencia.

Carlos I, que «tenía algo de universal en su origen y en su existencia» (Philippson), «no era un hombre vengativo; por el contrario, su naturaleza le llevaba más bien a la clemencia que al rigor; nadie puede poner en duda su sinceridad; hizo siempre lo que creyó su deber, y fué tan tierno y afectuoso amigo, que quienes más le amaron fueron los que más intimamente le conocieron», escribe Buckle; pero, no obstante, se vió obligado a obedecer las tendencias del siglo y del país en que vivía.

Somos, a pesar nuestro, de nuestro tiempo, de nuestro país, de nuestra raza, y por vivo que sea el deseo de singularizarse, aun cuando se quiera llevar la originalidad hasta la rareza nada conseguiremos; tan impregnados estamos del espíritu colectivo, dice Duprat.

Podemos reirnos de las exageraciones de Llorente; la Inquisición fué una necesidad de aquella época de nuestra historia. Felipe II, ese rey que siendo español lo veía todo con ojos de español, con independencia y exclusivismo, como dice Ganivet, prefería no reinar a reinar sobre infieles, y por eso el pueblo quiso tanto a este rey, defensor de la fe y caudillo trabajador que ensanchó el poder de Castilla y supo administrarla.

En vez de rebelarse contra el sistema de la Inquisi-

ción, el pueblo se adhirió a él plenamente y lo sancionó con satisfacción.

Prescott, Buckle, Motley, Lafuente, etc, reconocen que el reinado de Felipe II es el reinado más español. Dícese que nos aislamos del resto del mundo, y por eso cayó España.

La célebre Pragmática de Felipe II, que prohibía estudiar y profesar en Universidades extranjeras, con excepción de Bolonia, Nápoles y Coimbra, no motivó un absoluto aislamiento intelectual; dice Altamira que este aislamiento «fué menor de lo que vulgarmente se cree».

Era lógico que la religión se sobrepusiera a todo; cuando se reacciona contra un vicio, se suele caer en el vicio contrario. Así sucedió a los españoles al oponerse a los infieles, y por este motivo los austrias «no separaban la cuestión del poder de la cuestión de las creencias religiosas -dice Philippson—; ambas estaban perfectamente unidas. Y se creían más representantes del catolicismo que el mismo Papa, pues éste no podía disponer de la fuerza material.»

Para que no quede alguna duda sobre la españolidad de los reinados de Carlos I y Felipe II, comparemos estas dos figuras con sus ascendientes de la línea masculina y femenina; entonces se verá que «el parecido representa las tendencias de la casa española, y por eso, la dinastía austriaca fué nacional y representó vigorosamente nuestro viejo espíritu» (R. Salillas.)

Sin los excelentes escultores de nuestra historia, que

desaparecieron al morir Felipe II, España no hizo nada; necesitaba todavía la tutela del Gobierno inteligente y desinteresado, y le faltó.

Reconoció el gran jesuita Mariana que en su tiempo España iba cayendo a tierra. «La glotonería, lujuria, pereza y deleites de todas maneras nos han enflaquecido y sujetado a las injurias de aquellos que temblaban antes al nombre de España», escribía.

La paz y la incapacidad de los gobernantes hicieron de los españoles de las grandes iniciativas un pueblo despreciable.

«Las comidas delicadas—agrega—, el vestido, ha estragado las costumbres en tanta manera, que más se gasta hoy en una ciudad de golosinas, confituras y más cantidad de azúcar, que en toda España en tiempos de nuestros padres. ¡Cuánta seda, Dios poderoso, se gasta!» No en vano se asombraba el sabio historiador: su pueblo no era afeminado por naturaleza.

En tres reinados prósperos conquistó España territorial y culturalmente el mundo conocido; pero más rápido que el encumbramiento fué la caida; el sucesor de Felipe II, Felipe III, dicen los historiadores, no era siquiera la sombra de su padre; indolente, ignorante, de escaso juicio, como Felipe IV, estos monarcas «vieron transcurrir su vida en medio de los placeres más abyectos» (Buckle).

La expulsión de los judíos; el abandono de la agricultura, la industria y la enseñanza; la pérdida de las co-

lonias más ricas; la desmoralización del pueblo, a semejanza de las familias reales; la impotencia del clero, fueron los vicios que por ley de herencia habían de suceder.

Lo que nuestra historia general y nuestra psicología individual presentan en el reinado de los grandes reyes (los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II), y en los de los reyes idiotas (Felipe III y IV, Carlos II, Felipe V y Carlos IV) es un espectáculo grandioso y lúgubre; «el de un entusiasmo que se coagula en ritos, semejante a la lava ardiente, que, después de los centelleos y de la magnificencia de su incendio, se detiene, se endurece y cubre la llanura con sus arroyos inmóviles y negros», escribe Taine.

Muerto Felipe II, «España vació hasta las heces la amarga copa de su vergüenza; su gloria había desaparecido y su humillación se había consumado» (Buckle).

Carlos II, educado en la escuela de su madre, Ana de Austria, la que tanto escandalizó a España por sus amoríos con el P. Nithard, tuvo, según Buckle, cuantos defectos físicos e intelectuales pueden hacer de un hombre algo ridículo y despreciable.

Son conmovedoras las páginas en que el historiador inglés describe el proceso de nuestra decadencia repentina; los gobiernos eran malos, los reyes ineptos y el «espíritu de fidelidad» del pueblo español, firme, esperanzado en la virtud salvadora de los inteligentes soberanos de su historia.

Durante más de un siglo fuimos gobernados por re-

yes que vigilaban con una perseverancia infatigable la marcha de todos los negocios nacionales y que eran siempre «los directores de sus ministros».

Creció el poder eclesiástico en la proporción que disminuía el de los reyes.

La sombra del estadista Fernando y la de su esposa Isabel, en menos de dos siglos, fué representada por el imbécil Carlos II.

Brooks Adams llama a nuestro imperio «imperio imaginativo», y es, por cierto, algo fantástico, lo mismo en su grandeza que en su veloz caída. El español del siglo XVII, ¿descendía de aquél a quien el ardor de los triunfos militares, sin interrupción en más de mil quinientos años, desde que penosamente pudieron los romanos sojuzgarlo, hasta el siglo XVI, llevaron a las hazañas más asombrosas, a la conquista de mundos desconocidos y de países poderosos, al dominio de la civilización universal con sus Universidades, al dominio de inmensos territorios con sus soldados? ¿Es el español del siglo XVII sombra del español de cincuenta años antes?...

En el siglo de nuestra ruina el hambre no tuvo límites; la insuficiencia de la alimentación no pudo inclinar al español hacia las profesiones que pugnaban con su espíritu guerrero, aunque no eran siquiera sombras del pasado, el pasado vivía en ellos y no les permitía dejar la espada; por eso, insegura la vida en todas sus manifestaciones, sin un caudillo que comprendiese los anhelos del pueblo, aquellos rígidos soldados se convirtie-

ron en pícaros, y los que no fueron pícaros creyeron buena manera de vivir solicitando del gobierno empleos.

Algo quedaba de la raza en Flandes, pero los tercios españoles que un día imaginara el Gran Capitán, cayeron agotados en Rocroy, tumba de nuestra esperanza.

A mediados del siglo XVII la infantería mejor de mundo cedió a la francesa el puesto preeminente.

Largo tiempo persistió en España la ilusión de su valor; pero España había muerto en Rocroy; había muerto, porque no tenía ya un Cisneros que venciera al cardenal de Richelieu.

Desapareció la virilidad española; el pícaro inundó posadas, carreteras y ciudades, y el habitante de éstas se aficionó a la imitación de las modas y los vicios franceses.

«Lo que es sumamente reprensible es que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres—escribe Feijóo—. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador y pierden tanto tiempo en él como las damas. ¡Oh escándalo! ¡Oh abominación! ¡Oh bajeza!»

Aquellos españoles, «duros en las fatigas de la guerra, sumisos con las damas, altivos con los fuertes—dice Azorín—son ahora blandos con los peligros, tiranos con las mujeres, humildes con los déspotas.»

Carlos III, guiado por excelentes ministros y sano

de espíritu, intentó reconstruir la deshecha patria, y algo reconstruyó, más sin consecuencias duraderas.

Muerto él, volvieron a quedar las cosas como estaban.

Carlo IV supo llevarnos primero al Tratado de Basilea; luego a Trafalgar.

Napoleón invadió a España.

El pueblo, ya respuesto en parte de la fatiga histórica, renovó por un momento su pasado y sus ilusiones: arrojó a Napoleón de este suelo.

No resucitó por completo en 1808, porque no tuvo hombres que supieran aprovechar la energía española; todavía faltaba otra gran epopeya: ¡Cavite y Santiago!

«No se registra tal vez en la historia moderna, y desde luego en la antigua, de metrópolis que tuvieran colonias, ejemplo igual ni tan enorme locura patriótica, un sacrificio mayor ni más estéril.» (Morote.)

En el prólogo, que a su versión española de una obra famosa puso Santiago Alba Bonifaz, nótase la inconsciencia de los españoles en la guerra de Cuba, donde fuimos «como una turba demente, sin conciencia de los propios medios, y más ignorantes aún de los enemigos a quien íbamos a acometer». Esto me afirma en la creencia de que los últimos azares bélicos se verificaron en un estado de sonambulismo.

De nuestra historia se deduce que es la raza española un tesoro de energías, y que sabe gastarlas totalmente y caer rendida, postrada, en actitud de muerte; pero

también sabe por su dureza reponerse con extraordinaria prontitud; se deduce también que es sumamente maleable y leal a su Rey; así, siendo éste inteligente, la nación es con facilidad conducida a contribuir con las más adelantadas en la obra del progreso; si el Soberano es idiota, los más entusiastas españoles pierden toda la esperanza en la virtualidad étnica.

Sólo cuando en España reine un soberano inepto, podrá decir Closson (*Revue Internac. de Sociologie*, 1898) que el *homo mediterraneus* es vencido en la vida económica, en el máximo de cultura y en la emigración por el *homo europeus* y el *homo alpinus*.

No podrán decir lo mismo, cuando un inteligente Monarca sacrifique su vida a la vida de la nación; Lapouge y Gobineau, Ammon y Closson.

Pronto veremos si España es la nación más mísera por sus habitantes y por su territorio. Nuestra raza espera que alguien le mande recoger la camilla en donde yace y eche a andar.

CAPITULO IV

Caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos.

Es la estatura del español regular, como suele ser casi siempre la de los habitantes de las regiones templadas. La talla media entre nosotros es, según Olóriz, de 1,64 metros en el hombre, y de 1,53 en la mujer; tenemos la talla media de los italianos y somos algo inferiores a los ingleses, alemanes, holandeses, franceses y belgas.

Los celtas españoles son de estatura más baja que los del otro lado de los Pirineos, de pecho ancho y cabeza redonda; habitan en el NO.; en la costa levantina abundan siro-árabes e iberos, de estatura menor que la de los celtas españoles, pecho estrecho y cabeza entrelarga; en Vasconia y en Cataluña se ven tipos de alta talla.

Las tallas medias entre las bajas son más numerosas, casi dobles, que las tallas medias entre las altas. Dos terceras partes de las provincias españolas son

favorecidas con tallas medias superiores a 1,60 metros. La talla media más baja corresponde al rincón NO. de León; desde aquí la comienza a elevarse, siguiendo dos direcciones: una, la de las montañas, hacia el Este, por las provincias de Lugo, Oviedo y Santander, hasta Vizcaya inclusive, elevando al par que la talla el pecho y el peso de los hombres. La otra línea de aumento, la de las llanuras, va creciendo por ambas Castillas y Extremadura, Galicia, Navarra y Aragón; toca la media de España en Andalucía y Murcia, y sigue elevándose por encima de esta cifra en Asturias, Vizcaya, Valencia, Cataluña y Baleares.

El menor número de soldados de pecho estrecho (menos de 80 centímetros) corresponde a la provincia de Huelva (4 por 100) y el mayor a Avila (27 por 100), siendo la media de España el 10 por 100. En la cresta Carpetana se encuentra un número mayor de individuos de pecho estrecho (16 por 100), en la cuenca del Duero, y el menor número en la cordillera galaico-astúrica (7 por 100) y la cuenca del Miño. Por el pecho amplio se distinguen los de Gerona, Vizcaya, Madrid, Cáceres y la cuenca del Ebro; la media en España de la medida torácica es satisfactoria en alto grado; la mitad de las provincias presentan de 78 á 70 por 100 de soldados con pecho de 80 á 90 centímetros de perímetro torácico; la otra mitad fluctúa entre el 70 y el 71 por 100. Desde el punto de vista de la capacidad vital, España se halla notablemente favorecida, y por la estatura tiene

los hombres que se hallan naturalmente indiferenciados para una actividad determinada; su estatura les capacita para actuar en casi todas las manifestaciones de la actividad humana.

El cráneo hispano es dolicoide; nunca, en los braquicéfalos, tan redondo como en los otros pueblos de cabeza corta. En los celtas—según Aranzadi y Hoyos comprobaron al medir cráneos de Oviedo actuales y cráneos de hace tres siglos—se nota una regresión hacia la dolicocefalía. España favorece más las razas dolicocéfalas que las braquicéfalas.

Siguiendo a Olóriz, la distribución del índice cefálico, señala un 12 por 100 de la población española dolicocéfala; un 60,80 por 100, mesaticéfala, y un 26,47 por 100, braquicéfala.

Las comarcas de población esencialmente dolicocéfala (76 y 77) son en España la faja mediterránea, desde Cartagena al Ebro; la cuenca media de este río; la parte de Castilla la Vieja situada al Norte del Duero y la alta Andalucía, y los focos principales están en las tierras altas de Alicante, los Pirineos aragoneses, los montes de Soria y Teruel, las vertientes meridionales de la cordilera Cantábrica, las sierras de Alcaraz y Cazorla, y la Alpujarra.

Las comarcas de poblacion relativamente braquicéfala (78 a 83) son las vertientes septentrionales de la cordillera Cantábrica, y el litoral comprendido entre Coruña y Santander; las tierras bajas del Mediodía, des-

de Huelva a Motril, y la cuenca media del Tajo. Los focos principales de la braquicefalia relativa están en las montañas de Santander, al Norte de las provincias de Coruña y Lugo, con el Oeste de Asturias y el litoral del Sur, entre Huelva y Cádiz.

La población de índice intermedio (78) abunda más en la Mancha, Cataluña, cuenca superior del Ebro, Extremadura y curso medio del Guadalquivir.

El pueblo vascongado no presenta índice cefálico característico; el suyo es menor que el de los vascos franceses y más alto que el general de España (78,18).

Parece que la cordillera ibérica ha sido el baluarte donde las antiguas gentes de cabeza larga se han defendido más de los cruzamientos con pueblos braquicéfalos venidos por la frontera Norte y del Océano; la población de las llanuras españolas puede decirse que es de cabeza más redonda que la de las montañas.

La dolicocefalia española tiene tres formas: la nórdica y la levantina, que se subdivide en dolicocéfalos de frente ancha, algo escapada, propio de las ciudades, y la dolicocefalia de frente estrecha y más vertical, abundante en el campo.

Otto Ammon explica la braquicefalia de algunas regiones españolas, al Oeste de Castilla la Nueva, por ejemplo, suponiendo que la invasión visigoda llevaba cautivos braquicéfalos que se reprodujeron más fácilmente que sus amos.

Separando la braquicefalia y la dolicocefalia como

hacen Hoyos y Aranzadi en el índice 76,5, nos resultan 15 provincias braquicéfalas y 19 dolicocéfalas, consideradas unas con relación a otras.

Dice Reclús, que de vasco a vasco hay tanta diferencia como entre españoles, franceses e italianos, y Eguren Bengoa, que «aparece el tipo vasco como mesocéfalo, advirtiendo, sin embargo, una proporción considerable de dolicocéfalos bien definidos, y, en reducido número, representantes de la braquicefalia». Hay euskaldunas altos y pequeños, rubios y morenos, espíritus que recuerdan su remoto origen africano y algunos de temple germánico.

Los vascos, en general, tienen la frente ancha, nariz recta y firme, fisonomía de extrema movilidad; los menores sentimientos se reflejan en su rostro, en el brillo de su mirada, en el estremecimiento de los labios.

Por el índice nasal hay en España más leptorrinia que platirrinia, y más en las mujeres—y más braquicefalia también—que en los hombres. Los dolico-leptorrinos ocupan la región Carpetana y la Celtibérica; los dolico-platirrinos, la región Leonesa y la Bético-turdetana, Soria, Huesca y Baleares; los braqui-platirrinos, la región Cantábrica y la Oretana, y los braqui-leptorrinos, la región Galáica y Vasca.

La cara del español es oval; el color del rostro blanco-moreno; los rubios son escasos fuera de Cataluña, Asturias y Galicia, y estos rubios son de color más obscuro que el de los ingleses, franceses o alemanes.

La parte de la cara que comprende los lóbulos frontales, los pómulos y el mentón se encuentra, por lo general, en el mismo plano.

El cuello intermedio entre el de los sanguíneos —corto y grueso—y el de los flemáticos,—largo y delgado—; el cabello negro, castaño y castaño obscuro; los labios proporcionados; los ojos negros y pardo-obscuros.

En las serranías castellanas se ven habitantes de ojos claros; según Vicente Gay, debe atribuirse más, esta originalidad, a las condiciones de vida en las montañas, que a influencias germánicas.

La tez del español es la más perfecta de Europa —dice Havellock Ellis—y de las más firmes y de contestura más vital; ni se descolora fácilmente, ni se congestiona muchas veces, ni se estraga con facilidad. Gautier habla de la «palidez áurea» de las mujeres españolas; Silio Itálico compara el cutis del español al oro de sus minas; toda la serenidad del alma ibera se traduce en la serenidad del rostro castellano; en el andaluz—más en el hombre que en la mujer—, el rostro es en extremo movible, expresivo de las más sencillas emociones.

El andar del español es solemne, en general; pero a simple vista se notan los extremos: aragonés y andaluz; el andar del primero lo singulariza una verticalidad exagerada y una alineación resuelta en el rumbo; da aspecto de altivez algo rígida—dice Rafael Salillas—, por la

resolución en el paso y por la elevación de la cabeza, que se mantiene en verticalidad correctísima con el tronco; todo tiende en el aragonés a la rectitud, el pensamiento, la conversación, el canto, el andar, el baile...

El andaluz es la antítesis del aragonés; su torcimiento, su ondulación en el andar, su falta de constancia en una misma cosa, resalta en su modo mental, en el pensamiento, en el baile, en la conversación, en el cante flamenco, en la facilidad para cambiar de ideas, de direcciones, de tonos de voz, de rapidez en sus movimientos.

Junto al majestuoso andar de la generalidad de los españoles aparece el bello andar de las españolas, en lo que se distinguen, así como en el «sentarse bien» y en su fino rostro; «a la manera clásica», con «lindas cejas», «hermoso y abundante pelo», una inmovilidad relativa de los músculos de la cara, una ausencia de movimientos innecesarios. En la misma Andalucía tienen las mujeres cierta solemnidad que contrasta con la expresibilidad del andaluz y su movilidad continua. La pureza y blandura de las líneas, en la española, seduce; sus grandes ojos, su boca pequeña, su talle delicado le dan el puesto preeminente en el mundo de la belleza femenina; y si agregamos a sus rasgos físicos la belleza moral y la penetración intelectual, no es extraño que sean las españolas las más bellas del mundo y las más viriles y aptas para el cultivo de las letras y de las ciencias.—Padilla, Agustina de Aragón. Teresa de Jesús,

Oliva Sabuco, Beatriz Galindo, Concepción Arenal, etcétera.

En la mujer española no aparece esa confusa fluctuación de movimientos musculares, que son expresión de estados psíquicos; «sea o no observada, está serena, inmóvil, dueña de sí misma» —dice Ellis—; «su semblante arrostra nuestra mirada, con gracia a la verdad, pero fría y firme como una estatua de mármol».

Morfológicamente, aún dada su variedad étnica, dice Olóriz, el pueblo español es uno de los más homogéneos de Europa.

En la psicología se hallan diferencias más profundas, aunque no tales que alejen el «aire de familia» que distingue en el extranjero a todos los españoles.

Fisiológicamente se puede también hablar de los españoles como algo típico, diferente de los otros pueblos de Europa y aún del mundo.

El sentido más desarrollado en nosotros, el más agudo, por su uso quizás, es el de la vista; pero, en general, la agudeza de los sentidos en el español no tiene esa modalidad superior que distingue a unos pueblos por la visión, a otros por el oído, a otros por el tacto; mas si en nosotros no alcanzan un grado de desarrollo tan grande, están muy lejos de ser obtusos.

El frío seco de los inviernos españoles hace que el corazón redoble su energía funcional; la circulación es enérgica, y las inspiraciones profundas y largas, pero no frecuentes. La sangre bien oxigenada, a su paso por

los capilares, entretiene una combustión intersticial activa y hace perfecta la asimilación de los alimentos.

El calor seco del verano contribuye a nuestra sobriedad; es enemigo de las grasas. El español es flaco; la sangre africana y el clima duro impiden la creación de las capas adiposas subcutáneas, defensa de los pueblos del Norte contra el frío, los accesos pasionales, los sentimientos artísticos y todo temple ascético.

Como le falta grasa al español, pesa poco comparado con el inglés, el alemán o el francés, y su agilidad y resistencia son proverbiales. Enjutos, de seco rostro, nervudos, musculosos, férreos, cenceños, vigorosos, solemnes en el andar, como son solemnes los reyes en medio de sus vasallos. La fama de nuestras buenas piernas comprometió más de una vez la valentía francesa, y la sobriedad española fué lugar común desde muy antiguo; Taine, D'Aulnoy, Clarke, Townsend, Croker, Laborde, Cook, Malmesbury, Dalvymple, Esménard, etcétera, alaban nuestra sobriedad, así como nuestra hidalguía y buenos sentimientos.

«El bienestar—dice H. Taine—les es indiferente; no hay raza más sobria; en todos los períodos de la historia se la encuentra igual. Durante la última guerra de España, un ejército español se creía en la abundancia, allí donde el ejército francés apena podía vivir y donde un ejército inglés se moría de hambre.»

Somos grandes ayunadores—dice Pascual Santacruz—. Se nos elogia por esto cuando debiera censurár-

senos, porque el hombre mal comido es hombre displicente, apático, pesimista; el que come bien y se nutre está dispuesto al bien, al esfuerzo, a toda gran expansión de la vida corpórea o espiritual; Luis André duda si no comemos porque somos sobrios, o somos sobrios porque no comemos... Sobrios somos, en efecto, pero «la sobriedad que tanto nos caracteriza se ha convertido hoy en miseria, y millones de españoles no pueden reponer debidamente el desgaste diario a causa de la desproporción grandísima que existe entre los sueldos, salarios, etcétera y el precio que han alcanzado las subsistencias». (La Iglesia y García.)

El alimento del labrador andaluz o extremeño es deficiente en sumo grado; «el régimen del obrero andaluz—dice el Dr. Ph. Hauser—es demasiado rico en grasa e insuficiente en materia azoada, y, por lo tanto, incapaz de suministrar las energías necesarias para el trabajo muscular ejecutado».

La holgazanería andaluza, esas costumbres de indolencia «son más bien la expresión de impotencia para el trabajo continuo a causa de su alimentación insuficiente». Atribuir la falta de amor al trabajo a la influencia del clima es un error; basta ver el mismo español del Mediodía en Argelia o Túnez, cuyo clima está más próximo al tropical que el de Andalucía, donde ejecuta rudos trabajos de campo, «porque está mejor pagado y mejor alimentado que en su país». (Hauser.)

Macías Picavea describe la vida económica del castellano de modo que no nos quede duda alguna de la gran pobreza psicológica del organismo español y sospechemos la causa del indeferentismo, la indolencia y el poco amor al trabajo entre nosotros.

El carácter compuesto del temperamento español no se ajusta a ninguna de las clásicas divisiones de los temperamentos. Una constitución simple no podría adaptarse, como nos adaptamos, a múltiples géneros de vida, antagónicos entre sí, como la pluma y la espada; pero el español nunca está más placentero que cuando desarrolla la actividad peculiar a cada uno de sus modos de ser. En todos los pueblos, «la sçiencia embota el fierro de la lança y façe floxa la espada en la mano del cavallero» menos en el hispánico, ya lo dijeron experimentalmente: el marqués de Santillana, Cervantes, Lope, Calderón, Ercilla..., todos los grandes genios españoles de la literatura. No es extraño ver unida, en los españoles, una inteligencia poderosa a un fondo robusto de energía física.

El compuesto más permanente en nuestra raza es el nervioso-bilioso, complemento uno de otro para formar el temperamento viril por excelencia, de fácil adaptación a una actividad proteiforme y de resistencia incomparable; somos como el roble, a quien la tempestad respeta o arranca de cuajo.

Toda nuestra larga actuación histórica la vemos resumida en una gráfica singular que escribiera el *Ergógrafo* de Mosso; las curvas del esfuerzo son todas igua-

les, y en vez de formar un triángulo por agotamiento creciente, la gráfica acusaría una forma rectangular, cesando las contracciones repentinamente, cuando los músculos y la voluntad dieron toda la energía de que dispusieron.

Justa apreciación de nuestro modo de actuar es la de Vicente Gay al compararlo al Guadiana, río que después de largo curso desaparece por completo, para volver a aparecer más tarde con rico caudal.

El nervioso gasta sus energías totalmente primero, y antes de la postración por agotamiento, recibe las últimas reservas de la voluntad del bilioso; la voluntad ejemplar del español es la que indica la gráfica del *Ergógrafo,* no triangular, sino rectangular.

Razón tuvo Rafael Salillas cuando dijo que sólo a un desconocimiento del temperamento español se deben aquellas profecías de muerte que, probablemente, no se cumplirán en nuestro pueblo. Olvidando la Historia, puede decirse que España murió como nación; pero quien la conozca, sospechará que, más cerca o más lejos, el Guadiana aparecerá en la superficie.

Por temperamento somos aptos para competir con cualquier pueblo; lejos de inquietarnos por un obstáculo, como hacen los pesimistas nerviosos, nos da, lo que tenemos de biliosos, la conciencia del propio poder, y nos complacemos en vencer la oposición que, antes, habíamos vencido imaginariamente.

Tenga el español buenas reservas fisiológicas y se

verá cómo crea nuevas vías para darlas circulación, cómo crea otra vez, si no héroes de la guerra, héroes industriales y comerciales y científicos.

La voluntad es un elemento predominante en nuestra psicología; por ella somos capaces de conservar el rencor o el agradecimiento toda la vida; inhibimos nuestros sentimientos si nos conviene, y no retrocedemos en una empresa que nos hayamos propuesto. De la reflexión no hacemos uso para una larga elección de motivos, porque nuestra inteligencia obra rápidamente, comprende y delibera en un tiempo tan reducido, que nu flemático, no podría aprehender en ese mismo tiempo el objeto de la reflexión.

Dicen que somos pesimistas, melancólicos; nuestra historia no dice lo mismo.

Melancólico—según Ribot—es el que se rodea de dolor como de un muro, sin una rendija por la que pueda penetrar el placer. Bien lejos estamos de la melancolía y del pesimismo que nos dejara entregados a las circunstancias del azar, sin el contrapeso de la conciencia del propio valer.

No somos por naturaleza retrógados, nunca lo hemos sido; lo que nos sucede es que el peso de la tradición suele amarrarnos a los viejos procedimientos, y más cuando la energía orgánica no es excesiva, ni aun suficiente para el sostenimiento de la vida por los caminos trazados.

Nuestra voluntad, pronta e intensa, tampoco repugna

la persistencia, ni aun la testarudez; es explosiva, y puede ser también lenta y, sobre todo, parcial; a los diferentes motivos se presenta con caracteres diferentes.

La sangre fría se une a la vehemencia pasional; cuando más enérgica y perseverante es nuestra voluntad, es cuando se halla influenciada por un sentimiento vigoroso; obedecemos al corazón más que a la cabeza, y somos capaces de profundas terquedades y de resoluciones decisivas a obrar o a no obrar. Alternamos entre la energía impetuosa y el abatimiento brusco; esta actividad intermitente, espasmódica, depende de emociones intensas más que de un fondo estable de energía.

Cuando queremos, queremos intensamente, con firmeza, con suma constancia, sin interrupción.

Un extranjero, en nuestra sensibilidad mediocre —porque «en el temperamento español difícil es no evidenciar cierta indiferencia por el dolor, que es casi amor a él»—, en nuestra frialdad, serenidad e indiferencia, en el poco ardor, que temporalmente aparecen en nosotros, puede hallar apatía; pero nadie que nos conozca profundamente dirá que somos apáticos.

Es nuestra tierra seca y dura como nuestro clima, y es ardiente nuestro sol, y por eso somos rígidos, duros, severos, secos; «raza de sarmientos»—dice Unamuno—; tostada por los soles y curtida por los hielos, sobria; producto de una larga selección por el frío de los más rudos inviernos y por hambres periódicas; hechos a las inclemencias del cielo y a la desnudez de la vida. Raza

así formada tiene que señalarse por una cierta insensibilidad física y moral, lo mismo al dolor que al placer, y por un fondo de nobleza en todo caso. Por esto dice Ellis que somos salvajes:

«El estoicismo, que donde quiera aparece como filosofía primitiva del salvaje, es la filosofía fundamental y casi la religión de España.»

Ni somos apáticos ni salvajes, aunque por tales nos juzguen exteriormente; desconocemos la apatía y el salvajismo, por más que sintomatólogos poco enterados repitan esas características cuando la ocasión se les presenta. La ciencia deshecha ya el razonamiento por analogía, cultivado por los hombres de inteligencia mediana.

El apático no es emotivo, ni apto para las adquisiciones intelectuales; su memoria es lenta y poco rápidas las asociaciones de ideas.

Nuestra actividad temporal enérgica es inconciliable con la apatía.

La calma exterior cubre una profunda sensibilidad a las obsesiones y apasionamientos fecundos en ensueños sentimentales. La fuerza no la manifestamos más que excepcionalmente por entero, pero en nuestra calma aparente hay un dinamismo que pocos saben apreciar.

Nuestro temperamento es el de los contrastes; a menudo aparece después de la tempestad la calma y la tranquilidad, pero la tranquilidad siempre exterior. Dice Madama Rattazzi que somos a la vez vivos, activos e indolentes; muy comunicativos y muy concentrados;

altivos y a veces obsequiosos hasta la exageración; los contrastes y antítesis que se encuentran en nosotros desconciertan al observador extraño y le hacen vacilar sobre lo que debe pensar del país, «que podría ser uno de los más ricos y que es hoy uno de los más pobres».

Es más excelente nuestro juicio que nuestra memoria; pero puede decirse, en general, que es fácil y pronta, algo caprichosa, y, aunque no de impecable fidelidad, multiforme, y más perfecta si es provocada y sostenida por estados afectivos, pasionales, por quienes se deja gobernar.

El juicio del español es vivo, con originalidad y penetración; en pocas ocasiones gustamos de la abstracción, de la curiosidad constante, de la observación metódica y sistemática. Poseemos rara capacidad de fijar a atención voluntariamente en los motivos de utilidad mediata e inmediata.

Es nuestra imaginación soñadora y no contemplativa; las asociaciones, dirigidas o gobernadas por la pasión, impetuosas, desbordantes; pero no ilógicas ni fantásticas.

La ira, la irascibilidad, el furor, el odio rencoroso, la amistad extrema que llega a la idolatría—no la tibia amistad—, el entusiasmo, la pasión, la indiferencia, la languidez, hacen mella en el español; mas difícilmente falta en todos nuestros amores, como en nuestros odios, a nobleza, la conciencia de la dignidad.

En asuntos amorosos el menor asomo de indiferencia nos ofende y estamos como ninguno, propensos a ser celosos; así dice Masdeu: «En el amor son ardientes, algo dominados por los celos, pero tiernos y constantes.»

«En disposición y agudeza para la conversación—dijo S. E. Cook—, así como en inclinación a ella, ningún pueblo aventaja a los españoles. En cuanto a talento para los salones, sin duda que son acreedores los franceses a la reputación de que gozan; pero como don concedido a todas las clases, los españoles exceden a cualquiera nación moderna.»

Según madame d'Aulnoy, tenemos mucho ingenio y viveza, comprendemos fácilmente y nos explicamos con pocas palabras. Esto es verdad en algunas regiones, y respecto a la tendencia a la conversación, que observó el capitán Cook, lo es también en otras.

En lo que d'Aulnoy acierta perfectamente es en la grandeza de alma, elevación de miras, y la firmeza y seriedad natural que notó en los españoles....

A una fina ironía unen los labradores iberos lastimosa ignorancia de las cosas nuevas; a su debilidad para unas manifestaciones, su fortaleza para otras; a su gran fondo de seriedad y su admirable solidez de carácter, la afición temporal a las fiestas, a la magnificencia, al baile y otros juegos, en los que suele gastar grandes cantidades de energía.

La fiereza española pudiera interpretarse por ferocidad si no fuera unida a un natural magnánimo; si a

una admiración por la venganza no uniese un tranquilo olvido de las injurias.

«Los españoles—decía Saavedra Fajardo—son tan altivos, que ni los desvanece la fortuna próspera, ni los humilla la adversa. Esto, que en ellos es nativa gloria y elevación de ánimo, se atribuye a soberbia y desprecio de las demás naciones, siendo la que más bien se halla con todas y más las estima, y la que más obedece a la razón y depone con ella más fácilmente sus afectos y pasiones.»

Por no querer ocultar—no por no poder—la satisfacción de nuestra cólera, se habla de crueldad española. Es la cólera franca del ibero, y no la hipócrita del inglés lo que hizo que los enemigos de España censurasen algunos de nuestros actos, pintándolos negramente.

Dicen que amamos el dolor, las escenas horripilantes, como las que dibujaba en la imaginación de algunos escritores la España trágica, inquisitorial, negra y sanguinaria. Yo no conozco nada de esto en España, y sí reconozco un temperamento viril, tanto en la alegría como en el dolor, tanto en las fiestas como ante las escenas más violentas y ante las más delicadas.

Verdadero contraste es la valentía, la altivez española, o mejor, castellana, y la timidez. En España, país de valientes, de temerones, de arriscados y de independientes—dice Eusebio Blasco—, hay más tímidos que en ninguna parte, porque junto a nuestros más viriles sentimientos, van también sentimientos de ternura, de

sensibilidad, de amor; conocemos la amistad profunda y el afecto de familia intenso; somos más patriotas que filántropos, más generosos que económicos, más orgullosos que humildes ante los grandes, y más humildes que orgullosos ante los pequeños; sentimos tanta tendencia a la autoridad como a librarnos de ella, y una inclinación al pesimismo, que no llega a realizarse ni actualizarse en un pesimismo femenino, mogigato.

En el castellano, la asociación, es predominantemente por contraste; en el catalán, sistemática; en el andaluz, es independiente la actividad de los elementos del espíritu; si a algún poder obedece es a la fuerza de las tendencias dominantes.

Somos graves y de aspecto solemne a todas horas, en público y en privado, en el templo y en la feria. Tito Livio y Strabon presentan a los españoles vestidos de negro.

El siglo XVI indica para nosotros el período en que el alma nacional aparece tal como debía de ser, plenamente desarrollada, en todo su apogeo. Maldonado Macanaz (*Revista de España*, t. CVIII), hace el retrato del español, del verdadero español: «grave, austero, constante en la desgracia, duro con el adversario, como educado en una guerra de razas y de religión que se había prolongado por ocho siglos, poco tolerante, como aquel que en los enemigos de su nacionalidad había combatido a los de su raza y culto, afecto al punto de honra, un tanto despreciador del trabajo, y especialmente del

trabajo mecánico, exceptuando la agricultura (?), por la preferencia dada a la guerra, y aun más por cierto desapego de los bienes y del mundo, a los cuales antepuso siempre la honra, rasgo que, aun después de haber cambiado mucho, todavía se encuentra en el fondo del carácter nacional, y en fin, poco disciplinado, por lo que se dijo ya entonces del español: *capaz de soportar las mayores privaciones y sacrificios, incapaz de sufrirse a sí propio*.

Los políticos de aquellos tiempos y los gobernantes «no caían en la cuenta—dice Julián Juderías— de que el carácter español y su inclinación a la ociosidad era la resultante de muchas y muy diversas causas, y no la expresión de condiciones naturales de los individuos».

El centro de gravedad del dolicocéfalo es generalmente afectivo, y más si habita una comarca como la española, donde todo contribuye a excitar los sentimientos y las pasiones. No puede asegurarse con certeza si el dolicocéfalo es tal por ser emotivo, o es emotivo porque es dolicocéfalo; en antropología se aceptó, casi siempre, la correspondencia entre la morfología del individuo y su psicología.

Los impulsos del español llegan hasta los últimos extremos sin atender a las consecuencias, que por otra parte, fueron rápidamente previstas. Es indudable que un fenómeno estático—el pensamiento—no puede coexistir con un fenómeno dinámico—el impulso—, y por eso que «el pensamiento y la pasión, cuando son intensos, se excluyen mutuamente, así en los individuos como en las muchedumbres»—, según Rossi.

El apasionado, aunque incapaz de fijar largamente la atención, puede hacer en menos tiempo tanto como los que, sin pasión, logran concentrar en un punto dado la atención indefinidamente. «La voluntad fuerte y buena—dice EugèneMartin—no es necesariamente una voluntad fría».

Prontos a adoptar una determinación, sin aturdimiento, y a no adoptar ninguna, ya somos grandes activos, y el mundo es pequeño para nuestra acción ya «voluntarios» a quienes todo sobra y nada falta; tan pronto nos dominan los estallidos de la pasión furiosa e impulsiva como la inercia inconmovible de la pasión melancólica ydeprimente (Macías Picavea.) Vimos un día impasibles unas cuantas lanzas agarenas que dominaron en un año toda la Península, y otro, nada igualó a nuestra soberbia actitud frente al coloso Napoleón.

Un fenómeno cualquiera de una cosa se pone de relieve para nosotros, porque está en relación con la disposición de nuestra sensibilidad; vemos una cualidad de las cosas porque nos impresionan en el momento actual—estamos capacitados para profundizar en las cosas, pero no las profundizamos regularmente—; nuestras imágenes tienen un sello impresionista, son extractos y simplificaciones del dato sensorial; obran menos por influencia directa que por evocación o sugestión; dejan transparentar algo que las relaciona con las imágenes

percibidas en los crepúsculos. Asociamos las ideas, más por el factor afectivo que por el razonamiento.

El profundo filósofo Diego Ruiz dice que la vida psíquica de los españoles acaba al nivel del bulbo raquídeo. «La medula rezó siempre entre españoles; ella ha sido elocuente; ella ha escrito el Teatro; ella fué lírica; ella pintora, en ausencia propiamente del encéfalo. Lo *cerebral* no es lo español.»

En el bulbo está el centro común de los sentimientos, y puede ser excitado por las vías periféricas—sensaciones generales y especiales—o por las vías cerebrales—ideas, imágenes, recuerdos—. Cuando el cerebro participa de las emociones, es cuando aparecen en la conciencia—«revelación psíquica del fenómeno»—, y estos «son los cortos momentos en que en la historia un español ha pensado por todos. Esos momentos se han llamado Vives, Sánchez, por ejemplo». La actividad de la medula oblonga es una actividad muy española, porque somos singularmente emocionales; la vida afectiva deja poco espacio para los procesos intelectuales, cerebrales puros, y a pesar de esto, no sólo por la fuerza, sino también por la inteligencia, «los españoles dominaron en Europa, a la cual impusieron el ascendiente de su política, de su literatura y de su gusto»—escribe Taine.

Lo que Ivan Turguenef escribe de Don Quijote es lo que se puede decir del español en general:

«Es limitado su saber, mas no necesita aumentarlo; sabe lo que le importa saber, sabe cómo debe conducirse, sabe que tiene misión que realizar. ¿Qué más necesita?»

Nuestra imaginación tiene un carácter general de *interioridad,* porque es más bien hija de los sentimientos que de las sensaciones y con frecuencia nace de una impresión fugitiva y simple. Nuestras creaciones están desprovistas de un centro estable de atracción y obran por difusión y algo obscuramente; nuestro espíritu novelesco, legendario y mítico ante cualquier acontecimiento construye una novela, una leyenda, basada sobre el estado afectivo dominante; todo esto es abandonado tan pronto como desaparece la impresión, y, con todo, no somos los quiméricos hijos de la fantasia; en todos los actos del español suele encontrarse un fondo pragmático y poca falta de lógica. Según Azorín, el genio castellano es una mezcla de idealismo y de practicismo.

La imaginación española, intuitiva, espontánea, esencialmente sintética, cercana a la imaginación pura del niño y del salvaje, lleva el espíritu de la unidad a los detalles... Nuestra potencia imaginativa puede reconstruir y reconstruye el conjunto por el simple detalle.

Amigos de las amplias perspectivas, el bosque nos impide ver los árboles; las imágenes son poco concretas en nuestro espíritu y formamos, de las cosas, esquemas que se aproximan a ideas generales.

La brusquedad y la violencia de los impulsos dan

brillantez a las imágenes, las hacen surgir y agrupar en formas imprevistas. Nuestra imaginación poderosa «no alcanza la intensidad alucinatoria ni la fantasía exuberante del espíritu germano o anglosajón; es más bien una vista intelectual y lejana que una resurrección sensitiva, un contacto y una posesión inmediata de las cosas mismas» (dice Fonillée del pueblo francés, aplicable al nuestro).

No se sabe qué es lo que lleva al español a buscar regocijo en los espectáculos llenos de emoción; lo cierto es que los busca y en ellos se satisface su alma flamígera. El espectador, en la plaza de toros, tiene los músculos en tensión continua, los vasos sanguíneos contraídos, la sangre circulando con gran actividad y afluyendo al cerebro en cantidad mayor.

El español siente que la emoción aumenta su vida, intensificándola y favoreciendo su organismo con activo funcionamiento.

Las corridas de toros, que desde muy antiguo existen en España, no sólo estimulan a los placeres estéticos, sino que exaltan las funciones vitales y dan salida a una energía que sería inaprovechable para una acción más útil, por ser poca, y es un alto beneficio al bienestar del alma y del cuerpo. No es posible rechazar los toros mientras el pueblo español tenga en las *plazas* el motivo principal de sus goces y mientras constituyan una parte de su vida. Ha de suceder a la pasión de los *toros* una pasión estética si se prepara el camino para llegar a ella.

El español en la plaza admira el valor del torero, admiración natural hasta en los cobardes. Aunque el valor personal desaparezca, no desaparecerá tan pronto el amor a él. «Aquél de nosotros que tiene miedo, aun sin testigos, se avergüenza de haberlo tenido» –dice Le Dantec.

¿Que al exteriorizar nuestros impulsos demostramos cierto aspecto salvaje? ¡Mejor!; es señal de que la hipocresía no pudo aún dominarnos. Opina Félix Le Dantec que todo el barniz de hombre civilizado no impide que, arañando ligeramente, se encuentre al hombre primitivo, al hombre de las cavernas.

Se dió en considerar signo de inferioridad la pasión, la emoción, desde que los fríos pueblos del Norte impusieron las leyes del gusto y las formas de concebir la vida, olvidando que los emotivos meridionales dieron visiones amplias de ciencia, y que ellos no hicieron más que comprobar los detalles, olvidando que ellos podrán perfeccionar, merced a su paciencia, nuestras intuiciones, pero no tenerlas; la genialidad es espontánea.

Es propio de los españoles un marcado sentimiento del «yo», que si nos hace inteligentes, críticos, sutiles, también nos aleja de la acción regular, de la solidaridad, de un gasto continuo de energía, de la estabilidad pasional.

Es por el sentimiento de nuestra personalidad, por el orgullo, por lo que multiplicamos los esfuerzos frente

a un obstáculo, al que no cedemos, y al que vence nuestra tenacidad maravillosa; el valor nos sobra, y si no sobrara, somos valientes porque creemos serlo, porque nos dice la Historia que lo hemos sido, y que hemos sido muy poderosos, como para no consentir un extraño orgullo junto al nuestro.

Ver humillados muchos soberbios por nuestro valor, nos embriaga, nos hace vivir y sentir la felicidad de la vida que es capaz de proporcionar el temperamento ibérico; y no se piense que somos crueles; la compasión es muy española.

Hay, es cierto, un sentimiento español megalopáquico; tenemos conciencia de la grandeza espiritual, de la superioridad sobre las valoraciones corrientes y los intereses humanos; tenemos plena conciencia de esta posesión; convencidos de nuestra importancia la hacemos valer valientemente, la defendemos a cada momento. El megalopsíquico ama y odia francamente, es orgulloso con los poderosos y amable con los humildes; en todas las tareas escoge para sí la más difícil y menos remuneradora; las maneras exteriores responden a su grandeza de alma; conserva su dignidad en todas partes, habla pausada y solemnemente, no se precipita, aunque tampoco es lerdo, y en toda empresa que acometa, cuenta el triunfo anticipado.

Dicen que somos vengativos, ¡si supieran cómo el honor arraigó en nuestro espíritu, considerarían un deber del ofendido defender su honor!, pues si no lo hiciera, habría de huir de España, donde la deshonra no le consentiría un amigo, ni un hermano.

Estas ideas del bien y del mal, acentuadas en España durante una época propicia, son censuradas por quienes no comprenden que pudo haber en la conciencia del vengador una moralidad inmaculada que aprobaba severamente el deber de lavar con sangre el honor mancillado, como el de asistir a la Iglesia, para pedir a Dios el triunfo, antes de entrar en la batalla.

«Cuando un hombre se siente ofendido—dice Unamuno—, vése empujado a la venganza, pero luego que se vengó, «si es bien nacido y noble, perdona», esta es la justicia de los españoles – no la de los códigos—, esta es la justicia «más humana».

No se niegue el recto proceder de los españoles de la Edad Media, de la que somos continuación, pues aún comulgamos en muchas de sus ideas.

No solamente el instinto de agresión en la Edad Media se apoyaba en la moral, sino que la misma guerra, sin anterior provocación, fundamentábase en sentimientos promorales.

La superioridad personal predispone al orgullo, a la altivez, a la agresión, con razón o sin ella; y la superioridad del español era innegable; con todo, no solía provocar, y si hubiese provocado, no habría salido de su época. Además, la venganza es un placer de los dioses, sólo deja de vengarse quien no tiene poder para ello o tiene miedo a los resultados.

Los primitivos no se vengaban, porque eran incapaces de aplazar la represalia a una agresión. Una mayor intelectualidad de los hombres, hizo de la venganza una sanción moral, una obligación. Pero en los tiempos modernos, debilitados y endebles, los hombres encargaron a otros la misión especial de la justicia. La civilización borró el placer de la venganza con un castigo legal, que no puede satisfacer más que a los impotentes. El español tiene conciencia de su valor y no se resigna a delegar por completo en la autoridad judicial una misión que a los emotivos agrada tanto.

Dice Spencer que la moral de la enemistad fué atenuándose progresivamente bajo el influjo de la moral de la amistad; Nietzsche hubiera dicho que bajo el influjo de la moral de esclavos.

El sentimiento de la preponderancia hace al hombre insolente, colérico y se aproxima al uso de la fuerza bajo su forma agresiva. Satisfecha la cólera, aparece el sentimiento del placer, del orgullo, de la vanidad. Antes de la satisfacción es sujeto de un desmesurado amor a la gloria, de una ambición sin límites, de una osadía heróica; después de la satisfacción queda el recuerdo y exalta el amor propio, para no consentir bajeza alguna ni ofensa, aun cuando la fuerza no sustente ya el deseo.

Dicen—los que no tienen motivos para tenerlo—que el amor propio es un factor antisocial. No conocemos nación alguna en que no haya coincidido su apogeo con el abuso del sentimiento de la propia fuerza, man-

tenido con altivez y empleado en la dominación. El delirio pasional de grandeza que caracteriza el crecimiento de los pueblos, la da en efecto. El deseo de poder da poder, y su abundancia no cabe en límites estrechos.

Para sentiros valientes—dijo William James—obrad como si realmente lo fuéseis, lanzáos a la empresa con toda vuestra voluntad y veréis cómo en vez de un impulso de miedo, sentís un impulso de valor.

El español es valiente porque lo es, y además, porque obra como si lo fuera, y conserva viva la facultad del esfuerzo, a través del tiempo, porque el esfuerzo y su actividad general está ligado a la emoción, y siempre somos emocionales.

Como a nuestras épocas de actuación se sigue un agotamiento casi completo, la actividad voluntaria durante el cansancio, es muy poca y negativa, se traduce por un «no quiero», es la «voluntad» la que hace desesperar a todos los patriotas que no ven hondamente en el corazón ibero, y traducen por apatía el «no querer», el «acto voluntario» que debiera traducirse por «no poder».

Rendido el español por la fatiga no quiere querer, no puede querer, pero no es así cuando repuesto aguarda el momento de lanzarse a nuevas empresas; entonces es una voluntad grandísima, unida a una gran penetración mental; entonces es positivo en todo, optimista, confiado en su virtualidad; se lanza a la aventura, que es lo imprevisto, lo impensado, lo nuevo. «Cada

aventura es un nuevo nacer del mundo, un proceso único. ¿No ha de ser interesante?» (Ortega y Gasset.)

¿No ha de ser interesante para un espíritu ardiente y valeroso, lo nuevo, lo lleno de sorpresas y de peligros que vencer?

Como en las aventuras salimos vencedores casi constantemente, y ellas satisfacen nuestro temperamento, somos aventureros; para serlo y ser vencedores, la principal dote es el imperio sobre sí mismo cuando es conveniente, o el entusiasmo. «Sin la confianza en sí mismo—dice Höffding—y sin la convicción de que el propio yo encierra elementos que merecen vivir y desarrollarse, no se hace nada.» La «micropsiquia», como Aristóteles llama a la desconfianza y pequeñez de espíritu, impide el desenvolvimiento de todas las posibilidades de ser que contiene el individuo. La «megalopsiquia», por el contrario, hace que nos juzguemos dignos de grandes cosas y capaces de realizarlas; «la humildad y la modestia no son virtudes tan grandes como generalmente se admite» (Höffding); no se busquen en el español sino accidentalmente.

Es evidente que para que la conciencia intelectualizase nuestros triunfos, antes de que percibiera claramente el reconocimiento de nuestro valor en el mundo, antes de que el vencido humillado nos adulase servil, fueron precisos muchos siglos de luchas reales de motivos constantes para la creación megalopsíquica—reacción del fuerte ante la micropsiquia del cobarde—;

nació en nuestro espíritu porque tuvo un campo—el más favorable—ese franco orgullo de donde salieron la vanidad, el desprecio a lo *bajo*, el amor a la gloria, la ambición, la audacia, el atrevimiento, la emulación, o mejor dicho que la emulación, la prioridad; no luchamos por igualarnos a alguien, sino por imponernos a él; no reparamos en términos medios; radicales en todo, ya somos intransigentes, ya intolerantes; actuamos en los extremos, porque no perdimos las ideas de poder; mucho nos costó adquirirlas, pero nos cuesta parecido esfuerzo abandonarlas. Ya dijo Taine que sólo nos faltó la capacidad para comprender y la voluntad para sufrir las condiciones vulgares e insuperables de la vida humana. No tenemos o no queremos tener conciencia del estado económico de España, y cuando la situación se hace difícil, emigramos, vencemos en otras tierras la concurrencia cosmopolita, como si lamentáramos que el arado sustituya a la espada y la pluma en nuestra Patria.

Madame d'Aulnoy nos reprocha el no haber cambiado con los tiempos; dice que nuestra vanidad natural —somos más orgullosos que vanidosos—nos impide darnos cuenta de que la providencia permite algunas veces que los imperios como los individuos sean proporcionados a los tiempos que experimentan. «Los españoles creen que son siempre los mismos.» Muy posteriormente, dijo Marcela Cuninghame Grahame que formamos nuestras ideas fundamentales en el siglo XVI y todavía no las hemos abandonado.

De nada nos sirvieron los de sastres, las pérdidas territoriales, la amenaza de las naciones fuertes, la continua zozobra en los tiempos de sosiego relativo, porque los españoles—dice Juderías—seguían siendo—y hoy no—los mismos, como si las glorias de las pasadas conquistas y de los triunfos pretéritos, reflejada en sus almas, les privase de la visión exacta de las amargas realidades del presente.

Este no es un fenómeno exclusivamente español; los pueblos, abandonados a sí mismos, sin reyes inteligentes, sin gobernantes desinteresados, no aciertan a progresar, sienten indiferencia ante el porvenir, y cuando el presente es campo de todos los padecimientos, si no atraviesan por crisis románticas de un futuro celestial, se deleitan en la contemplación del pasado...

Somos emocionales porque el ambiente favorece la exaltación orgánica; en Andalucía, el sol; en Castilla, el color rojo de la tierra, de gran potencia dinamógena; en las tierras vascas, el mar Cantábrico. Los gallegos no son emotivos; Galicia, en mayor grado que Valencia, es un país femenino, donde vive a gusto un habitante pacífico; el paisaje viril castellano no place más que a hombres varoniles.

Nuestras emociones más constantes están impresas en la literatura nacional, en singulares personajes históricos. España es la única nación que tiene historia capaz de alimentar héroes diversos: el aventurero, el patriota, el religioso, el valiente, el sabio, etc...

Los tipos más característicos, psicológicamente, de nuestra Península son los vascos; los asturianos—celtas con pocos elementos de euráfrica—; los gallegos—mezclados en más proporción que los asturianos, con elementos del Sur—; los valencianos—formación semito-camítica—; los andaluces—semitas hasta la médula—; los catalanes—que recuerdan al inglés en su psicología, y al provenzal en sus caracteres físicos, y el castellano resto ibero modificado por las condiciones del suelo y del clima de Castilla.

A pesar de los diferentes tipos étnicos y antropológicos que pueblan a España, hay algunos caracteres comunes que se notan mejor en el extranjero por nosotros mismos, o por los viajeros de otros países en la Península; que la igualdad no sea absoluta, es cierto, pero que todos los españoles tienen aire de familia, no lo es menos.

Con alguna exageración escribe Rafael Altamira que si se leen los viajeros, los geógrafos, los políticos de las otras regiones, que han publicado viajes, descripciones y juicios de España, se notará en todos ellos esa percepción clara de la unidad española, y no en lo que meramente toca al orden político—(en que puede caber imposición por la fuerza)—, sino en lo referente a cualidades que escapan a la acción del gobierno, o no sufren apenas su influencia.

Es corriente, en los que siguen la manifestación regionalista, acentuar la nota diferencial de las regiones

españolas para justificar este movimiento; tal hace Pompeyo Gener. Sin carecer de sentido la explicación del regionalismo español por la variedad étnica y la disparidad física y psicológica, la verdad es que, si los tipos regionales resaltan en España, en el extranjero se ve en cada uno de ellos, lo mismo en el catalán que en el andaluz, al español.

El castellano, cuyas formas mentales y actividades psicológicas determinan al extranjero lo español genuíno, es el tipo a quien corresponde casi todo lo dicho en las páginas anteriores. Tiene un gran sentido común y un íntimo contacto con la realidad. De sus facultades, es la voluntad la predominante. Será poco resistente para realizar a la larga y mediante procesos rigurosamente científicos, «pero tal voluntad—dice P. González García—es dura como las peñas de sus rocas, temeraria y desencadenada como el temporal». El estoicismo es muy castellano castizo, pero también lo es el remedio de la paciencia, de la resignación cristiana; «pero esta resignación es inestable y activa—dice el mismo autor—debajo del quietismo aparente de la voluntad castellana hay un depósito enorme de reservas combustibles prontas a explotar», porque entre un «paciencia» y un «Dios lo quiere», propio de los impotentes, se esconde una fuerza de altivez y de orgullo asombrosa; yace tras la resignación castellana, tras la aparente indiferencia, un dinamismo enérgico, una oposición ruda que hace al castellano poco satisfecho de los demás y de sí mismo.

Es también capaz de las mayores abnegaciones, de las más sinceras ternezas, de los odios más irreconciliables.

Según Méndez Silva, son valerosísimos, de gran corazón y ardimiento, leales, rectos, generosos, modestos, afables, cortesanos, políticos, agudos, de claros ingenios, muy dados a las letras los castellanos.

Su mundo es un mundo posible; su amor se concentra en la familia antes que en el pueblo, en el pueblo antes que en la provincia, en su patria antes que en la Humanidad.

No le importa un gran bienestar material, ni es enemigo de los que lo posean; sujeto de las grandes pasiones, es por el entusiasmo obligado a salir de sí mismo y de ser a menudo un héroe. Tiene del pasado un concepto grandioso, mucho amor propio si se ataca a su dignidad, mucha confianza en sí mismo, muchas disposiciones naturales, y si no un gran amor al trabajo, ninguna repugnancia hacia él. Hospitalario espontáneamente y por poco tiempo; ni absolutismo rígido en sus relaciones sociales, ni intransigencia, ni gran individualismo, ni honda religiosidad; ni es sensible artista, ni sabio puro; ni muy tardo en concebir y obrar ni muy espontáneo, aunque su agudeza de ingenio se pone siempre de manifiesto.

No reconoce superiores, pero respeta el orgullo de su prójimo y le demuestra en la conversación toda la cortesía debida a un igual.

Dentro del castellano pueden distinguirse el madrileño, que, sin excelentes hábitos de trabajo, saca buen partido de sus facultades, ama la nota pintoresca tradicional; el sobrio y sufrido manchego; el modesto, afable y laborioso alcarreño, que no se crea jamás grandes necesidades; el zamorano, serio y sencillo y de puras costumbres; el inteligente, sobrio y recio vallisoletano.

Las gentes de León, los montañeses, son ingeniosos, afables, honrados, laboriosos, buenos amigos, agradecidos y de costumbres sencillas (Mingote); «en ninguna parte se respeta más la propiedad»—dice López Morán.

Méndez Silva dice de los leoneses que son «fuertes, recios, belicosos, valientes, muy dados al trabajo, moderados en gastos y comidas, aficionados a letras y ciencias.

Son los salmantinos de carácter grave, algo refractarios a las innovaciones y no muy comunicativos.

Son los extremeños bondadosos, laboriosos, de costumbres sencillas que no varían con suma facilidad, rutinarios en el trabajo, imaginación viva, aptos para asimilarse todas las actividades humanas.

«Es de lamentar –dice Ferrer y Forés—que el carácter franco y hospitalario del extremeño no halle otro ambiente en el estado social, económico y agrario de Extremadura.»

Las montañas—dice Aspe Fleurimont *(La Sciencie Sociale*, t. II)—no dan solamente nacimiento a los rios,

sino, lo que es más importante, a los hombres sobrios y enérgicos.

Nuestras gentes del Norte son más reflexivas, o, por lo menos, adoptan la actitud de la reflexión; el sol deprime, inhibe su actividad espontánea.

Tienen los vascos una inteligencia práctica, una voluntad decidida y perseverante; predominan en él las facultades políticas, son propensos a la acción. Si no han dado grandes pensadores, dieron grandes obradores—dice Unamuno—. Presentan cierta afinidad con los arios; su acción es más persistente que intensa; tienen espíritu cosmopolita, junto a un amor profundo a su tierra.

Son generosos; más honrados que afectuosos; amantes de la independencia como los castellanos, son rectos consigo y con los demás; respetan al hombre libre; sus juegos son siempre luchas de fuerza y de destreza; han sido siempre sus propios maestros; para ellos «toda doctrina impositiva, sea liberal o conservadora, es tiránica. En su modalidad todo hombre debe gobernar su propia individualidad y la de aquéllos que por leyes naturales están a su cargo; pero no debe pretender imponer su voluntad ni sus conveniencias a ninguno que no esté dentro de estas condiciones»—escríbe Juan S. Jaca—. Se ve en él una mezcla de tendencias que le acercan a las gentes del Norte por su energía. Su temperamento práctico y su obstinación por su manifestación industrial intensa, como su personalidad psicoló-

gica, le aproximan a los meridionales, aunque no llega a igual exaltación. «Parece—dice Vicente Gay— que el alma flamígera de las gentes eurafricanas late en las entrañas espirituales de los vascos, cubierta por su cuerpo, en el cual dejaron huella los cielos grises de la tierra vasca.»

El débil relieve de las montañas vascongadas contribuyó a guardar desde hace más de veinte siglos la cohesión nacional euskérica y el alejamiento de Roma, que no influyó directamente en los bravos euskaldunas; su territorio tiene una comunicación interior fácil y un difícil acceso al enemigo.

Cuando los pueblos no luchan por la civilización con sus vecinos, quedan estancados. La lucha de las razas es el principio motor del progreso humano.

Los vascos permanecieron sin alejarse demasiado de Europa, metidos en sus montañas humildemente, porque sin mezcla étnica bastante considerable no pueden actuar en el concierto de los pueblos, que se relacionan más cuando son más hermanos; los vascos no tienen hermanos; son únicos en el mundo.

El héroe típico de la raza euskalduna es San Ignacio de Loyola (Unamuno); «uno de los hombres más extraordinarios de la historia», según Stewart Chamberlain; antítesis del ario en su voluntad, en sus actos, pensamientos y sentimientos; el vasco es el carácter opuesto al germano, la encarnación del antigermanismo. Loyola y Lutero son dos genios que se contradicen en todo; el

sistema religioso de Loyola «no tiene nada de común con el ascetismo», dice Chamberlain, y Miguel de Unamuno agrega que, ahondando un poco en el carácter del vasco, se encontrará que siente mejor la justicia que la caridad, y aun ésta en cuanto justicia; que sale de él más fácilmente el hombre honrado que el propiamente santo, y que respecto al trío de las mujeres, el vino y el juego, el vasco peca más contra los dos últimos que contra el primero.

Entre los vascos, los hijos de Guipúzcoa son laboriosos, hospitalarios, intransigentes con todo lo que merme su tradicionalidad; en Vizcaya no son tan pacíficos como en Guipúzcoa; exageran más sus cualidades y su amor a la independencia,

Los caracteres psicológicos del aragonés están formados en torno a una línea de puntos en la misma dirección: todas sus manifestaciones son paralelas; su psicología está en la línea recta, línea que no tuerce jamás el aragonés.

Joaquín Costa dice que el pueblo de Aragón siente una vocación especial para el cultivo del derecho; brilla poco en las ciencias y en las artes, pero en el derecho no le ha aventajado ninguno. Son muy contadas las individualidades sobresalientes que de su seno salen; en cambio, la colectividad, la masa, se halla adornada de cualidades difíciles de encontrar en otra parte. Es, en este respecto, el polo opuesto de Andalucía, cuya historia llena está de insignes personalidades en ciencias,

en letras, en gobierno; pero el pueblo carece de sentido jurídico, y su vida civil es irregular y varia, como su vida política es tormentosa.

En Huesca, a la seriedad aragonesa unen los naturales una alegría encauzada a lo festivo, y son francos y fuertes en el trabajo. El zaragozano quizá tenga un concepto demasiado elevado de su dignidad, producto de su sinceridad irreflexiva. Su carácter serio, frío, es compatible con la bondad de su corazón. (Ferrer y Forés.)

El riojano es de imaginación más viva que la generalidad de los habitantes del Norte de España, y también el más alegre, sin que le repugne el trabajo; su franqueza es agradable.

Dice Vayrac de los navarros: gente de ingenio, muy amante de su libertad y más resuelta y firme en sus resoluciones que los castellanos, aunque no menos vivos ni menos prontos a venir a las manos.

El navarro es un carácter resuelto; su valor es indiscutible: «La historia de Navarra—dice Ferrer y Forés—proclama la nota levantisca de sus habitantes; su amor al país, unido a su probado patriotismo por España.»

Los catalanes, que difieren de los iberos por su origen, aunque Iberia les haya dado muchos caracteres comunes, no son tan impulsivos, tan intensos en su acción, ni se agotan por completo en sus épocas de mayor actividad; su voluntad es más débil, pero más sostenida en todos sus actos que la del castellano; poca amplitud de

miras trascendentes, tenaces y fríos; la cólera es en ellos intermitente, brusca; son tercos; su benevolencia es lacia, su bondad poco activa y sus odios pueden ser vivos; inclinados a la brutalidad, inconscientemente egoístas; tienen gran analogía con los anglosajones; Cataluña parece una continuación de Inglaterra.

La vivacidad y el ardor de los catalanes se hallan atemperados por una moderación natural. El amor propio está en ellos en su justa medida.

Dice Melo, en su historia de la guerra de Cataluña, que, como muestran a las injurias gran sentimiento, son inclinados a la venganza. Quevedo los trata con dureza injustificada, sobre todo en la vida política. Cervantes no se expresa infundadamente cuando llama a Barcelona archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Ferrer y Forés dice de los catalanes que, a pesar de su adelanto cultural, «no alcanzan a borrar algún defecto en el desenvolvimiento de la ética que en ocasiones les informa».

Cree Francisco Cambó que no hay dos pueblos en el mundo que en sus características esenciales se completen como el pueblo castellano y el pueblo catalán. El carácter catalán, sus inquietudes, sus exaltaciones—agrega Cambó—, le conducirían a la convulsión, a la muerte; el carácter castellano, sin un estímulo, caería en el aniquilamiento. Los catalanes, con su individualismo

feroz, podrían caer en la anarquía; el castellano, con su espíritu de obediencia y de fidelidad, puede servir de base a todas las tiranías.

Los andaluces son vivos, rápidos en los movimientos: las descargas nerviosas abundantes no son ni tan poderosas ni tan capaces de prolongarse, en un lapso de tiempo dado, como las descargas por las cuales se manifiesta la energía intensa o el ardor; la movilidad andaluza entraña la inconstancia de los sentimientos y su difusión; pasa repentinamente de la risa a las lágrimas; es voluble, pronto a sentir antipatía, que dura muy poco; más que malo es malicioso; pocas veces llega a la fiereza, se detiene en la vanidad. Rápido en el trabajo intelectual, aunque de poca potencia; débil poder de atención, claridad en el espíritu, precisión, imaginación, decisión a juzgar el detalle, lo concreto; ineptos para seguir las largas disquisiciones de razonamiento, para entender ideas generales; son más artistas que sabios; algo frívolos y disipados; muy mentirosos y pocas veces francos, impacientes por obrar, con débil tenacidad y numerosos desfallecimientos de la voluntad; impotentes para querer con persistencia una cosa, y aficionados a querer muchas a la vez; nada les inquieta; acogen la vida filosóficamente; arruinados y miserables, están del mismo temple que si estuvieran económicamente bien; es feliz el andaluz cuando oye ruido de bailes y vé colores de fiesta, y quiere a todos alegres, porque es él optimista en todas las situaciones; son los gascones de España—dicen los franceses—; mejor se dijera que los gascones son los andaluces de Francia; su lenguaje elocuente y sus gestos delicados y abundantes seducen al viajero; bajo su charlatanería se oculta a menudo la falta de pensamiento; «su redundancia sonora—dice Reclús—oculta el vacío». Son fanfarrones; les gusta hacer valer sus méritos, algunas veces a expensas de la verdad; en cortos momentos dicen lo que tienen y lo que no tienen; su deseo de lucirse «les lleva más allá de los límites de lo verdadero (Reclús); incapaces de inhibir sus sentimientos, extraen de sus mismas desgracias todo el buen humor posible.

La solemnidad y gravedad de los castellanos, cuando es imitada por los andaluces ante el extranjero, resultan afectadas, ridículas. El que quiere aparentar lo que no es, hace el papel cómico por excelencia.

Muchos centenares de libros hablan del español, entendiendo por tal solamente el andaluz; de ahí esas pinturas extravagantes, tan lejos de la verdad, que muestran la psicología andaluza por la psicología española; así que nos señalan falta de sentido práctico, hinchazón del hipérbole, que es en lo que consiste la gracia andaluza, verbosidad fascinadora; relieve del gesto, de la palabra, de la mirada; falta de cohesión social, grandes arrestos idealistas...

En el andaluz, no en el pueblo español, se observará siempre un conjunto incoherente de impulsiones casi impersonables; es el «inestable» de Ribot.

En cuanto a expansión de ánimo y perceptiva o concepción pronta de las cosas, quizá—dice Ferrer y Forés—no hallemos pueblo que aventaje al sevillano.

El retrato pervertido del español, que aparece en los escritores ingleses y franceses, parece copiado de las novelas de Alphonse Daudet, *Tartarin sur les Alpes*, *Numa Roumestan*, *Tartarin de Tarascon*, en donde, a su modo, describe el meridional francés, más español que italiano y más pintoresco que real. Podemos leer las obras de Daudet, como leemos las de Cervantes; pero no estamos obligados a decir que el tipo meridional esté fielmente pintado en *Tartarín*, y el tipo del español en *Don Quijote;* aunque es verdad que «en Francia todo el mundo tiene algo de Tarascón», y en España no hay quien no tenga algo de Quijote, sin que llegue jamás a retar los molinos. I. Moustier hace un estudio del tipo meridional, según las obras de A Daudet, y parece que hubiera hecho una psicología del español a través de las descripciones de algunos viajeros y escritores que visitaron a España, en especial a Sevilla, cuyos habitantes sí encajan en muchos cuadros del autor de *Tartarin sur les Alpes*.

Los valencianos ya están dominados por el ardor, ya por la vivacidad, ya por una calma que está muy lejos de asemejarse a la aparente calma inerte del castellano; alternan en ellos excesos de alegría y explosiones de cólera y desesperación. Inclinados a la benevolencia y a las uniones amistosas fáciles, pero poco constantes,

y por eso incapaces de profundo agradecimiento y rencor duraderos; su odio es pronto, como es pronta su venganza. Dice Colmenar que son de agradable trato, buenos amigos; pero si se les ofende se convierten en enemigos irreconciliables, por lo cual las muertes y los asesinatos son tan frecuentes en Valencia; y Méndez Silva afirma que son alegres, liberales, de claros ingenios, dados a ciencias, amigos de regalo, buen tratamiento, políticos, cortesanos, inclinados a hacer bien, poco sufridores de injurias.

La memoria es fácil y pronta, y en general poco precisa y muy emocional; son crédulos, cambian bruscamente de opinión; alterna en ellos la confianza y la desconfianza, la sinceridad y la frivolidad. La voluntad es súbita, improvisadora; la ligereza suele unirse en los valencianos a una cierta tenacidad; la decisión, la inconstancia y la persistencia se combinan en ellos de un modo original.

Tienen un gusto artístico refinado; el cielo azul de Valencia los hace artistas; y la sangre camito-semita, elementos que formaron el pueblo griego, contribuye también, por su parte, a hacerles sensibles, los más sensibles de España, a las emociones del arte. Su vida es sentimental; son «prototipos del emotivismo»; aman la música y la pintura; son paganos en el fondo de su alma; «su vida social, y sobre todo su vida política, es una imagen de la vida de los pueblos de savia clásica» (Gay). Más que por el razonamiento se dejan llevar por

las simpatías; las democracias levantinas son tempestuosas a causa del dogmatismo de sus opiniones.

El asturiano — escribe F. Acebal — ni es místico, ni caballeresco, ni pobre; de aquellas montañas no sale un Loyola, un Pizarro, ni un Quijote, ni un Menipo. Es el correspondiente al *Homo europeaus* de Lapouge, tiene mucho de inglés. «Sobre España flota siempre el alma de Don Quijote; pero sobre Asturias se cierne la de Sancho» (Acebal). Mucho tiempo empleado en una labor rural infructífera, se hizo industrial; el industrialismo los va transformando en espíritus modernos, y cada día se alejan más psicológicamente del castellano.

Con Asturias limita León, que, siendo étnica y morfológicamente distintos los habitantes de este último reino, ofrecen los más opuestos caracteres psicológicos frente al asturiano.

Los gallegos son lentos en todo, en pensar y en obrar; pero llevan en sí una sensibilidad delicada, aunque poco profunda y extensa: son débiles; la sensualidad gallega va mezclada con algo de melancolía; son sensibles a los más pequeños escalofríos, son lentos para salir de sí mismos; por eso son egoístas y no tienen más que amistades banales, pocas veces duraderas. Manifiestan algunas veces susceptibilidad excesiva o vanidad mezquina.

Su memoria es mediocre y de débil tenacidad y precisión; son rutinarios, contemporizadores y prácticos; se detienen en lo superficial de las cosas y desconocen las

grandes perspectivas del alma y el entusiasmo por una idea. La volición no es más que el efecto del hábito o de las impulsiones instintivas, y su constancia no es con frecuencia más que la consecuencia de la impulsión sufrida por la fuerza de la inercia, la apatía y la indiferencia.

Son tercos; su voluntad tiene algo de irresoluta, de dudosa, de inconstante y de incierta. Maleables en alto grado, se les ve ejerciendo los oficios más humildes; tienen pocas aspiraciones, y no hace en ellos la pasión señal ninguna; las batallas interiores del castellano les son desconocidas.

Es el gallego un simple producto del medio: algo amorfo, humilde, tímido, temeroso, tierno, femenino como el ambiente local, mesurado, tranquilo, lleno de dulcedumbre.

Pascual Madoz dice que es poco inclinado a aquel refinamiento social que se llama civilización, aunque abandonaron completamente la rudeza de los primitivos pobladores de Galicia. En las montañas se halla, con las costumbres sencillas y puras, sin idea alguna del lujo, un pueblo pacífico, hospitalario; soporta las fatigas con constancia; los distingue cierta seriedad y franqueza que no hace mal juego con su sobriedad y discreción, y también el vicio de la venganza—menos noble que en el castellano—, la codicia y los celos. Segovia y Corrales dice que son esforzados, trabajadores, sufridos, sobrios y económicos, fieles a sus superiores, aman-

tes de su país y tenaces en conservar sus costumbres; no carecen de aptitud para el estudio, llegaron a tener fama de buenos marinos.

En general, los españoles se dividen en los dos tipos característicos de la novela de Cervantes. Temporalmente domina en la vida de España ya Don Quijote, ya Sancho Panza, según las exigencias de nuestra actividad.

Etiénne Lamy ha dicho que nuestras necesidades domésticas están dominadas por el palurdo Sancho que reprime los ímpetus del caballero, pero que en las horas decisivas es Don Quijote quien manda, y el ideal, entonces vence al interés.

CAPITULO V

La inteligencia española.

Se habló y discutió largamente las cualidades mentales de nuestra raza en todos los tiempos, y se hicieron preguntas como la de Masson: ¿Qué hizo España por la civilización? De la cual resultaba, según nuestros vecinos, que jamás pensó, que no tiene condiciones intelectuales. Examinado nuestro idioma, no sería posible formular preguntas de la índole de la de Masson, porque estando el pensamiento ligado al lenguaje en donde se revela, se dice sin error que «un pueblo rico de lengua es rico de pensamiento», según Rossi; Fonillée tiene la misma afirmación. «Aprender palabras es aprender cosas e ideas» (Cejador). Steinthal cree que el hablar no se diferencia del pensar; adquirir un gran caudal de palabras es adquirirlo al mismo tiempo de ideas, porque las palabras se relacionan con las imágenes, y de la relación de unas imágenes con otras es de donde las ideas salen, y es tal la fuerza que el uso da a los conceptos

expresados con las palabras, que dominan muchas veces la actividad del hombre. Mauthner dice que sin el concepto de bondad, la bondad no existiría, que el hombre es bueno para merecer este calificativo. Un idioma cuidadosamente examinado puede mostrarnos la psicología completa del pueblo que lo hable o lo haya hablado.

La lengua—escribió Novicow—caracteriza por excelencia las facultades mentales de los pueblos: el vocabulario de una lengua es como una enciclopedia popular; no se da nombre más que a las cosas de que se tiene noción; la gramática y la sintaxis son la quinta esencia de la lógica de un pueblo; la lengua es la trama más íntima de las facultades mentales.

El vocabulario que use un hombre es el mejor material para su estudio psicológico; no hay fotografia, no hay cuadro, no hay descripción que diga tanto a un observador como el vocabulario de una persona para analizarla en todas sus manifestaciones. Salillas ha dicho también que un idioma pobre de palabras corresponde a una sociedad pobre de actos. No se puede aplicar esto a nuestro idioma ni a nuestro pueblo. Dice Strabon que los turdetanos tenían poemas y leyes en verso, a quien supone la antigüedad de seis mil años, y que los cántabros, prisioneros de los legionarios de Agripa, cuando eran crucificados, agonizaban insultando a los romanos con el canto de sus himnos de guerra.

La lengua castellana, donde se escribieron los primeros monumentos de nuestra literatura, brotó, como si la Providencia protegiese la independencia española, en los campos de batalla; informe y ruda, imperfecta en sus formas, desnuda de las partículas que tanta gracia y vigor dan a los idiomas modernos; pero respirando en medio de eso el espíritu audaz, noble y original de aquellos tiempos, y «demostrando—como dice Ticknor— que luchaba segura de su triunfo por adquirir un puesto distinguido entre los robustos elementos que habian de constituir el genio español». Idioma brusco, osado, como conviene a un pueblo que luchaba sin tregua; pero al mismo tiempo con las cualidades opuestas.

Nuestra lengua «es armoniosa y abundante cual ninguna—tal observa Tinajero Martínez—, y a la majestad y elegancia reúne en alto grado la fluidez y lozanía que todos los filólogos le reconocen: dulce, pero no afeminada; severa, sin ser ruda; sonora, sin disonancias; grandilocuente, sin vileza; flexible en alto grado; rotunda y grave en la prosa; llena de riqueza y armonía en el verso, compite nuestra lengua con la italiana, supera a la francesa y sólo cede en perfeccion a la latina».—(*Rev. de Esp.*, t. CVII).

Siendo la lengua castellana producto de varias lenguas y elaborada por varias razas, hay en ella no sólo palabras, sino frases también que denuncian la concisión griega y la redundancia romana, la energía gótica y la amplificación árabe.

La lengua española—lengua privilegiada según Fer-

mín Herrán *(Rev. de Esp.* t. XXXIX)—tiene las dotes de belleza y armonía, la suavidad poética de la italiana, la dulzura de la expresión de la francesa, la energía y salvaje sencillez de las lenguas germánicas, la maravillosidad de las lenguas orientales, la pureza y la elasticidad de la latina, la concisión de la griega; reúne la cultura a la elegancia, la redondez a la brevedad, la cadencia a la fluidez, y es clara, suave, rica, melodiosa, fácil y agradable; rica en frases, abundante en locuciones, sonora y expresiva, que se adapta perfectamente a todos los géneros de literatura. Tiene un sinnúmero de palabras que a un sonido armonioso unen una longitud proporcionada a la importancia de la dicción, haciendo con esto que puedan formarse cláusulas perfectamente cerradas y cadenciosas, que pueden muy bien asemejarse a una estrofa musical, y carece—sigue Herrán—de esos sonidos roncos y guturales, propios de las lenguas germánicas, y los escasos que se encuentran sirven generalmente para expresar objetos o pensamientos en consonancia con lo duro de la expresión. Lo mismo el estilo familiar, que el erudito, que el científico, tienen incomparables dotes propios, de modo que examinando cada estilo y analizando sus partes, pudiera creerse que la lengua castellana no es una, sino muchas, o más bien que cada una de sus manifestaciones se muestra siempre bella, pero siempre diferente y varia...

Hay en nuestra poesía popular un tesoro en refranes, bien líricos, subjetivos, personalísimos, «en los

cuales se revela—dice Costa—una pasión íntima, una exaltación del ánimo o un sentimiento individual extraño a la generalidad, aunque luego se hagan patrimonio de la muchedumbre, que los adopta para manifestar sensaciones análogas», bien refranes que hacen gala de un cierto movimiento dramático, bien elegíacos, epigramáticos, cómicos, didascálicos; de éstos el mayor número: todas las variedades de imágenes y formas que los retóricos han hallado en los modelos clásicos—agrega Costa—y a que han dado nombre, se encuentran en los monumentos poéticos del pueblo español». Es maravillosa y sorprendente, según el de Graus, la verdad que resplandece en los tropos populares. La agudeza y profundidad de observación que arguyen y la fecundidad del ingenio popular en producirlas. Abundantes son los refranes en que al ritmo exterior formal se agrega el ritmo interior o ideal, basado en las ideas, de que es un ejemplo el paralelismo hebráico. Son las ingenuosidades populares «bellezas agrestes, pero concentradas y llenas de vida, que ora nos provocan a placentera risa, ora avivan nuestro juicio y despiertan nuestra reflexión por lo elevado del concepto y lo sagaz y agudo de la crítica, ora nos encantan por lo feliz y pintoresco de la expresión y el admirable instinto poético que revelan, y que nos sorprenden casi siempre por la copia de la doctrina que en un sencillo apotegma con inimitable concisión se condensa, o por su elocuente verdad que se impone al pensamiento como un axioma incon-

cuso, y por ese admirable conjunto de cualidades que adornan este género de refranes». Maravilla a Costa en las gestas populares la animación dramática de los diálogos y deliberaciones públicas, las valientes y briosas pinceladas de la musa descriptiva, el corte acerado y enérgico de las expresiones, lo nervioso y vibrado de la entonación, el hechizo incomparable de los dictados encomiásticos o condenatorios, la belleza del colorido con que retratan el alma de sus héroes en cada situación; hay bellezas en nuestras gestas que «suplen quizá sin desventaja a aquellas esplendorosas y deslumbradoras irradiaciones de belleza que proyectan las grandes epopeyas de la humanidad». Las narraciones españolas populares de heroicas hazañas «proclaman con incontrovertible verdad, que en la mente de sus autores alumbraban con poderosa luz los destellos de un ideal levantadísimo, y que obraba en su fantasía con avasallador influjo su medio social artístico suficientemente concentrado y enérgico para transfigurar los sucesos reales en materia épica, si no fastuosa y exuberante por los primores del lenguaje y la eufonía de los ritmos, sobrada de riqueza poética por el sentimiento que la sublima y recrea, y originalísima sobre todo encarecimiento por los personajes en que encarna la idea generadora y por los episodios en que se despliega y florece».

Lo maravilloso o mágico de nuestra poesía popular, puede decirse que «no es quimérico».

En el Romancero, sobre todo, «campea un semifataismo no más distante del concepto teogónico de la Iliada que del providencialismo filosófico y religioso de los tiempos modernos».

Dotada de una temperatura dulce, de un suelo feraz, favorecida y adornada con las reliquias de la civilización romana, sepultada, aunque no perdida, en el fondo de sus montañas, y poblada por una raza cuya imaginación y fogoso carácter han sobrevivido a las convulsiones y transtornos que por tantos siglos la han agotado, se ve rayar en la Península ibérica la aurora del sentimiento poético, mucho antes que se pueda vislumbrar en la italiana, con sus caracteres distintivos—escribió Ticknor.

Nuestra literatura nació en una época de las más revueltas y agitadas. En España «los cantos se mezclan al estrépito de las armas; el primer acento de la musa castellana es el eco del sentimiento popular; la primera piedra que sirve de cimiento a la literatura nacional es una voz que se oye entre combates y batallas, entre acometidas y algaradas, en una palabra, la primera composición de la poesía española es la expresión de la energía y heroísmo que animaba a la población cristiana y la hacía acometer una lucha reñida de más de siete siglos, que debía concluir con la total expulsión de sus enemigos (Ticknor). La primitiva poesía nacional, siempre agreste y ruda, no exenta de cierta delicadeza, se mezcla ya a acentos de odio, ya a los gritos de triunfo.

La epopeya española—dice Gastón París—«tiene carácter singular y mérito absolutamente original». Ofrece a nuestra admiración una dignidad y una ternura que impresiona «como una flor delicada que vemos surgir de repente en la hendidura de áspera roca». Su estilo «impone por su sencilla grandeza, y muchas veces exalta con su resplandor intenso y poderoso», es una expresión genuina del alma española. Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal, creen que nuestros cantores de gesta son hermanos de los franceses, no hijos de ellos como algunos supusieron.

El Cid, héroe popular de la España caballeresca, fué adornado con todas las virtudes que necesitaban y tuvieron los españoles de aquellos tiempos; el estilo del poema que narra sus «altos fechos», y su espíritu «conforman admirablemente con la tenaz lucha que a la sazón tenían moros y cristianos, en que tan activa parte tomó aquel guerrero, y que ardía con más violencia que nunca cuando se escribía el poema».

Es necesario leer el poema del Cid—según Ticknor—, porque «sólo en él se ven la sencillez del gobierno, la lealtad y nobleza del pueblo, la fuerza inmensa del entusiasmo religioso en sus primeros tiempos, el estado pintoresco de las costumbres y vida doméstica en aquel siglo de agitación y turbulencias, y en fin, los rasgos más marcados del genio nacional, que nos sorprende cuando menos lo esperamos».

La acción del magnífico poema que ya contiene los

elementos que aparecen después constantemente en nuestra literatura—dice Salcedo—se desenvuelve en un ambiente de pureza y austeridad por lo que se refiere a las costumbres privadas, y de valor sin fanfarronería, de firmeza guerrera, sin crueldad, de severa disciplina, sin servilismo, de lealtad sin abyección, en cuanto a lo público; se mueve el ánimo—tiene razón Salcedo—a tomar parte activa en aquellas batallas, a ir en aquella hueste del Cid, a ser su mesnadero, ser amigo de doña Jimena a aconsejar a las niñas que no se casen con los infantes de Carrión, a oir la misa de don Jerónimo, a acompañar a Minaya por las calles de Burgos, y ayudarle a comprar los menesteres para el viaje de la familia del Campeador.

Los romances, género de poesía popular debida al genio español, expresan toda el alma de la raza en sus hermosos versos; versificó el pueblo, porque la lucha hispano-árabe dió a nuestros antepasados «ocasiones para elevar la mente de los que en ella se hallaban empeñados, a una altura superior a la reducida atmósfera donde se agitaban unos cuantos barones envidiosos, envueltos en enemistades sangrientas con sus rivales, o en mutuas depredaciones con sus vecinos» (Ticknor). La literatura caballeresca arraigó en nuestro pueblo porque apareció después de haber sido nuestro país durante mucho tiempo el suelo privilegiado de la caballería; tuvo el fundamento real que tiene toda la literatura española, inseparable jamás de la vida; Hernando

del Pulgar conoció caballeros ilustres que marcharon a países extranjeros «a facer armas con qualquier caballero que quisiese facerlas con ellos, e por ellas ganaron honra para sí e fama de valientes y esforzados caballeros para los fijodalgos de Castilla». Dice Ticknor que por imposibles y descabelladas que sean muchas de las aventuras que se leen en los libros de caballerías no llegaban, ni con mucho, a los absurdos que diariamente se veían y contaban de personas conocidas y vivas, y así, muchas gentes leían y creían cuanto contaban aquellos libros, considerándolos en todo como historias verdaderas.

Un cronista del emperador Carlos V—Mexia—escribió que debían ser desterrados de España como cosa contagiosa y dañosa a la república, por hacer gastar el tiempo a los autores y lectores de ellos, los libros de Amadis y de Lisuarte y de Clarianes, llenos de «trufas y mentiras».

Ya en épocas de D. Juan II, por influencia de la literatura, el idioma español se había enriquecido considerablemente, se hizo más armonioso y sutil, sin perder toda la gravedad y mesura del estilo de Alfonso X; comenzó el interés por su elevación y mejora: «todos aquellos que buscaban—dice Ticknor—el favor de los nobles y cortesanos que en aquel reinado daban la moda, así en trajes y modales como en literatura, se propusieron cultivarla como el único medio de ganar el favor y la protección que apetecían». Pero cuando nuestra floración artística llegó a su máximum fué en el período de la prosperidad nacional.

El drama se reveló contra las leyes del renacimiento que encadenaban el genio peninsular. D'Azambuja resume en estos tres caracteres la escena española: exaltación del honor caballeresco, de la galantería y del espíritu religioso. La literatura española en todos los tiempos fué altiva y grandilocuente. «Poner de relieve el valor, idealizarlo, aureolizarlo, hacerle magnífico, amplificarlo, es la mayor preocupación de esta raza belicosa».

El teatro español es más moral que los otros teatros; lo mismo es la poesía y el refranero populares; los distingue un elevado concepto de la ética y una tendencia a moralizarlo todo según el sentido de la moralidad española en cada fase histórica.

El rasgo principal del drama español, en su mejor época sobre todo, es su nacionalidad en todas sus formas, hasta en las de devoción: en todos sus recursos y agregados para aumentar la diversión y el interés, hasta en la recitación de los romances antiguos y en el espectáculo de los bailes populares, se le ve siempre dirigirse más que ningún otro teatro moderno a las aficiones del país en que nació. La Iglesia intervino de vez en cuando ya para contenerle, ya para enmudecerle del todo; pero hallábase aquél demasiado arraigado en el favor universal para que pudiera modificarle aun en el mismo poder que todo lo dominaba en el Estado; así es que durante

todo el siglo XVI, que siguió de cerca a la legislación severa y a las repetidas tentativas de Felipe II para poner trabas a la verdadera y legítima expresión del teatro, el drama estuvo realmente en manos del pueblo, y los escritores y actores fueron lo que la voluntad popular quiso que fueran.

La vitalidad vigorosa y poética que animó el carácter español durante siglos enteros de desgracias y padecimientos, empezó a retirarse poco a poco del cuerpo, hasta dejarle cadáver en el siglo XVII, dice Ticknor. La España, como nación, descendió del alto puesto que ocupaba entre las demás de Europa, llegando a ser con el tiempo una potencia de segundo orden; y entonces los españoles, presentándose erguidos detrás de sus erizadas montañas, no desecharon, como quiere Ticknor, toda comunicación y trato con el resto del mundo civilizado, sino que volvieron demasiado la mirada a los tiempos que pasaron, cual si esperasen de ellos la grandeza de la patria que desaparecía.

En nuestra literatura del Siglo de Oro brilla la nota de españolismo. «Los literatos del Siglo de Oro—dice Salcedo — tienen satisfacción profunda por ser españoles, y consideran esta cualidad como la superior que podía tener un hombre en su tiempo; la convicción serena de que como España no había nada en el mundo, ni por lo que se refiere a fertilidad del territorio y las aptitudes de los naturales para todas las empresas de paz y de guerra, ni por la solidez y justicia de sus instituciones

sociales, políticas y militares». «Los literatos del Siglo de Oro aman la Inquisición, en que ven el escudo de la patria contra la herejía; son sincera y profundamente realistas, y les parecen muy bien las distinciones nobiliarias e hidalguiles, contra las cuales se subleva el espíritu democrático de nuestra edad. Si se permiten murmurar del Gobierno, es achacando sus males, desaciertos, a los validos, ministros o consejeros, jamás al monarca mismo, y no se tolera nunca que sus mismas murmuraciones sean coreadas por extranjeros. ¡Eso jamás!»

Nace el sentimiento de la honra conyugal inmaculada; el marido mata a la mujer adúltera para desvanecer toda señal de consentimiento en el adulterio; el respeto al rey, a quien «se profesaba una reverencia como la de hijo a padre» (Salcedo); el amor romántico; las novias habían de permanecer recogidas y sumisas, discretas; se aficionan las mujeres a las alhajas, a las golosinas, al lujo; se hacen coquetas; el galán es un tipo corriente, como el hidalgo, el caballero y el plebeyo.

Es una leyenda la del hambre general de nuestros antiguos hidalgos, para Salcedo. Lo que había era que muchos no podían sostenerse con el decoro debido a su posición y hacían esfuerzos sobrehumanos por aparentar que se sostenian.

La lengua castellana aún vale más infinitamente que su literatura, y más que ésta la poesía popular.

Hay – dice Cejador—en los modismos, en las frases

hechas, en los refranes, mucho más hondura de pensamiento, mayor sutileza de ingenio, más brillante colorido, chiste más delicado, que en todas nuestras obras literarias juntas.

La nota característica de la literatura popular española es el *realismo*—opina Cejador—, el aferrarse a la realidad de la vida, huyendo de todo ensueño, quimera, símbolo y abstracción metafísica. Por ser *realista* es, además, *ética, moral*, esto es, mira siempre a la *práctica* del vivir, como nuestra filosofía, realista y ética, que no se desvaha en metafísicas y sistemas idealistas a la griega o a la alemana. La sabiduría de nuestro pueblo es intuitiva, deja al paciente sabio que sepa abstraerla, sistematizarla en fórmulas más breves.

Se dice que la vida psíquica de los españoles acaba al nivel del bulbo raquídeo; que «lo cerebral no es lo español» (Diego Ruiz), y que, sin embargo, cuentan en su historia momentos en que un hombre toma la responsabilidad de pensar por los veinte millones de españoles restantes; la potencia de este pensador para vencer la prisión medular en que el pueblo lo encierra ha de ser extraordinaria, y lo es, en efecto; sobresale, no sólo sobre sus hermanos *poligonales*, sino entre los hombres cerebrales de otros países.

La vida psíquica regular del español es poligonal; dice Grasset que el *polígono* tiene imaginación, ingeniosidad, y hasta memoria, de donde resulta que un sujeto poligonal realiza actos que participan de concien-

cia, de lógica, como si los centros psíquicos superiores interviniesen.

El español en la vida cotidiana se rige por el polígono, y el polígono es determinado por nociones absolutas que resultan de costumbres fijadas en la raza, tanto por herencia como por tradición.

La vida psíquica española está en la medula, porque no es necesario al español la intervención cerebral; si esto fuera una necesidad, sobra al ibero aptitud para la reflexión, e ingenio para resolver cuantos problemas se le presenten.

El español sólo piensa cuando es preciso que piense; no es como los hijos de la Europa central y del Norte, que se complacen en buscar solución a problemas sin plantear.

Stendhal mira al pueblo español como representante genuino de la Edad Media. «Ignora—dice—una porción de pequeñas verdades, pero sabe profundamente las grandes y posee bastante carácter y espíritu para seguir las consecuencias de ellas hasta en sus efectos más remotos».

El sentimiento intelectual español no tiene por base un fin puramente científico, y casi parece faltar en nosotros la conciencia del valor práctico y utilitario del culto a Minerva. La historia de la ciencia española habrá de notar cuan poco sistematizada está y qué poco caso hicieron nuestros sabios de un fin principal. No experimentamos necesidad de conocer; el español a quien el

mundo llama genio, apenas tiene conciencia de que lo es, ni de lo que hizo; una verdad tampoco nos da ese placer que da al cazador el hallazgo de una presa; no es la ciencia un foco de atracción para nosotros; si reinó entusiasmo en nuestros genios, no fué el entusiasmo de esos hombres de ciencia que olvidan el mundo y la realidad ajena al objeto de su investigación; el entusiasmo de nuestros genios es de la misma índole que el de un artesano cumplidor de su deber a quien le resultara un trabajo más perfecto que el que deseara.

Una idea pura no logra atraernos, parece que la poseyéramos de antemano de un modo embrionario, esperando en el fondo de nuestro cerebro el momento de su aparición; somos más sensibles a las semejanzas que a las diferencias.

El ibero que cultiva la ciencia, es decir, el que se propone comprobar y vulgarizar con números y experiencias las invenciones de su inteligencia, no tiene un conocimiento intelectual de su actividad; yo creo ver en cada uno de los grandes hombres de la ciencia española seres que descubren verdades con la naturalidad que un manzano da manzanas, cerebros que funcionan porque tienen fuerza y aptitud para emplearla.

«La falta de curiosidad intelectual—escribe Azorín—es la nota dominante en la España presente», y no sólo en la España presente, sino en toda la España histórica. Nos hallamos rodeados de circunstancias tales que extasían, embriagan y adormecen nuestros sentidos, y

para nosotros el trabajo es más un dolor que un placer. El conocimiento científico español es adquirido más por el juego que por el trabajo. Nuestro espíritu se deja sojuzgar por la belleza del ambiente, y así aparecemos ya lánguidos, ya fieros y dominadores, con fuego en los ojos y crispadura en los nervios, para gastar en corto espacio de tiempo la energía acumulada en una anterior somnolemcia.

No es posible que siendo así, impulsiva, emocional la vida española, sea cultivada la ciencia como un trabajo de riguroso método, eminentemente racional. Los españoles que cultivaron y cultivan la ciencia lo hacen como un juego, como una actividad artística, algo voluptuosa y algo sensual y siempre muy apegados a la realidad y a la posible práctica.

La locura de la duda no podrá atacarnos, las comprobaciones numerosas sin satisfacción completa, los escrúpulos y puerilidades, la interpretación constante, la angustia de no conocer, tampoco harán mella profunda en la raza ibera, más escéptica para las afirmaciones extrañas que para las propias.

Si sustituyéramos y confundiéramos lo subjetivo por lo objetivo, la validez individual por la validez universal—consintiendo el misticismo científico—según Th. Ribot—en reemplazar los procedimientos regulares por la intuición y por la adivinación y en «esperarlo todo de una revelación interior, de una revelación sobrenatural»—, podría decirse que en el terreno de la ciencia so-

mos místicos; pero muy lejos de ello: si sustituímos los procedimientos experimentales por los intuitivos es porque el conocimiento intuitivo nos basta; es que no necesitamos la comprobación experimental de nuestras intuiciones. No cerebralizamos la actividad mental porque no tenemos necesidad de proceder así, que poder sí que podemos.

El polo al cual tiende nuestro sentimiento intelectual envuelve un conocimiento confuso y obscuro para los extraños y bueno para nuestras necesidades actuales.

«Gracias a su claro ingenio y fuerza de voluntad—dice Julio Cejador—es el español extraordinariamente franco y sincero y nada supersticioso ni dado a ocultismos, ama la luz y aborrece las medias tintas.» Franco y rectilíneo es sobre todo el modo mental del aragonés, correspondiente a un modo rectilíneo del pensamiento; no se presta a otras combinaciones de sensibilidad que a las que se encuentran en una misma dirección; incurren por esta rectitud en excesos de cierta grosería que se caracteriza por su franqueza y su terquedad. El modo mental del andaluz es la travesura que, «significando originaria y literalmente inclinación o torcimiento, ha servido para conceptuar la viveza y sutileza de ingenio; en el que se advierte que el sentido popular, antes que el científico, tuvo noción de las representaciones gráficas para explicar la esencia de las cosas». (Salillas).

De este torcimiento en el modo de pensar dimanan

determinadas combinaciones de sensibilidad, como un peculiar sentido artístico en el pueblo andaluz y una falta de sentido jurídico.

El castellano carece de la rectitud en el pensar que caracteriza al aragonés; piensa rectamente, pero sin la rigidez terca de este pueblo y sin la ondulación, el torcimiento, la volubilidad y travesura del andaluz.

Es el pueblo español un profundo filósofo de gran sentido común; si no tiene una filosofía sistematizada y puesta en orden riguroso, porque la época en que debió exponerla facilitaba más la creación literaria, ha tenido una *tendencia* a filosofar que se expresó en actos, «pues a nuestra raza—como dice Diego Ruiz—le ha sido sistemáticamente negada la ideal expresión del pensamiento».

Háblase de nuestra inferioridad mental; lo mismo que se habla de tantas otras cosas que se ignoran, pero evidentemente, verá en nuestra historia, quien sepa verlo, una cantidad de ciencia y una mentalidad tan vasta y genial, que feliz se contaría el pueblo que dispusiese de tales riquezas étnicas. La ciencia española está expresada en actos; búsquese en ellos y en las intuiciones de los que florecieron como sabios.

El genio español es más amplio y extenso que intenso y tenaz; más pronto para la intuición que paciente para la reflexión; nuestro carácter psicológico estriba más en el entusiasmo y arrojo que en la meditación fría y pausada; el carácter de nuestra actividad mental es

una sagacidad y una agudeza especiales para la observación pronta de los fenómenos, pero nos falta un sentido práctico, como el de los ingleses, para su apreciación. No pocas veces ha sido el español el iniciador de un determinado movimiento cienfífico, pero en pocas ocasiones ha sabido o ha querido desenvolver en una dirección utilitaria las consecuencias de que podría ser capaz.

Somos un pueblo de profetas—ha dicho Costa que anunciamos el Mesías del progreso a reserva de desconocerlo, y tal vez de crucificarle luego que aparece. Los grandes progresos, las grandes invenciones, los grandes ideales, se han iniciado en la Península, y la Península ha sido también la primera en volverles la espalda y relegarlos a perdurable olvido.

Dice Giovanni Bovio de nuestras disposiciones intelectuales, «que son en realidad considerables, especialmente por lo que respecta a su fecundidad».

Nuestra memoria no es completamente sistemática, «hecha de una pieza e inepta para formar nuevas combinaciones», sino que es libre, compuesta de innúmeras facetas más o menos coherentes, plástica y dispuesta para toda clase de combinaciones nuevas; unida a estados afectivos es bastante precisa y persistente, pero de ordinario no reviste estos caracteres. La memoria, la evocación de los recuerdos depende del poder asociativo, poder especial de nuestra raza, que conserva las ideas generales almacenadas, en estado latente, po

debajo de la conciencia; las ideas subconscientes, no dejan por ello de influenciar nuestros sentimientos, nuestra voluntad y nuestros actos. La subconciencia española guarda todo un mundo de posibilidades y de intuiciones que al ver libre camino al exterior salen y asombran al mundo científico, pues brotan, las ideas del español, de los hechos, con naturalidad pasmosa.

La atención voluntaria no nos es desconocida, pero en virtud de nuestra naturaleza psíquica no sacamos gran provecho de la atención voluntaria; nuestras facultades intelectuales producen mediante la síntesis de elementos dados un contenido cualitativamente nuevo; pero nuestro espíritu no descompone y divide un fenómeno en sus elementos componentes; las partes descompuestas subsisten por sí conservando relación con el todo.

Tenemos cierta ineptitud para la apercepción del «punto de la visión» en el «campo visual», es decir, de la atención disociativa que se manifiesta bien patente en el «análisis relativo» wundtiano. El genio español es sintético, constructivo, no analítico.

Metafóricamente el intelecto español vé con la periferia de la retina; tiene una agudeza visual rudimentaria; sólo ve el conjunto de los objetos, no el detalle; la distinción de las formas y detalles es función de la fovea.

Un individuo cuya periferia retiniana no funcione, pero cuya fovea esté intacta o poco menos—en caso de

estrechez del campo visual—, puede leer, escribir, etcétera, pero no podría marchar por una calle de mucho tránsito sin tropezar con la gente y sin correr riesgos; la gran orientación depende de la periferia retiniana; la fina y minuciosa regulación, es objeto exclusivamente de la fovea; ella distingue los detalles visuales de los objetos, mientras que con la periferia no se distinguen más que los gruesos contornos; somos los españoles en el terreno de las ideas «motorreactivos», así como los alemanes son «iconorreactivos».

El intelectual español que sintetiza y que crea es artista siempre, porque va más allá de la realidad, y esto, lejos de ser un mal, es el carácter del genio mismo, según dice Guyau. «Se reconoce el verdadero genio en que es bastante amplio para vivir fuera de lo real y bastante lógico para no errar jamás del lado de lo posible».

Interpretamos la realidad de modo que más sacamos de los hechos observados las ideas, que de las ideas los hechos, y siempre armonizamos con admirable sentido la idea y el hecho, la teoría y la práctica.

A nuestro genio constructivo, sintético, a nuestra facilidad para la asociación de ideas, aunque no tan rápipida como la del inconsciente sanguíneo, se une cierta dificultad para la disociación, tal vez por falta de uso en la función disociativa.

En la mente española entran escasos conceptos abstractos, disociables por la concentración de la inteligencia en uno de sus elementos. No existe para nosotros

motivo alguno, o existen pocos y se dan rara vez, capaces de imponernos el sacrificio de un largo examen. Si se nos da un punto en un objeto, veremos el objeto sin pararnos en el punto dado; cruzan nuestro cerebro desbordamientos de ideas e imágenes que no aislamos y clasificamos en cajoncitos especiales como hacía Napoleón y hace el genio germánico. Parece que estando nuestras facultades intelectuales todas bastante desarrolladas, al hacer funcionar una especialmente, tendiesen espontáneas, las demás, al funcionamiento.

Es la mentalidad española perteneciente a esos «entendimientos cromáticos o dispersivos»—de Cajal—, no a los «entendimientos acromáticos» o condensadores.

Dice Höffding que «las vastas perspectivas placen al pensamiento y a la imaginación; pero si la voluntad debe ser más que una simple tendencia o un simple deseo, es preciso que se dirija hacia algo determinado del todo, y, además, que esté a su alcance».

Por nuestra imaginación nos colocamos entre los que Ribot llama espíritus vivaces, excelentes en la concepción, que producen casi todo de una vez. Nuestro trabajo mental es algo inconsciente, nuestras acciones súbitas. Unida la imaginación intuitiva española a un espíritu inductivo nos proporciona aptitudes para las ciencias exactas y naturales, y más para las invenciones y geniales hipótesis.

Para Wundt el conocimiento intelectual comienza cuando para encontrar lo permanente, constante, estric-

tamente requerido, nos alejamos de la intuición inmediata y cuando la reemplazamos por palabras y símbolos.

El ingenio del español—dice el filólogo Cejador—es brillante, pronto y despierto, más de intuición y de fantasía que de sabio y erudito; de aquí su valer como artista y su poca afición a sistematizar científicamente los hechos, lo plástico y realista de sus creaciones instintivas y el desvío de lo simbólico, ideal y abstracto. Es una prueba de esto el mal éxito de aquellas ficciones novelescas de los siglos XVI y XVII. En fin, el conocimiento puramente intelectual, como Wundt lo describe, no es español, o por lo menos genuinamente español.

Más que científica es nuestra imaginación metafísica; tiene por primer motor la necesidad de una explicación total de los fenómenos.

Dice Ribot que «hay que reconocer que la imaginación de los grandes metafísicos, por la originalidad y el atrevimiento de sus concepciones y por la perfecta habilidad de todas las partes de su obra, no es inferior a ninguna otra forma e iguala a las más notables, si es que en ocasiones no las sobrepasa».

No es la imaginación española exclusivamente soñadora, y sí exclusivamente práctica; no es activa sino cuando la necesidad lo exige, y trabaja con datos de la realidad. Cuando sus músculos son refractarios, por cansancio o agotamiento, tampoco suele intentar motivos y caminos para la realización objetiva de sus creaciones.

El español, de gran sentido común—escribe Cejador—en las cosas espirituales, y de muy escaso en las materiales, es pensador recio y original, elevado artista realista y sincero; no se mueve por las comodidades materiales, y sólo fué grande cuando los ideales espirituales señoreaban la opinión pública en los pueblos, quedando aniquilado y por tierra, sin saberse que hacer, cuando los materiales del trabajo y del oro sobrepujaron a todos los demás.

Si la actividad de la imaginación nos lleva más allá de la realidad, la voluntad no aparece bajo ninguna forma en el dominio de la fantasía, y el cerebro no es un esclavo obediente a los deseos y voliciones, porque ni siquiera se manifiestan. El acto nace de la cópula entre la voluntad y la potencia; la potencia se fundamenta en la vida vegetativa; la potencia por sí misma puede obrar sobre la voluntad para determinarla al acto. Si un organismo, como el organismo fisiológico del español, está empobrecido y la potencia vital es insuficiente, veremos que también la voluntad se debilita y se forma una incapacidad para toda gran volición. Si entonces aparece en la imaginación algún sistema incoherente de acción, es posible que no pueda realizarse; pero más que a un «no querer», debe achacarse la falta de objetivación de la fantasía a un «no poder».

Los elementos del concepto motor de la imaginación, inmedita o mediatamente tomados de la realidad, es lo que más fuertemente nos impresiona. Somos enemi-

gos, o encontramos dificultad en la elaboración de novelas abstractas, sin sólidas bases. Un objeto destituído de toda existencia real no la tendría en nuestra imaginación.

Ahora bien; al trabajar con datos de la realidad, hay que ver cómo adquirimos esos datos; hay dos maneras de ver claro — dice Ortega y Gasset — y dos clases de claridad: la de la superficie y la de lo profundo; la claridad de impresión y la claridad de meditación; nosotros percibimos la claridad de impresión de una manera superficial, y como las gentes del Norte meditan la realidad y la materializan, piensan que nosotros somos idealistas, fantásticos soñadores empedernidos, y no es así: para los españoles no hay nada subjetivo; el mundo de su imaginación es un mundo real; es «real» todo lo que es «posible». El realismo del español es «espontáneo», y no supone una reflexión posterior, una crítica del valor real de las representaciones.

Nuestro conocimiento inmediato suele a veces diferir de la realidad objetiva, y por eso los que fían poco del «realismo» espontáneo, sino del «realismo crítico», nos llaman idealistas; mejor sería llamarnos «impresionistas» – Ortega y Gasset, Guixé—.Sólo puede tener valor lo que a pesar de todo cambio subsiste, y sólo llega a descubrirse este hecho por un trabajo intelectual, no por una concepción inmediata. Cuando el trabajo intelectual forma conceptos susceptibles de separar el contenido variable de la concepción inmediata, el realismo espontáneo se cambia en realismo crítico.

«La vida española—escribe Ortega y Gasset—hasta ahora ha sido posible como dinamismo», y sólo como dinamismo; la vida estática es gobernada por el intelecto; la vida dinámica por la medula.

La historia de la ciencia española entre sus características presenta el entusiasmo; pero un entusiasmo como si dijéramos obscuro, medular, inconsciente.

Ninguna de las concepciones intelectualista, sentimentalista, voluntarista—o ampliamente estética—del cosmos conviene a ese microcosmos español en que nacimos—; escribe Diego Ruiz: «La categoría que mejor, más satisfactoriamente para la raza, da cuenta de la actividad española no es tal categoría, sino *origen* de las categorías: es el Entusiasmo, del que Voluntad como Fantasía, Idea como Sentimiento, derivan como los riachuelos de la roca manante.»

Las contribuciones de España a la ciencia se verifican por movimientos entusiastas que dirigen intensamente la actividad mental en una dirección que alimenta una base emotiva en el individuo. Los impulsos entusiastas nos dominan hasta en las investigaciones científicas y en las necesidades filosóficas. Si en ciertas épocas de la historia del intelecto español, cuando desciende bruscamente la curva del movimiento científico entusiasta, notamos así como una perturbación en los procesos mentales, una falta de curiosidad científica completa, es porque la fatiga, el agotamiento fisiológico sujeta a la quietud las aspiraciones kinestésicas de la mente.

Tiene la vida psíquica española épocas en que brotan por doquiera genios de primera fila, como si apareciesen por contagio obedeciendo la voz de un hipnotizador que manda despertar las fuerzas adormecidas al golpe de una varita mágica. Pero el exceso de actividad fatiga, tanto mental como físicamente; si es muy persistente puede obrar también sobre los descendientes de los fatigados, originando en ellos debilidad en la constitución, estados diatésicos,o si se quiere, verdaderos estados degenerativos. Es más duradera la fatiga española, porque el agotamiento es mayor que en otros pueblos, porque es un agotamiento físico y mental. La persistencia de los estados emocionales origina la fatiga afectiva o moral.

Dicen que el pueblo español sufre una cobardía moral ¡Una cobardía! ¡Qué desconocimiento del temperamento hispánico! No saben que el pensamiento está ligado a la actividad de las células nerviosas, que éstas tienen mayor vitalidad cuando trabajan y afluye más rica sangre al cerebro; las células cerebrales descomponen las materias nutritivas que lleva la sangre y convierten en otra forma de fuerza la fuerza contenida en ellas: estas formas son las apercepciones y las impulsiones motoras. Si las materias nutritivas son pobres, ya que la sobriedad española, a menudo, oculta la miseria, se originará una debilidad y como consecuencia la falta de voluntad, la incapacidad de atención, no la abulia, ni la inferioridad mental. Todo

pueblo que tiene gloriosa historia tiene gran inteligencia.

Otra de las características de la historia mental hispánica, ya anotada, es la falta de sistematización y de escuela en sus ingenios; Ortega y Gasset, Ingenieros, Gay, Ellis, Cejador, Altamira, etc., lo han dicho; el primero así: «Nuestros grandes hombres se caracterizan por una psicología de Adanes. Goya es Adán, un primer hombre»; por esto no pueden salir en España, cuando salen, mentalidades pobres: no tienen trazada ninguna senda, han de abrirse camino a fuerza de la intensidad de su pensamiento; no es propio este esfuerzo titánico de un pueblo que como el español descansa de sus fatigas anteriores. «Velázquez—dice Ellis—se presenta aislado, casi sin tradición extrínseca, independiente en cierta manera de sus predecesores, maestros y discípulos.»

El genio español no tiene maestros, es autodidacta; ni tiene discípulos que aprovechen con menos esfuerzo lo que él comenzó o que sigan un camino que había trazado; así que nuestras mentalidades han de ser superiores o han de quedar aplastadas ante el mundo inmenso que se presentaría a ellas. Es una desgracia nuestro escepticismo ecléctico; hemos de ser *nosotros* o no ser; jamás nos conformamos con las escuelas existentes; nuestra pronunciada individualidad científica va en contra de nosotros mismos y de la ciencia.

No hay que olvidar tampoco aquellas palabras que

dice Heriberto Bradley de Inglaterra, aplicables a España: «Habitamos una isla, y nuestra manera de pensar adquirirá un carácter insular si no la ensanchamos», y más si se agrega que la situación interior de España facilita el individualismo por la poca comunicación.

Consecuencia de este individualismo científico, literario y artístico, de esta falta de escuela—no total, que Menéndez y Pelayo nombra tres maestros: Lulio, Vives y Suárez, y tres escuelas de filosofía—el lulismo, el vivismo y el suarismo—netamente españolas, con mayor o menor número de discípulos—son las críticas que dirigen a la existencia de una ciencia española.

Diego Ruiz dice que no tenemos filosofía, porque el misticismo no implica pensamiento; la actividad medular excluye en España la cerebral; Revilla y Unamuno también niegan la existencia de una filosofía española; yo creo que la hay, y no sólo en sistemas, sino en toda nuestra historia, en nuestra literatura, sobre todo en la novela picaresca, en el teatro, en la pintura, en la arquitectura y en el arte escultórico.

Pablo Rousselot, a pesar de su desconocimiento de nuestros grandes filósofos, dice que «España debe figurar más de lo que hasta el presente figuró en la historia de la filosofía».

El pueblo español es hondo filósofo, pero no sistemático riguroso, mas no por esto es menos importante su filosofía para quien sabe extraerla de sus actos.

Aunque Diego Ruiz niegue al misticismo español carácter filosófico, es indudable que, como dice Federico de Castro, en todo misticismo hay un elemento filosófico como dirección del espíritu a lo absoluto. En ninguna escuela mística es más patente que en la escuela española, y nadie puede, con más títulos, ser su representante que Santa Teresa de Jesús. Idéntica opinión tiene Menéndez y Pelayo. Julio Cejador ensalza singularmente la profunda y sagaz filosofía que encierran las novelas picarescas, descripción de hechos y dichos que contienen todo cuanto es necesario saber a un pueblo.

En España la ciencia se cultiva con poca intensidad; hay pocos cultivadores, y esos pocos han de efectuar el trabajo cuya extensión requiere en otros países la asistencia de varios sabios. Fernández Navarro (L.), dice que si hubiera entre nosotros crítica científica, «que desgraciadamente no la hay». al juzgar la obra de los sabios españoles no podría dejar de tener en cuenta que la labor es más extensa que intensa, «no por falta de capacidad, sino por escasez de personal».

Cuenta Fernández Navarro que un sabio norteamericano se asombraba al saber que un mismo geólogo hiciera geografía, petrografía, estratigrafía de todas las edades, tectónica, y acaso aun investigaciones mineralógicas y cristalográficas. El sujeto del asombro no se había ocupado toda su vida más que en hacer análisis químicos de rocas

Lebrija, Vives, Fox Morcillo, el Brocense, Arias Montano, etc., son, a la vez que gramáticos y retóricos,

matemáticos, físicos, teólogos, políticos, filósofos y astrónomos. La lectura de estos sabios no dejará fondo de ideas muy rico, ni tampoco muy claro y terminante, pero vigorizará, templará y levantará el ánimo más que la de ningún autor parcial moderno y antiguos más extensos; pero aunque la ciencia española no sea tan sublime como la griega, sabemos que «en el concierto de las naciones, cada pueblo representa el papel que le corresponde por sus especiales aptitudes», y «nos basta, por tanto, haber sido la primera nación de la moderna Europa en las letras y en las armas, sin pretender serlo también en las ciencias y en la filosofía» (Federico de Castro).

Un gran representante de nuestra raza es Séneca, que sin crear ningún sistema filosófico, fué un estupendo filósofo, lleno de originalidad, que quiere llegar a todo y no rechaza ninguna ayuda, pero quiere llegar por sí mismo. Federico de Castro llama a su filosofía, filosofía de la voluntad. «Entre los modernos, más que a Kant se parece a Schopenhauer. Nuestra literatura aparece toda como una filosofía de la voluntad. Tiene Séneca «falta de vigor sistemático»; defectos que nos transmitió por herencia y son de difícil desarraigo, «como que tienen su origen en la fácil intuición de nuestro espíritu».

En el siglo XIII los jurisconsultos castellanos se adelantaron quinientos años a los de toda Europa con aquella «maravilla legal» (Costa) de las Partidas, y todavía en los primeros años del siglo XX sigue siendo para nos-

otros un problema la codificación civil. La Escuela de traductores de Toledo, protegida por Alfonso el Sabio, sirvió de puente para el paso de la civilización árabe al latín de la Europa medioeval. Toledo fué un centro de estudios al que acudieron estudiantes de todo el mundo. La Universidad de Lérida, en pleno siglo XIV, abría cátedras de anatomía, y en Mallorca se formaban atlas sistemáticos de los diversos países del globo. Pedro Medina escribió el primer tratado de navegación, traducido en seguida a todos los idiomas europeos.

El barco de vapor tiene su precursor en Garay; Alvarez Chanca fué el primer mortal que trajo a Europa (1494) algunas plantas de América; Tomé Pérez llegó, con peligro de muerte, hasta la China en demanda de nuevas drogas y plantas medicinales; antes que por Marco Polo conoció Europa la Tartasia chinesca y las provincias más remotas de la India por un español, por Benjamín Tudela (1160); Andrés Laguna dió justas ideas sobre la fecundación de las plantas fanerógamas, y estableció en Aranjuez (1555) un jardín botánico, más antiguo que los de Montpellier y París; Nicolás Monardes, Francisco Hernández, García de Orta, Juan Fragoso, Cristóbal y José de Acosta, trajeron a Europa el conocimiento de la flora americana. En las bibliotecas botánicas de Linneo, Haller, Seguier, Miltitz, Krüger, De Candolle, Wilkomms y Endlicher, figuran bastantes nombres españoles y muchas alabanzas a los botánicos de nuestra tierra. Núñez inventó el *nonius;* el maestro

Esquivel, en tiempos de Felipo II, hizo importantes y costosos trabajos geodésicos, y la anatomía, protegida por el mismo rey, adelantó muchísimo; el arzobispo Silíceo, Pedro Ciruelo, Caramuel y Hugo de Omerique han sido grandes matemáticos, el último elogiado por Newton; Ticho-Brahe llama a Jerónimo Muñoz «eruditísimo y excelentísimo matemático». Alfonso de Santa Cruz descubrió la proyección para el trazado de mapas que hoy se llama de Wrig; Felipe Guillén inventó la brújula de variación; Juan de Urdaneta descubrió la causa de los ciclones.

En el siglo XVI casi todos los reyes de Europa tenían médicos españoles.

A la medicina contribuyó España muy gloriosamente; en la bacteriología, antes que el nombre de Pasteur, ha de pronunciarse el de Ferrán.

De la escritura Asiria no es separable el nombre de Figueroa; ni de la filología comparada Hervás y Panduro: el mismo gran Max Müller reconoce a Hervás fuudador de la lingüística; la geografía física tuvo su cuna en España, y en las obras de Acosta, Fernández de Oviedo y Gomara, se plantean los problemas más graves que preocupan a los científicos de estos tiempos; dice Humboldt que Acosta fué el primero que escribió sobre cosmología. A Francisco Vitoria se debe la fundación del Derecho de gentes; Mackintosh, Weaton, Albertini, Nys y muchos otros lo reconocen. La obra de Vitoria la continuó Francisco Suárez, a quien el mundo

sabio tiene por el mejor teólogo que floreció en la Iglesia después de Santo Tomás. La filosofía de Suárez—dice algo equivocado José Ingenieros—es la más genuina expresión de la España teocrática; en este sentido es la más española de todas las filosofías cultivadas en la Península; «en el suarismo puso su alma la España católica: fué bandera y mortaja de su cultura filosófica, convertida en instrumento de la contrarreforma». Esto no quiere decir que el suarismo se preste a tal movimiento; como tampoco el Aristóteles de la Edad Media es el verdadero Aristóteles, porque su sistema filosófico fué interpretado según convino a la Iglesia, es decir, opuestamente a como con imparcialidad pudiera interpretarse. Suárez no es un teólogo teocrático, aunque al decir de Grocio fué «el más penetrante de los filósofos y teologos»; Suárez es el fundador de un gran sistema de filosofía; Juan Bautista Vico, hablando de su Metafísica, dice que encierra cuanto hay que saber en materia de filosofía; Adolphe Franck llama a Suárez «una de las inteligencias más robustas que actúan en la historia del derecho natural». El P. L. Bautain afirma que en derecho civil los grandes teólogos, Tomás de Aquino y Francisco Suárez, han profesado las doctrinas más liberales.

Con Vergara nace la crítica histórica, y con otro español, con Andrés, la historia literaria. Gómez Pereira se adelantó muchas veces a la filosofía cartesiana; el «Yo pienso, luego soy» es de nuestro famoso médico de

Medina del Campo; se atribuyó a su consciente plagiario Descartes, lo mismo que la teoría de los animales máquinas, de la irracionalidad animal; hoy, gracias al celo de algunos buenos patriotas españoles y a la imparcialidad de algunos historiadores franceses, Gómez Pereira recobró lo que era suyo, quizás obscureciendo algo la gloria del autor del *Discurso sobre el método*. Nourrisson, en su *Cuadro de los progresos del pensamiento humano*, hace justicia al talento inventivo del sagaz filósofo español Gómez Pereira.

El P. Mariana se adelantó a las doctrinas del pacto social; Hernán Cortés y López de Gomara a la apertura del canal de Panamá. De Quevedo «no es aventurado afirmar que en un medio propicio se habría contado entre las dos docenas de grandes genios que honran a la humanidad entera» (J. Ingenieros). Así como España había tenido su Boccacio antes que Italia—dice Pompeyo Gener—tuvo también su Voltaire antes que Francia en D. Francisco de Quevedo, el primer escritor satírico de los tiempos modernos. Filósofo, y más que filósofo crítico, sabio humanista, espíritu franco y liberal, que no se doblegaba ante los más altos poderes, observador de primera fuerza, novelista que une la fantasía a la realidad y comparable a los mayores escritores políticos.

A España no le faltan un Fenelón, ni un La Bruyère; Antonio de Guevara resume con ingenio imponderable en el *Relox de Príncipes*, el *Telémaco* y los *Caracteres morales de Teofrasto*.

La Edad Media, que fué ante todo período de conservación, de incubación, si algo de científico produjo en los siglos XV, XVI y mediados del XVII, salió de España. Cuenta en este período la Medicina española los mejores médicos del mundo, tales Mercado, Montaña de Monserrat, Ponce de Santa Cruz, Bravo de Sobremonte, Andrés Laguna, Divino Vallés, de cuya obra *Controversiarum medicarum et philosopharum*, se hicieron hasta diez ediciones en distintos puntos de Europa; Boerhaave compara a Vallés, entre otros, con Galeno.

Huarte, «padre de la frenología», y no Gall, dijo verdades que repetimos hoy orgullosos de poseerlas, gracias a la moderna técnica micrográfica; un español escribió el primer tratado de semeiótica. Sebastián Münster dice que Servet echó las bases de la Geografía comparada; además, le cabe la gloria, con Harvey, del descubrimiento de la circulación de la sangre.

Karl Schmidt dijo que Vives era uno de los pedagogos más ilustres de su tiempo, y Lange que fué el más grande reformador de la filosofía de su época, un precursor de Bacon y Descartes; su vida entera fué un combate incesante y victorioso, no sólo contra la escolástica, sino contra todo sistema filosófico poco fundado en la experiencia. Preparó el terreno y dió impulso a los pedagogos más notables de los siglos XVI y XVII, en los diversos países de Europa. Muchas de las ideas de Wolf, Roger Ascham, Mulcaster, Milton, Trobzendorf,

Sturm, Ratich, Comenio, Elyot y Locke, son de Vives. Dice Haraldo Höffding, que Descartes debe más al polígrafo valenciano de lo que pudiera suponerse por el corto número de pasajes donde le nombra.

El siglo XVI, siglo de oro de la literatura española, lo es también de nuestra cultura científica y universitaria—dice A. Bonilla y San Martín—. Salamanca renueva los estudios teológicos merced a los esfuerzos de Francisco de Vitoria, de Melchor Cano y de Domingo de Soto. Juan de Maldonado inaugura en el Colegio de Clermont el curso de filosofía, después de haber explicado en Salamanca y en el Colegio Romano; Luis Vives, el P. Mariana y Fernán Pérez de Oliva, enseñan en París; Pedro de Rivadeneira, en Roma, y D. Diego de Covarrubias y Leira, Alfonso Salmerón, Gaspar Carrillo de Villalpando y Benito Arias Montano, ilustran las sesiones del Concilio Tridentino.

Los libros españoles del siglo XVI y del XVII, y aún anteriores, los encontramos traducidos inmediatamente a todos los idiomaas cultos. No sin razón Mackintosh llama a la España del siglo XVI «la más poderosa y magnífica de las naciones europeas» (cit. M. y Pelayo).

Si nuestra patria no tiene en las ciencias naturales un Linneo, un Buffon, un Lamarck, presenta los precursores, que por su ingenio y sus estudios abrieron el camino y edificaron para que los grandes naturalistas del mundo moderno pudieran brillar. Si no tenemos un Newton, un Ticho Brahe, un Copérnico, tenemos inte-

ligencias que los supieron interpretar. ¡Cuántos libros de Astronomía, de Física y de Matemáticas se escribieron en España antes de que fuesen estas ciencias, en el extranjero, del dominio de todos! ¿Qué ciencia no presenta algún gran cultivador español?

Así como el nombre de América le ha sido usurpado a Colón, así a España el nombre del Renacimiento—dice Macías Picavea—, a cuya opinión nos ateníamos antes de saber que este gran español la había consignado. Fuera de la rehabilitación de las letras clásicas y del arte greco-latino, si se trata del advenimiento de una «nueva sociedad», «de una nueva vida, de una Europa nueva con política, administración, ejércitos, armas, cultivos, industrias, crítica, ciencias, técnica, y, en fin, un mundo nuevo, el Renacimiento es plena, original y substancialmente español». En el siglo XV, pocas ciudades resistían la comparación con nuestras ciudades, pocos sabios, con nuestros sabios, pocos monarcas con los nuestros, pocos guerreros con los españoles. «La Italia renaciente se nos adelantó en las letras y artes clásicas; en todo lo demás se adelantó la renaciente España a Italia y a Europa entera».

Salvá hizo los primeros ensayos de telegrafía eléctrica; Ponce de León inventó el sistema para enseñar a los sordomudos; en fin, que la mentalidad española hizo más de lo que Masson creyó; el mundo científico nos debe muchísimas invenciones y descubrimientos, y muchos cultivadores de todas las ciencias en todas las épocas.

Zoel Galdeano sigue hoy el camino que tan ricamente trazó Hugo de Omerique; Cajal es hermano de Huarte; Torres Quevedo, continuador de aquel otro ingeniero español que sabía hacer volar las fortalezas enemigas; Menéndez y Pelayo es otro San Isidoro de Sevilla; Cejador, otro Hervás; Diego Ruiz, un filósofo original como Vives; Sorolla, sin ser discípulo de nadie es un moderno Velázquez.

Si en España no hay maestros y discípulos como en otras naciones, hay genios que se parecen extraordinariamente por alejados que aparezcan en el tiempo: serán Adanes todos, y lo son efectivamente; pero resisten la comparación casi todos, si no con las mayores lumbreras de los movimientos científicos periódicos, algunos resisten victoriosos la comparación, por lo menos con los que, sin ser genios de primera fila, tienen ricas estatuas en las plazas y las calles de las ciudades de sus países.

Si en la ciencia universal no pone España muchos creadores de primer orden, pone tantos como pueda poner otra nación, y si en la segunda mitad del siglo XVII y en el XVIII no tenemos representación científica preeminente, en el siglo XV hemos tenido abiertas al mundo, ansioso de saber, cuarenta y dos Universidanes, donde podían aprenderse todas las ciencias.

Tenemos aptitud para todo; si poseyéramos la misma organización y la misma técnica que tienen los demás pueblos europeos cultos, les aventajaríamos en muchas cosas. Siendo verdaderas las leyes de Gratiolet

referentes a los cierres de las suturas craneales—que evidentemente lo son—, el español tiene más condiciones mentales que el francés, el inglés y el alemán. Las suturas del cráneo ibérico se cierran después que las del cráneo de nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, que las de los germanos y que las de los ingleses. Por otra parte—siguiendo la opinión de Emilio Reich—, nuestro territorio es altamente favorable para el desarrollo de la inteligencia.

Adolf Schulten—*La lectura*, 1913—indica como rasgo característico de iberos y bereberes, la falta de cultura, es decir, la incapacidad de ser cultos ellos mismos y de asimilarse la cultura de los demás. Mejor hubiera sido a Schulten estudiar la producción científica española de todos los tiempos, y entonces se le habría ocurrido que en España lo que falta es historia, investigadores de sus múltiples actividades, hombres que se tomen el trabajo de reivindicar las glorias de tan calumniada raza.

No carecen los sabios y los artistas españoles de genio, de inteligencia; «de lo que carecen—según dijo Fernando de Araujo—*Revista de España*, t. CXX—es de fortuna, de lo que carecen es de alicientes, de lo que carecen es de la atmósfera que necesitan para que sus inspiraciones se desarrollen».

En fin, conforme con Rafael Altamira, las modalidades de nuestro espíritu intelectual son el *armonismo*, que tiende a resolver en unidad superior las doctrinas

al parecer contrarias; el *criticismo,* que reivindica constantemente la libertad del sujeto frente a las más altas autoridades científicas; el *realismo,* que liga toda especulación a los problemas de la vida práctica, y la *intuición* e *iniciativa*, que hace adelantar en años y aún en siglos las hipótesis y afirmaciones que luego logran aprobación universal y constituyen el punto de arranque de sistemas o de inventos importantísimos.

En la ciencia universal, si no tiene España un puesto preeminente, tiene una representación honrosa.

«El cerebro del español rural adulto está colocado en inferiores condiciones de educación moderna que el de un japonés, porque es el de un ser, no civilizado, sino mal civilizado» (Luis André) y peor nutrido; el desbarajuste gubernativo impide la nutrición normal del sobrio organismo español y hace que el pueblo, la masa, no tenga fuerza para aspirar a mejor estado; perezosa e indolente, como no puede ella misma, espera un redentor que fué hasta ahora un Dios-Estado, la crema social, lastimosamente inculta, no facilita la extensión de la cultura sobre los yermos campos españoles, y como no es su cultura pasadera, tampoco da grandes genios.

Con todo, un buen historiador—no a la manera de Guizot—se vería imposibilitado para explicar la historia de la civilización, haciendo caso omiso de la española, que para Guizot no existe.

CAPITULO VI

La vida artística.

Lejos de ser en nosotros el sentido estético importante, se puede decir con verdad que ni siquiera aparece; reviste los mismos caracteres que el sentido científico: inconsciencia, falta de propósito deliberado, ausencia de finalidad premeditada; el español hace un cuadro o una obra literaria maestra, como heroicidades en la guerra, o un oficio mecánico o rural en la paz; en su conciencia no aparecen claramente sus valores personales, y por eso tampoco el cerebro interviene en la elaboración artística. El artista español no ve las cosas como artista, sino como hombre, y como hombre pinta, escribe o modela, y de este modo, el sentimiento, la vida, la verdad, no faltan de sus obras. Es el mediterráneo—según Ortega y Gasset—, una ardiente perpetuación y justificación de la sensualidad, de la apariencia, de las superficies, de las impresiones fugaces que dejan las cosas sobre nuestros nervios conmovidos. No

pensamos claro, pero vemos claro, como lo dicen brillantes páginas de Cervantes que resaltan junto a las vagas expresiones de un germano que pensaba claro, pero no veía lo mismo. «Para un mediterráneo no es lo más importante la esencia de una cosa, sino su presencia, su actualidad: a las cosas preferimos la sensación viva de las cosas». Lo que en el ver pertenece a la pura impresión, es incomparablemente más enérgico en el mediterráneo, y de entre los mediterráneos, en el español que en el germánico. «El placer de la visión, de recorrer, de palpar con la pupila la piel de las cosas, es el carácter diferencial de nuestro arte.»

Habitamos un ambiente propio para impedir todo idealismo sentimental, todo afeminamiento del arte. Dice F. E. Giddings, que una atmósfera seca el calor y el frío alternativamente, y una topografía variada que estimula en la población el deseo de moverse libremente, y los altos, las costas y los valles, son «las condiciones más favorables para una vida enérgica», y nuestro arte, por eso es la expresión de una raza noble y varonil, de temple más fervoroso acaso que otra alguna, pero de fibra artística poco sensible. Raza dotada de generosos instintos y de elevados ideales, pero de ideales éticos únicamente; ideales estéticos faltan entre los españoles en absoluto; esta última afirmación la encontramos en un discurso de Leighton.

Ellis cree que los efectos meteorológicos del clima español central han tenido influencia directa en los pin-

tores españoles. Los efectos duros y violentos, los contrastes agudos, los colores fuertes, las nubes obscuras y macizas como si se empañaran de pintura, pueden muy bien haber afectado las imaginaciones de los artistas, y dice Havellock Ellis que «hay afinidad real entre una puesta de sol en Castilla y los fondos de muchos lienzos de los pintores españoles más típicos».

Poseemos un gran sentimiento de lo armónico, de la armonía del conjunto, cual conviene a nuestra mirada mental, amplia, de la forma externa y no del detalle.

No sacrifica nuestro arte la idea a la forma, como el francés; nosotros hemos tratado siempre de hacer «que la forma sirva de expresión a la idea, como el vestido para dar realce al cuerpo de una mujer hermosa». Los resultados de esta tendencia, altamente favorables, dan a los cuadros sinceridad; pintados con pasión producen un efecto sólido y demuestran que tienen un fin y una idea dominantes (Paulovski).

Históricos o fingidos—dice el marqués de Dos Fuentes—, sólo en España los grandes sentimientos han sido cristalizados en sus héroes literarios, convertidos en universales, en mundiales. Casi todos nuestros ideales se hallan sólidamente pintados, ya en el teatro, ya en la novela, ya en la mística, o en la pintura, y de manera tan real y tan sencilla, que es motivo de asombro para os extranjeros las comedias clásicas, las novelas picarescas, los cantos populares donde el pueblo, sin sentido de la belleza, vierte sus sentimientos bellamente, su

religiosidad, su ternura, su moralidad, sus nobles sentires y deseos.

Es profundamente democrático nuestro arte, y tal vez por eso se nos presenta aristocratizado, como es aristocrática la democracia española.

La educación del pueblo español, en lo que se refiere al trato social, es sin mácula en todos los respectos; pero justamente a consecuencia de este rasgo democrático en absoluto, dice Demiani que se formó una nación verdaderamente caballeresca y *oristocrática*.

Los personajes de nuestra literatura, no solamente retratan individuos, sino que son individualidades, es decir, rasgos dominantes de una época, de un grupo de seres, con el sello de la nacionalidad. Don Quijote no sólo resume el tipo de una época, sino que resume y sistematiza la situación filosófica y social de España en aquellos tiempos, con toda la corte de vicios y virtudes intelectuales y morales. Don Quijote es universalmente simpático, porque reúne las condiciones que Guyau señala a los personajes admirados universalmente: vive la vida una y eterna de los seres, se apoya sobre el viejo fondo humano y se alza sobre esa base inmutable para elevarse a los pensamientos más altos que la humanidad alcanza tan sólo en sus horas de entusiasmo y de heroísmo.

El arte español tiende más a la verdad que a la belleza; un rasgo áspero, viril, es la característica de nuestras creaciones; «los límites del buen gusto—dice

Demiani—se pasarían más fácilmente del lado de lo grotesco, de lo chocante, hasta de lo brutal, que no del lado de lo sentimental, dulzón o escandaloso». La fina sensibilidad estética de los italianos, de los franceses o de los alemanes, no la encontramos jamás en el arte español.

No poseen nuestros artistas la suave serenidad, la majestuosa grandeza de los *quatrocentistas* italianos, mas tampoco cayeron en esa especie de languidez elegante en que cayeron por lo menos los toscanos.

No es España el país del gran arte—dice por eso Ellis—, sino el de las grandes personalidades. «Velázquez descuella tanto sobre los demás pintores como Cervantes sobre los novelistas».

Se reviste el arte español muy a menudo de cierta «ironía mansa», como dijo Angel Guerra, más bien triste que alegre, «tocada de una compasión amable». En Goya este humorismo español pierde su nota de piedad. Es agrio, corrosivo, disolvente. El espíritu español, por no echarse a llorar, aparece en el arte riendo esforzadamente; pero su jovialidad está empapada de dolor y hay en sus sarcasmos sabor a lágrimas. Cervantes, Hurtado de Mendoza, Velázquez y Goya, no sintieron el regocijo que suelen en apariencia representar sus obras. Claramente se vé tras el irónico lenguaje del Quijote, el dolor que amargara toda la vida el alma de su autor. ¡Cuánto se ríen los extranjeros de los hampones de Hurtado de Mendoza, retratos de la decadencia material de nuestro

pueblo, así como en los bufones de Velázquez se compendia la postración espiritual de la raza que se acercaba rápidamente a la ruina! En los cuadros de Velázquez se vé el desfile doloroso de un rebaño de seres degenerados de cuerpo y enfermos de alma; son casos patológicos y al mismo tiempo de una psicología tan cruel que espanta. Son hombres que dan ganas de llorar después de haber hecho reir—dice Angel Guerra.

En el arte, como en la ciencia, el español siente repugnancia, claramente perceptible, contra todo formalismo, ajustamiento a un patrón e imposición de escuela. La personalidad creadora quiere expresarse, y un temperamento de pasión, apenas domesticable, se manifiesta con frecuencia en este individualismo; dice Luis André que la fuerza en la individualidad española es puramente emotiva, o brutal manifestación de esa emotividad. El fuerte es entre nosotros el que impone su sentir, no su querer. Así fueron aquellos héroes impulsivos que concibieron con fácil ideación un plan y sin madurarlo se lanzaron ardorosamente a él.

La fuerza en nuestra individualidad es generalmente nativa. El débil no se esfuerza jamás por hacerse fuerte, hasta que las circunstancias no le colocan en una posición claramente superior, y el fuerte jamás cree que podrá dejar de serlo.

Ni los pintores, ni los poetas, ni los sabios españoles eran pacíficos burgueses, entregados en cuerpo y alma a sus ocupaciones literarias, científicas o poéticas;

sabían con la espada salir del paso, tan bien como con la pluma, el pincel, o con las explicaciones de la cátedra.

Como el artista español ve las cosas y trabaja sus obras sin salir del hombre, su arte es realista; ha realizado, según I. Paulovski, el ideal del artista ruso, cuyo arte, inspirado por la vida, aparece saturado de realismo. Pero no se confunda este realismo con una copia tan fiel de la naturaleza que resulte trivial y vulgar.

El arte español, al hacerse realista, en vez de materializarse se idealiza, y el idealismo, en vez de pertenecer a la fantasía, se hace real. El verdadero realismo y el verdadero idealismo tienen tantos puntos de contacto que, sin gran dificultad, puede reducírseles a la unidad. En filosofía, como en la literatura y en el arte, tomados aparte realismo e idealismo, son falsos; los seres vivos son reales e ideales a la vez.

«La vida real—escribe Guyau—es la roca de Aaron, peñasco árido, que fatiga la vista; en él hay, no obstante, un punto en que golpeando puede hacerse brotar un fresco manantial, dulce a la vista y a los miembros, esperanza de todo un pueblo; es necesario dar con ese punto y no al lado; es necesario sentir el estremecimiento del agua a través de la dura e ingrata piedra». Es lo que hace el artista español, que no teniendo un alma vulgar, no tiene tampoco un ojo vulgar y no produce un arte trivial, porque sabe en qué parte de la piedra de la realidad está el punto del que puede brotar agua, idealismo.

Dice Guyau también que el verdadero arte es el que nos da el sentimiento inmediato de la vida más intensa y más expansiva a la vez, la más individual y la más social, como, por ejemplo, el arte velazqueño. Quiso Velázquez hacernos simpatizar, no sólo con él mismo, sino con insociables, desequilibrados, neurósicos, locos, reyes, borrachos; pero no llegó al relajamiento del vínculo social y moral a que hubiera llegado un artista menos español, tan real, y tan lejos de la trivialidad. Velázquez tomó de las representaciones de la vida habitual toda la fuerza arraigada en la claridad de sus contornos, pero despojándolas de las asociaciones vulgares, fatigosas y a veces repugnantes; este es el verdadero realismo y el único bello; hay que disociar lo real de lo trivial para que aparezca el verdadero realismo.

De nuestro pintor realista por excelencia, dice E. C. Koloff: «si le faltaron alas para volar a las regiones etéreas y representar sensaciones celestiales, fué quizá el más grande de todos los que tocaron con el pie en la tierra». *(In Kunstblatt*, 1839. S. 157). Es Velázquez español en todo, por eso es su psicología la del pintor español, de quienes puede decirse, como de él se dijo, que parece no haber puesto nada suyo; que ha dejado correr la mano, y que ésta no hizo más que fijar las líneas y los colores sobre la tela de una cámara obscura, reproduciendo personajes reales y verdaderos; tampoco los hombres de ciencia españoles pusieron su alma en sus obras, que se presentan sin artificio de ninguna es-

pecie. Los cuadros de nuestro más grande pintor «son un mundo», dijo Amicis; Velázquez, en el cielo del arte, «es un águila», que armoniza con el mismo Murillo, que es «un ángel».

Murillo, dijo E. Noel, carece de grandeza y rebosa de gracia; su técnica es dulce, su inspiración, una sonrisa; sus cuadros son himnos a la felicidad; su paleta luminosa, ¿cómo no ha de conquistar el corazón andaluz?

Los colores velazqueños nos dan una sensación de sobriedad, y parece que el genio sintético de la raza hubiera regido la mano del diestro pintor de las «Meninas».

La pintura española, que es de un realismo agradable—escribe Luis André—, tiene la infidelidad del color o siente propensión a verlo todo en un grado de saturación cromática.

Velázquez carece de profundidad de sentimiento, de poesía y de imaginación; la sencillez de su pintura no tiene rival; pero a pesar de su imaginación escasa supo ver—dice Leighton—«la blanca luz de la sombría realidad».

Teniendo en cuenta que siendo por carácter predominantemente serios y por nuestro empeño de expresión potente, de naturaleza dramática, son más españoles los motivos de Zurbarán que los de Velázquez. Zurbarán es de atrevido temple y pronunciada tendencia dramática, indiferente a la belleza y amante de la realidad, tiene más fuerza de imaginación que Velázquez y un

fervor más sombrío; la poesía y hasta la prosa de sus cuadros tienen una fuerza atractiva imponderable. Leighton dice que Zurbarán es el màs legítimo representante de los artistas españoles; pero es preferible decir que sólo de una época accidental de nuestra historia, así como Velázquez es el pintor español, representante de nuestro gusto en todos los tiempos.

El Greco no es español, pero es un españolizado; sus colores se hiperespañolizan. Tenemos la propiedad de nacionalizar todas las influencias extranjeras; la italiana, la francesa, la flamenca se ven aquí españolizadas. Es una peculiaridad de nuestra raza teñir con el indeleble color de su propia idiosincrasia todo cuanto en su centro se reproduce, de manera tal, que frecuentemente es casi imposible distinguir si determinada obra es producto de mano española o de la de un extranjero que la estampó con el sello nacional. (Leighton).

Las caras de las figuras españolas clásicas, del Greco, son, según Arthur Sysmons, «todas nervios, nervios salientes, sosegados por un esfuerzo, caras de soñadores en acción; tienen toda el alma tormentosa española, y toda la contención que su altivez les impuso».

Ribera, influenciado diversamente, expresa sus concepciones religiosas a través de su temperamento español; ardiente, profundamente emocional, casi exclusivamente religioso, pero profesando como todos los españoles en una religiosidad pagana, casi siempre realista e invariablemente dramático.

Así como otros se valían para fundamentar el valor de su brazo en el misticismo, Ribera se valió del misticismo para sus pinturas, sin ser el hombre diferente del español que expiraba en las hogueras de la Inquisición, o luchaba en Flandes, o apostrofaba las liviandades del Papa Borgia.

Goya es un humorista sin reservas; flageló sin consideración las costumbres y los hábitos de la España caduca; ni aun la Iglesia era para él intangible; los retratos de sus reales favorecedores vienen a ser caricaturas geniales; no obstante, cuando pinta lo que quedaba en España de heroismo y de gracia, de placer de vivir y de amor al colorido, refleja entonces que ama a su patria sobre todas las cosas.

Los soldados franceses fusilando españoles el dos de Mayo y la *Lucha del pueblo de Madrid contra los mamelucos de Napoleón* I, son las mejores crónicas de la guerra de la independencia, y el mejor retrato del pueblo español del 2 de Mayo. Dice Edmundo de Amicis que pintó seguramente aquellos cuadros con la espuma en la boca, con la furia de un loco. Es el último grado a que puede llegar la pintura antes de llegar a la acción; «pasado aquel grado se tiran los pinceles y se coge el puñal». Para hacer algo más terrible que aquellos cuadros es necesario matar; después de aquellos colores no queda más que la sangre. Hasta en la pintura se refleja uno de esos arrebatos feroces, de esos impulsos crueles, de esos entusiasmos sangrientos de la

ihstoria española. Recuérdese que no hay españoles pintores, poetas o filósofos, sino españoles que pintan, que versifican, que filosofan y no extrañará que quien «pintaba un cuadro como hubiera luchado en un combate» (Amicis) haya dejado unos lienzos tan llenos de odio, de patriotismo y de sed de sangre.

También la arquitectura supo expresar el alma de la raza, revistiendo un carácter eminentemente español. Es magnífico el aspecto de las catedrales; su esplendor y su ampulosidad se halla atemperado de solemne tristeza. Dice Ellis que el sello español se ve impreso en la arquitectura española con fuerza más completa y pujante que en ningún otro arte, aunque las ideas esenciales de esta arquitectura hayan sido importadas todas.

Nuestra obra artística de la Edad Media es lo que iMax Nordau llamaría una «Biblia de los pobres». Las representaciones pictóricas, escultóricas o aquitectónicas jugaron gran papel en la intuición religiosa de los gnorantes, que aprendían sus deberes morales y sus aspiraciones en los claustros o en las portadas de las catedrales.

Federico Leighton nos llama «raza constructora de iglesias», y agrega que sea cualquiera nuestra limitación estética, nos apoderamos con infinitamente más vigor de la idea gótica, que el que en ocasión alguna demostraron los arquitectos italianos.

Raúl de la Grasserie considera el arte gótico como el resultado de las exigencias de un cielo inclemente.

Las iglesias construidas en los primeros tiempos de la Reconquista respiran el fervor religioso y la viril sobriedad de nuestra raza. Cuando la religión no era primer motor de nuestros actos y respiramos con alguna libertad, en su recuerdo hemos prodigado exhuberantemente y sin moderación los motivos ornamentales; pero si exageramos la incontinencia decorativa es porque a ello fuimos impulsados por el vehemente deseo de dar sin tasa cuanto creíamos mejor para la exaltación de nuestra fe, en loor de quien abusamos del oro, de flamantes remates, de colosales escudos de armas.

Las rejas que en nuestras iglesias vemos, «frecuentemente de admirable diseño, de ricas y elegantes formas y primorosamente embellecidas con el color y con preciosos metales, son en absoluto originalísima creación española, y en unión de sus espléndidos retablos, imprimen a las catedrales españolas esa magnificencia de aspecto que no poseen, ni con mucho, las catedrales de otros países» (Leighton). No hay lugares donde el fervor religioso se acreciente tanto como en nuestras inspiradas catedrales, joyas arquitectónicas que infunden respeto y valor, ánimo y humillación, sinceridad al beato y fortaleza al guerrero, poesía al artista y veneración al viajero, consuelo al afligido y regocijo al que goza.

No olvidando que durante diez siglos fuimos cruzados en nuestro país natal, y nos será fácil comprender porqué el arte español fué inspirado por la religiosidad que brotó como reacción contra los infieles.

La escultura reviste las mismas caracteristicas psicológicas que la pintura, la poesía y el arte arquitectónico: sentimiento, realidad, energía, religiosidad, ternura.

Las imágenes polícromas en madera de Montañés y Alonso Cano pertenecen en general—dice Alfredo Demiani—a las creaciones del arte español, más llenas de expresión e impresionantes, aunque en el primer momento ejerzan sobre muchos observadores un efecto poco atractivo. Se negó durante algún tiempo que hubiese una escultura española; mas ya escasamente se oye tal; muy al contrario: Dieulafoy dijo que el día que se conozca mejor a España, las comparaciones que la crítica alemana ha hecho entre Esquilo y Calderón, se harán entre Praxiteles y Montañés, y en vez de recurrir a la enseñanza suprema de Grecia, se recurrirá a las escuelas de Valladolid y de Sevilla.

No está falto de aptitudes escultóricas el pueblo que ha esculpido una Venus de Elche, «el tipo supremo de la escultura ibérica primitiva» (Ellis). En sus ojos vivos, en sus labios voluptuosos, en su frente serena y severa, están cifradas toda la nobleza y autoridad, las promesas y reservas, los encantos y misterios, las ternuras y heroicidades, los amores y los odios de la mujer española.

El arqueólogo Pierre Paris, dice del busto de Elche: «Ella es más que española, es la España misma; es la Iberia, que aparece de nuevo radiante de juventud de su tumba veinte veces secular.»

La nota predominante del arte español, es que parece puesto al servicio de las doctrinas de Jesús. El Cristo de Velázquez, los cuadros de Zurbarán o Ribera, las esculturas de Montañés o Alonso Cano, la catedral de León, las comedias de Calderón de la Barca, o los libros de Fray Luis de Granada o de Luis de León, los trabajos de Arfe, los ricos bordados de las capas sacerdotales, todo tiende a un fin: a la expresión del sentimiento cristiano, a quien todo se debió.

Poco sensibles a los refinados sonidos nos conmueven más los sonidos graves y vibrantes, especie intermedia entre el ruido y el sonido, por los que somos entusiastas.

Raza grave y callada, sólo una música grave, rítmica, es propia para desarrollar una influencia estimulante y sacarnos fuera de sí. La música llamada clásica se dirige más a la inteligencia, para que ésta influya sobre los sentimientos; nuestra música se dirige directamente a los sentimientos, por eso ha de revestir caracteres más elementales, combinaciones de sonidos sencillas, y esta música, rítmica, sonora, es la que arrebata al pueblo en las danzas y a los soldados en sus marchas militares o en la guerra.

Pompeyo Gener cree que de España pueden salir grandes músicos.

El pueblo de España más artista es el andaluz, así como el más político y más ferviente defensor de la justicia es el aragonés, el más industrioso el catalán y el más valiente el castellano.

F. M. Tubino escribió sobre la filosofía del arte andaluz; dice que al lirismo en la esfera poética, corresponde el naturalismo en la plástica y pictórica; une al realismo un idealismo más acentuado y con caracteres más orientales que el arte castellano.

Heredaron los andaluces la altivez goda en la ignorancia, el concepto de la personalidad extremadamente desarrollado, el sentimiento de la independencia, y el conato de individualidad, según Tubino; del latino el instinto dominador y autocrático, la sed de lo infinito y la pasión de lo absoluto; pero estas opuestas cualidades que venían modificándose en la sociedad hispano-cristiana experimentan la nueva invasión asiático-africana que las penetra y las envuelve. Hoy el pueblo andaluz es africano, pero en lo más hondo de su alma se encuentra algo de los germanos y de los latinos.

La poesía, como la pintura y las artes plásticas andaluzas no están exentas de las dos manifestaciones que batallan en Europa: la clásica y la romántica, la conjunción asiático-occidental, lo relativo y lo absoluto siempre asociándose y armonizándose bajo un concepto superior al monoteísta. Andalucía presenta el fenómeno del realismo pictórico más extremado junto a la idealidad mística más noble y pura.

Tubino hace girar el arte andaluz en torno de este principio: la pureza del pensamiento y de la vida encarnándose en un cuerpo, o mejor todavía, la suma belleza moral exteriorizándose bajo el ritmo de una naturaleza

sensible, amorosa, transparente y entusiasta, bajo los rasgos de un ser femenino, imaginado en el cielo, aunque visto en la tierra.

En ningún arte se asocia lo moral a lo patético, el concepto individualista al cosmopolita como en el arte andaluz, ni en todos se percibe igual unidad en la expresión artística.

Compara Tubino el arte griego con el de nuestro pueblo más meridional y dice cuán idénticas son algunas manifestaciones. El arte griego y el andaluz «son verdaderas síntesis, afirmaciones enérgicas, grandes períodos de fe y de creencias», y es que «en ambas comarcas predomina un sólo ideal, una inspiración única y todo se modela en la norma de sus intereses».

En Andalucía el arte se humaniza, se acerca al hombre y acerca al hombre a su creador.

Bajo el clima andaluz ha de prevalecer el sentimiento sobre la reflexión, el arranque espontáneo del talento precoz, nunca desprovisto de poderosas facultades imaginativas sobre el producto de laborioso raciocinio.

Hasta aqui Francisco M. Tubino (Vid. *Rev. de España*, t. XXV y XXVIII.)

Eugenio Noel ve en los Cristos yacentes y crucificados de Andalucía, concreciones enormes de dolor humano y de sangre, de espinas y de azotes, y es que ningún pueblo simpatiza tanto con el dolor que representa el arte como el andaluz.

CAPITULO VII

La vida económica, industrial y comercial.

De la no aplicación del español a ciertas modalidades económicas no puede deducirse la falta de aptitud. Brooks Adams, dice que «con todas sus cualidades guerreras, los españoles parecen haber sido incapaces de alcanzar la misma rapidez de movimiento que las razas contra las que habían de luchar No salieron jamás del período imaginativo, no desarrollaron jamás el tipo económico y, en consecuencia, no centralizaron nunca, como hicieron los ingleses». En fin, según Brooks Adams, sólo es un sér fantástico, un soñador, que tuvo el imperio más grande del mundo gracias a su fantasía, porque no desarrolló ni el tipo económico, ni la ligereza de las razas con que había de luchar. Los escritores romanos alabaron muchísimo la inventiva de los españoles, y su aptitud para la industria, lo mismo que los excelentes productos ibéricos. Sobre esta época y su brillante situación económica nos dan idea las investigacio-

nes de Hurtebise, de Cabré y Aguiló, Pijoan, Rada y Delgado, Pierre Pâris, Siret, Roso de Luna, etc., y sobre su civilización, los estudios de Oliveira Martins, Fernández Guerra, Oliver Hurtado, Detlefsen, Sararlegui, Medina, Costa, etc., nos dan idea elevada.

La historia económica de la España antigua «demuestra que la Península ibérica—habla Boissonnade—tuvo en occidente un papel de primer orden en la formación de la civilización material de la antigüedad, desde la aurora de las edades neolíticas hasta la caida del imperio romano.

Casaubon alabó las buenas condiciones de los españoles, sobre todo en lo que se refiere a los contratos mercantiles con los extranjeros y el trato amable que les ofrecían.

España tuvo la primacía comercial en el mundo después del descubrimiento de América; Robertson, Campomanes y Haebler hacen tal afirmación, y no puede sospecharse menos cuando se sabe los objetos de barro y de porcelana que salían de Valencia, Murcia, Murviedro, Talavera, Málaga, Toledo, Montesa, Teruel; los vidrios y cristales de Barcelona, Cadalso, Caspe; las blanquísimas telas de lino de casi todas las villas de España; los trabajos de lana de Cartagena; los guantes de Ocaña; las labores de plata de Valladolid; las herramientas de Barbastro y Barcelona; las telas de Ecija; los finos paños de Segovia; las manufacturas de toda especie en Vitoria, Murcia, Gerona, Calatayud, etc.

Sales y Ferré no está en lo cierto cuando dice que «hemos sido discípulos de todos los pueblos; maestros de ninguno». (*Nuestro Tiempo*, rev., 1902.)

Tiene más razón Luis Morote al afirmar que maestros fuimos de italianos, de holandeses, de ingleses, de franceses, en el arte del comercio, de la industria, dela marina.

A mediados del siglo XVII la nación que fué maestra de tantas artes y a quien debió el mundo tantos inventos de guerra, «la que dió—dice Pompeyo Gener—los primeros marinos al mundo, había bajado tanto, que el que quería salir un buen navegante tenía que marcharse a otros países para aprender lo más indispensable».

No es que no hayamos aprendido jamás el tipo de vida económica, sino que hemos olvidado sus salvadores principios; este olvido causó nuestra decadencia.

Por eso Morote dice que volvamos, que volvamos a nuestros principios salvadores de economía, de ahorro, a la tierra, madre común de todas las energías. Bien dice Demolins que una sociedad puede, en rigor, vivir sin abogados, periodistas, ni funcionarios, pero no sin agricultores que le dan la primera materia de alimentación. El problema económico—dicen—es en España ante todo, y quizá sobre todo, un problema agrícola. Los campos españoles están desiertos: tuvieron sus habitantes dos caminos para conquistar el vellocino de oro: uno el del extranjero, y otro el de la ciudad; el desgobierno facilitó por el recargo de los impuestos que el

espíritu aventurero de los españoles no quedara abatido, donde amenazaba quedarse el cuerpo.

En la Asamblea de Agricultores de Barbastro, la Junta local de Clamosa puso estas palabras de Segismundo Moret en su escudo: «El labrador de hoy pasa peor la vida que los siervos de la gleba. No conoce de la civilización más que sus cargas y sus corrupciones. El Estado no llega a él sino en figura de recaudador, de sargento y de candidato, para tomarle la hacienda, los hijos y la paz.»

Quisiera los activos ingleses, los industriosos yanquis, los inteligentes alemanes en iguales condiciones que el español y en tan larga época; veríamos después si su espíritu de iniciativa, si su amor al trabajo persistían. No somos refractarios a la regulación en el gasto de las energías, es decir, al trabajo; ni Cavaglieri, ni Gorki hubieran encontrado para sus novelas entre nosotros el tipo de vagabundo, el enfermo de la voluntad; en vez de vagabundos hay notables espíritus agobiados, rendidos, segados en flor por las viejas ideas de las vetustas generaciones que nos gobiernan desde la muerte de Felipe II, por muchos conceptos comparable a Napoleón, y superior a él por ciertos otros.

El castellano, que en algunos reinados prósperos dedicó toda su actividad a las armas, encomendando a los más débiles el comercio, los negocios y la fabricación, llegó a mirar con desprecio estas ocupaciones, como demasiado serviles; y esto se concibe porque—

usando estas palabras de Spencer—«las ocupaciones despreciadas son las que por pedir relativamente poca energía física e intelectual, están al alcance de los inferiores».

La inseguridad de la vida en la agricultura, facilitada por las sequías, las continuas irrupciones de los moros y otras guerras, nos hizo pastores, y luego fortificó nuestro amor a las aventuras y al espíritu romancesco.

Alvarez Ossorio (siglo XVII) dice que no somos ociosos y vagabundos; que la falta de afición al trabajo en su época se debía a la gran catidad de riquezas que nos llegaban de América.

Llegamos, evidentemente, a dar más valor social, porque en efecto lo tenía, al militar que al agricultor o al comerciante; por eso las transacciones mercantiles nos parecían serviles, igual que el arado. ¿No teníamos el mundo entero a nuestra disposición? ¿No teníamos fuerza para dominarlo? El pueblo creía, confiaba en su valor y no arrojó la espada, aunque muriera Felipe II, para empuñar el arado; otro rey vendría ansioso de conquistas y de encaminar el esfuerzo guerrero de la nación; pero otro rey no vino; la corona pasó de Felipe II al tercer Felipe, imbécil, degenerado, impotente. España confiaba en sus reyes, ¿cómo no confiar? Los reyes católicos, Carlos V y Felipe II, hicieron cuanto una imaginación calenturienta pudiese concebir.

España esperaba un milagro, como los que había presenciado anteriormente, sin sospechar que «no hay

nada que debilite tanto la producción como la fe en el milagro. Las naciones que viven en espera de un bien providencial, yacen en las privaciones y en la miseria» (Novicow). Aquel soldado aventurero que tanta fama dió al ejército español, al terminar las grandes empresas —por terminar los grandes reyes—, no quiso dejar la espada, a la que había cobrado inmenso cariño; tuvo a mengua empuñar la esteva, cosa tan fácil y asequible a los cobardes inclusive; el Gobierno limitó los empleos, y el aventurero, so pena de morirse de hambre, discurrió agudamente, y con increíble rapidez se transformó en pícaro; el engaño le proporcionó manera de vivir, y se dedicó al engaño; entonces—dice Wadleigh Chandler—España, «la envidia de los países vecinos por sus copiosas riquezas metálicas, pasó a ser la más pobre de todas, por lo que toca a las más apremiantes necesidades de la vida ordinaria». La pobreza hizo luego lo que era de esperar; no sostuvo el organismo fisiológico debidamente; la desmoralización de la gente de arriba arrastró la de la plebe.

«Yo —escribe Agustín de Rojas —fuí cuatro años estudiante, fuí paje, fui soldado, fuí pícaro, estuve cautivo, tiré la jabeja, anduve al remo, fuí mercader, fuí caballero, fuí escribiente, y vine a ser representante.» Con estos elementos, ¿quien amaría el trabajo? Además, las campiñas eran arrasadas por el Fisco, el ocio fué la mejor ocupación y el ocio es el punto de partida para manifestaciones de energía violenta, como dice Ellis, de

la que nuestra historia posterior está llena, y esta es la razón para que el autor de *The soul of Spain* diga que siendo advertida constantemente entre salvajes, se parece el español a ellos. También dice Ellis que el español «tiene poca aptitud natural para el trabajo minucioso y sostenido», y que aún los esfuerzos más considerables del genio español no acusan esa «infinita capacidad de molestarse». Esto último creo que es cierto, pero si no demostramos ordinariamente capacidad para molestarnos, es que el detalle no es muy visible para nosotros. El mismo Quijote ostenta infinitos descuidos de detalle. Ya he dicho que, en todo, vemos el bosque, no los arboles, y sucede esto no por falta de condiciones para verlos, sino por no tener necesidad de verlos. Aptitud para la vida moderna, tiene el español cuanta tenga un extranjero. Los españoles que van al Nuevo mundo, se acomodan a la activa vida americana del trabajo y los negocios «y en modo alguno se observa que los españoles no tengan para ella tanta aptitud como los demás»—dice H. del Villar—. «Los mismos que aquí se muestran ociosos o rutinarios se hacen allí, instantáneamente, activos y emprendedores», y más todavía observamos sin grandes molestias todos cuantos visitamos las tierras americanas, que allí se ofrecen a cada instante ejemplos de que comparados un número de españoles con otro igual de ingleses, resulta imposible establecer «como regla general que todo español sea siempre inferior en disposiciones para la actividad moderna a su análogo inglés, belga o norteamericano». En España no pasa lo mismo, el trabajo tiene que ser considerado como un mal a que sólo se condenan los más miserables, y es necesario que, sin otro régimen, sea esta máxima de Séneca adoptada: *Si quem volueris esse divitem non est quod augeas divitias, sed minuas cupiditates.*

A pesar de las buenas aptitudes no es España la tierra de la desmedida afición al negocio, a la industria, al trabajo. «Si podemos afirmar que en el español hay falta de gusto para la labor organizada y constante—escribe Havellock Ellis—, hay también un gran acopio de energía, y al mismo tiempo resistencia heróica para las penalidades cuando la adquisición laboriosa de las comodidades merezca grandes fatigas», y el español no ama profundamente al trabajo, primero porque no tiene gran capital fisiológico y luego por falta de capital económico. La inteligencia, el trabajo y la buena voluntad se esterilizan en España por falta de dinero. El capital español—dice Luis André—«carece de juventud», y mejor todavía, «duerme». El capitalismo español, amenazado por la concurrencia extranjera, pide la protección de la patria y escapa a la competencia y a toda molestia. Para contrarrestar el influjo de la industria y el comercio extranjeros, el capital español se hace proteger por el Estado. Dice Buckle que el mayor enemigo de los adelantos de la Humanidad es el espíritu de protección, la idea de que la sociedad humana

no puede prosperar si la Iglesia o el Estado nos guían y amparan nuestros menores pasos en los asuntos de la vida. El Estado español es como ninguno aficionado a los monopolios y a la creación de privilegios, ignora como la filosofía económica de Adam Smith prueba que si los monopolios y los privilegios favorecen el bienestar de algunas clases, perjudican al cuerpo social en su totalidad. Uno de los más modernos y sagaces estadistad, Woodrow Wilson, dice que «el monopolio siempre va contra el progreso, siempre obstruye el avance y la prosperidad natural». Julio Senador Gómez agrega que «el Estado español no ha sabido nunca organizar ni reglamentar la percepción de un sólo tributo, como lo prueba el abuso de sus inumerables arriendos y la creación de sus infinitos monopolios». Ver el desbarajuste administrativo en tristes páginas de Lucas Mallada, los defectos del desgobierno en general y sus consecuencias sobre el pueblo, a través de Joaquín Costa, es bastante para desconsolar al más audaz y valiente, y para afirmar que España, con el actual estado de cosas, no puede entrar en la vida moderna; pero inteligencia y condiciones para entrar le sobran.

Por la inteligencta y la voluntad, España guarda grandes tesoros. Cuando la necesidad—madre de la industria—nos amenace tenaz, entraremos en la corriente del progreso que arrastra a las demás naciones.

Fouillée, al considerar la estadística creciente cada año de los nacimientos, dice que es un favorable elemento que permite «las selecciones sociales, obliga al trabajo y asegura el triunfo final a la inteligencia».

Cuando la necesidad extrema nos exija gasto de fuerzas para afirmar la vida, sabrá el mundo, si es que ya no lo sabe, que el pueblo español es el pueblo más activo; pero si hace tiempo que sus energías no las utiliza en empresas comerciales o industriales, es porque para desenvolverlas, según su propia constitución, no halla ambiente favorable y sí un gran obstáculo en la forma oligárquica de gobierno.

Tanta actividad pone el español en sus juegos como el inglés en sus labores industriales; désele objetivo a español—dice Salillas—y su actividad se empleará en grandes empresas de alto valor económico; «el pueblo español es un pueblo eminentemente activo, y no puede decirse lo contrario, porque sus actividades no sean útiles».

Macías Picavea resume la España económica con estos caracteres: pobreza, carestía, escasas ganancias, ausencia de ahorro, torpeza y barbarie técnicas; las riquezas naturales inexplotadas, tendencia al monopolio y a la usura, huída, en fin, de la población, desde las profesiones libres productoras hacia el mandarinazgo. Ya no predominan muchos de estos caracteres. Ya se nota una evolución hacia el industrialismo, estudiada con gran copia de datos por J. Hogge Fort y F. V. Dwetshauvers-Dery. No importa que ahya faltado en el pueblo español espíritu económico durante varios siglos,

porque «la sociedad española tiene, como el país, las raíces óptimas; sólo que también anda dislocada, sin encaje, pervertida por una desoladora desarmonía, y con semejante desconcertante régimen no caben frutos fecundos de bien y de progreso» (Macías Picavea). Por ejemplo, Sanz y Escartín cuenta que una familia en Londres, que por la reunión de varios salarios obtiene un ingreso de 2.000 pesetas, apenas satisface por razón de impuestos 90; y una familia en Madrid que obtuviera la misma ganancia satisfaría aproximadamente, y por virtud ante todo de los derechos de consumo, 400 pesetas. El caso de los españoles en Argelia que triunfan de la concurrencia francesa, anglo-maltesa, italiana, judía, griega y musulmana, bajo el amparo de una administración «más inteligente que la española» (Gay), demuestra nuestras aptitudes no sólo para apoderarnos de la riqueza agrícola, sino para la mayor potencia prolífica.

El ahorro, tan acentuado en el español que vive fuera de España, aquí no tiene apoyo alguno: en ciertos momentos es el obrero avaro, y en otros malgastador. No será la previsión dominio de nuestro pueblo mientras subsista imperante el régimen monárquico dinástico.

Rodbertus-Jagetzow opina que la previsión va ligada al bienestar económico; por eso las clases superiores son más previsoras; siendo así no censuremos al pueblo español por su imprevisión; su pobreza es extrema, y no sólo no le deja pensar en el porvenir, sino que tampoco en el presente.

«Nuestro obrero—dice Estorch Massegur—es más inteligente y sensible que el obrero alemán, que el inglés y que el belga. Es mucho más austero, virtuoso y civil; lo que le falta es que se le inicie en lo útil y que no se le tenga abandonado a sus agitadores, obedientes a consignas de organismos externos».

Nacen en España iniciativas, y muy buenas; pero los proyectos mejor ideados, más prácticos y más fecundos—dice la Iglesia y García—no encuentran en las clases a quienes afectan, y singularmente en las superiores, aquel calor, apoyo o concurso que los hombres inteligentes de otros países suelen prestar a todo plan noble y benéfico, siquiera a la postre pueda resultar equivocado.

Novicow dice que «la sociedad no podrá alcanzar el máximo de bienestar sino desarrollando lo más posible el espíritu de iniciativa».

Charles Wagner dijo que el capital que el hombre posee en sus aptitudes, es el fundamento del capital moneda. «Dad capital a un hombre y le dais posibilidades», y más si ese hombre tiene inteligencia, como la tiene el español, cuyos inventos, por falta de capital y de acogida en su patria, se desarrollan en otras naciones con otros nombres.

El español, no sólo no carece de aptitudes para hacer lo que otros hagan, sino que crea.

«*Trabajo* y *taller*—decía E. Benot—, y el genio brillará».

«Con alas nace el águila; pero, ¿cómo sin aire pudiera remontarse hasta las nubes?» El progreso de los pueblos es imposible sin los sueños divinos de la imaginación, y la imaginación no existe fuera de la experimentación, del trabajo, del taller; los hombres teóricos no existen para el mundo; nosotros somos poco teóricos y sí prácticos; armonizamos admirablemente la teoría y la práctica.

En la Exposición de 1900 (París) sobresalieron las industrias artísticas españolas, en las que podemos adquirir—según el barón Stock—«envidiable superioridad», por cuya razón nos aconseja que de no poder luchar victoriosamente con las naciones que, como Inglaterra y Alemania, lo industrializaron todo, nos dedique mos a las industrias artísticas.

Incidentalmente dice un economista chileno que la inferioridad de España respecto a las grandes naciones modernas, «no es, como algunos pretenden, cuestión de raza, sino sencillamente falta de una educación conveniente».

CAPITULO VIII

El español en la vida militar.

Antiguos y modernos admiraron y no disputaron sobre la no existencia de nuestras virtudes militares o guerreras. Las condiciones guerreras y la fortaleza y aptitud de los españoles fueron alabadas por el mismo Tucídides, por Diodoro Sículo, Justino, Silio Itálico, etc. Livio nos llamaba «gente fiera y belicosa», Dionisio Afro «magnánima», Tibulo «atrevida», Lucio Floro «guerreadora, noble en armas y varones fuertes», Vegecio confiesa que los españoles excedían en fortaleza a los romanos. Nuestra historia es sólo una descripción de hechos heroicos; somos héroes por naturaleza; nuestro valor, cuando es justamente reclamado, no tiene límites; el soldado español es considerado como el mejor del mundo, «tiene—dice Eliseo Reclús—el fuego del hombre del Mediodía, la fuerza del hombre del Norte y no tiene necesidad de sostenerse, como éste, con un alimento abundante». Federico el Grande de Prusia escri-

bió también que el español es orgulloso y valiente; la valentía es una de las típicas facetas de la psicología hispana; el arrojo, la fuerza bruta, el denuedo, cuando son menester, aparecen en la superficie del alma española; es verdad que fuimos en la guerra «más valientes contra los enemigos, que astutos y sagaces» (Mariana), pero la astucia y la sagacidad se entiende que no florecieran en una raza que no siente necesidad de tales manifestaciones de impotencia; los fuertes no conocen la astucia ni la sagacidad, signos certeros de inferioridad física y de forzada actividad intelectual.

El gran historiador Niebhur no acertó cuando dijo que no hemos tenido nunca un gran capitán, exceptuando el que este nombre lleva, y que hemos hecho la guerra como bandoleros. Heine llamaba a los conquistadores españoles capitanes de bandidos; tal vez no tengan todas las naciones capitanes como Cortés y Pizarro, ni guerreros como el Cid y Garci Fernández.

Lo que sí es cierto, generalmente, es que «el arte de la guerra superior no llegará a formar escuela en España y saldrán sumos *guerrilleros*, pero generales adocenados». Es la opinión de Ganivet y anteriormente de Marliani.

La resolución del español es tranquila, no precipitada ni cachazuda; su valor resistente, bien empleado, fraguó la gloria de la nación, y, mal dirigido, su infortunio. «Los españoles pueden decir con altivez—escribe Reclús—que, durante los cuatro años de lucha, los franceses no encontraron entre ellos un sólo espía.» La traición, por repulsar al amor intenso hacia la tierra natal, escasea entre nosotros.

La guerra es la fuerza más indispensable y más eficaz en la formación de los pueblos, en la formación de su carácter, costumbres, moral, instituciones, etc. «El amor a la ley—escribe Bagehot—es una virtud a que nadie llamaría hoy marcial; sin embargo, en los tiempos antiguos disciplinó a las naciones, y las naciones disciplinadas se apoderaron de ella.» La lucha de unas naciones con otras es una fuerza de capital importancia para su mejoramiento. De la guerra brotan las virtudes sociales que fraguan el bienestar en las épocas de paz. Quedan estas virtudes más o menos subyacentes en los períodos de imprevisión del Estado, que originan la desmoralización nacional; en un pueblo que vivió con ellas tantos siglos no pueden desaparecer sino accidentalmente de la regulación de sus actos. El español aconsejado por la experiencia sabe confiar en sus propias fuerzas. «El hombre absolutamente confiado en su aptitud para la obra que emprende tiene en pro casi todas las posibilidades del éxito, aunque tal confianza les parezca a los extraños arrogancia o locura»—dice Orison Swett Marden—. El «placer de potencia» desarrolla la benevolencia, inclina al altruísmo, da más energía, más salud, más deseo de vivir.

Nuestro sentimiento de la fuerza, nuestra conciencia de la energía física y de la superioridad intelectual no

irradia en ese afán de abordar todas las cuestiones, de criticar y escudriñar todo sin freno, sin restricción alguna, sino que tiende más al imperialismo, hacia el dominio de los hombres, no al de las cosas.

Conquistada Granada, el nombre de España se extendió a todo el mundo, y entonces—dice Buckle—nace en España un espíritu militar como no se conociera otro. «Toda inteligencia no dedicada al servicio de la Iglesia abraza la carrera de las armas, y en realidad estas dos profesiones persisten unidas, y se dice que los eclesiásticos siguieron combatiendo aún mucho después de haber desaparecido esta costumbre del resto de Europa.» Hemos luchado tanto, y con éxito tan asombroso, que la nación guerrera por excelencia—dicen—es España; pero el español es belicoso, mientras se ve ofendido; no acomete por sí mismo sin a ello verse obligado; falta el espíritu militar, que es el espíritu agresivo. España—dice Angel Ganivet—es por su esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar. No se conoce en España la tendencia de los Estados—como la del francés o el prusiano o el inglés—a aumentar su poder, a dominar, a anexionarse territorios vecinos y lejanos, útiles, que dura—según Luis Gumplowicz—«hasta que su fuerza baja, ya en el interior, ya en el exterior, por efecto de las circunstancias, o hasta que sean desbordados y paralizados por Estados más poderosos».

Fray Pablo de Granada (1652), preguntaba hace algunos siglos por el origen de tener España tantos enemigos; responderán—decía—los más advertidos que se origina o de la emulación que tienen a sus glorias, envidia a sus grandezas, o de temor a sus armas, y hace saber que el león de España no sacó nunca las uñas contra nadie si no fué para defenderse, que no pretendió quitar a ningún príncipe sus reinos sin estar asistido por la razón y la justicia, ni intentó dar guerra a nadie por sólo agraviarle y ofenderle. Aconseja que se lean los anales de los tiempos y se verá que nunca trató de ofender sin ser ofendido, ni de agraviar sin ser agraviado, lo cual no se puede llamar agravio ni ofensa sino justa recompensa que toma de sus injurias.

Sólo una agresión registra nuestra historia, y es la de la *Invencible*, digan lo que quieran los críticos de la historia española; nosotros sabemos quiénes somos, y podemos afirmar nuestra nobleza. El mundo dirá cuanto quiera. El español, sabe como Don Quijote, quién es. «Grande y terrible cosa—escribe Miguel de Unamuno—el que sea el héroe el único que vea su heroicidad por dentro, en sus entrañas mismas, y que los demás no lo vean sino por fuera, en sus extrañas.»

Nosotros nos reconocemos; cada español puede decir que sabe quién es y cuánto vale; por eso no hace caso de la opinión de Havellock Ellis, que afirma de nuestras cualidades especiales que encuentran sus más espléndidas oportunidades en una fase de la historia del mundo, que, por lo menos en su aspecto físico, ha des-

aparecido para siempre. Los españoles que tenemos conciencia de las aptitudes belicosas, científicas e industriales que posee nuestro genio, no pensamos que pasado el fervor épico de la Edad Media haya pasado toda esperanza de emplear el valor de la inteligencia hispana en otras manifestaciones.

Tenemos conciencia del valor para las artes de la paz como para las de la guerra, y todo español sospecha que, como quiera, nadie ha devencerle. «Unicamente queda vencido quien consiente que le venzan»—dice Swett Marden; y Unamuno, considerando la primera caída de Don Quijote, escribe: «tu grandeza estribó en no reconocer nunca tu vencimiento». Los españoles no se consideran inferiores a nadie, porque nadie les ha vencido, o al menos nadie hizo que se consideraran vencidos.

Rocroy no es un triunfo del valor francés, sino de la impericia de los últimos reyes de la Casa de Austria. Francia no venció los tercios viejos; aquellos leones, según Bossuet, aquella brava infantería fué derrotada por sus mismos reyes. Felipe III y Felipe IV rindieron el último vestigio de la España valiente, que mereció calurosos aplausos del poeta Schiller, que narra la batalla de Nordlhingen; del jurista Puffendorf, que relata la de Mulberg; de Bossuet, que recuerda con entusiasmo la de Rocroy.

Zaragoza, que pareció a Edmundo de Amicis «a propósito para luchar», y echaba de menos «una barricada, trincheras y cañones», dió algunos años más tarde uno de los más grandes hombres de la ciencia contemporánea. Ramón y Cajal no es un espíritu científico, y, sin embargo, le reconoce la ciencia como uno de sus venerados genios; Gonzalo de Córdova, a quien llaman las naciones Gran Capitán, creó el arte moderno de la guerra, y no fué militar; no le faltaron condiciones ni conocimientos para explicar teología en Salamanca. Luis de León, puesto en las circunstancias de Gonzalo de Córdova, hubiera sido un héroe y un genio de la guerra, lo mismo que Cajal un perfecto estadista. Somos lo que queremos ser; inteligencia y voluntad tenemos, y no menguadas.

El español es siempre patriota, y sería difícil distinguir si el amor a la gloria, que le llevó a tantas hazañas, fué inspirado más por la honra de la patria que por la suya. El Gran Capitán y Cajal, por el patriotismo, inventan y descubren, más que por la gloria personal; uno y otro demuestran igual valor en sus decisiones y la misma finalidad de sus trabajos; resistentes ambos y entusiastas, pero no con ese entusiasmo infantil, ingenuo, sino revestido de aparente frialdad exterior, como es el entusiasmo de las gentes viriles.

Lo mismo que es la fortaleza psicológica del español asombrosa, «sa force d'endurance phisique semble tenir du merveilleux, et l'on comprend a peine comment les *conquistadores* ont pu résister à tant de fatigues sous le redoutable climat du Nouveau Monde!» (Reclús).

Mucha rudeza hubo en los viejos iberos, pero ya en el siglo XIV no existía; el roce mutuo de naturalezas rudas, «es lo que ha hecho las naturaleza finas», dice Giddings; así se nos presenta luego tan fino, tan cortés, tan noble, al mismo tiempo que tan fuerte, tan bravo, tan audaz.

Hoy mismo, el ejército español, a pesar de sus derrotas, está dotado de virtudes militares que no se adquieren en un día (Fouillée). Menos brillante que algunos otros, quizá tiene más fondo, posee en todo caso «el verdadero soldado», el que se ha definido hombre sobrio, robusto, duro, bravo y no obstante tenaz, lleno de patriótico orgullo y exaltado por el sentimiento de su superioridad, sentimiento tan útil en la guerra. «Lástima – dice Fouillée – que el ejército español tenga tantos generales».

La postura extravagante y jactanciosa – dice Hume— que los franceses asignan al tipo español nunca fué conforme a la realidad, excepto quizá en el aventurero del siglo XVI. Lo que a los extraños parece postura jactanciosa y orgullo es la aptitud que inspiró el sentimiento del propio valor.

Pedro de Bourdeille, señor de Brantôme, dice, viéndonos pasar por Francia a Flandes: «Los hubiérais tenido por príncipes, tan arrogantemente marchaban y con tanta gracia». «Mandan los libros al diablo, excepto algunos que cuando se aplican al estudio son raros y excelentes en él; muy admirables, profundos y sutiles,

como yo he conocido muchos». Es abundante la profesión de las letras y las armas por los mismos individuos. Los guerreros castellanos de «mejillas descarnadas y las pupilas intensamente recogidas declaran sus hábitos intelectuales»—dice Ortega y Gasset. El castellano «parece más de pluma que de espada», y si la historia no nos garantizara lo que ha sido, tentados estaríamos a clasificarle entre los monjes dialécticos de la Edad Media.

Nuestra cualidad más saliente, lo mismo en las armas que en las ciencias o las letras, es el valor indisciplinado, temerario y arrogante. «España—según Pascual Santacruz—es un pueblo que parece cifrar su orgullo en luchar contra lo imposible.»

Pedro Lenét, bien documentado, dice que en Rocroy, aquella brava infantería española «hizo tan bella y extraordinaria resistencia, que en los siglos por venir parecerá imposible». Y el gran panegirista de Condé agrega que es casi inaudito que hombres a pie, sin caballería que los abrigase, hayan podido resistir a campo raso, no un ataque solo, sino tres seguidos, sin descomponerse en lo más mínimo.

Lo que caracteriza bien nuestra psicología guerrera en los pasados siglos es el castigo que D. Sancho Martínez de Leyva impuso a un tercio diciendo a su alférez: «Ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del tercio viejo».

No cree así Dauzat, que niega, no ya la belleza a

nuestras mujeres y nuestra cortesía, aunque D'Azambuja haya dicho que en punto a cortesía gana el español al francés, sino que hasta rehusa afirmar la existencia de nuestra valentía, que sólo aparece cuando se reunen ciento contra uno.

Yo aseguro a Dauzat que cien españoles contra un francés no serán valientes, porque la valentía no tendría motivo para manifestarse; pero si cien franceses fueran contra un español, entonces el español no se portaría como un cobarde. España es la patria del heroísmo; bien lo saben los franceses.

CAPITULO IX

España y la religión.

Dice bien Ganivet: «España fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.»

El cristianismo no tiene los mismos caracteres en un francés o un italiano que en un español; en nosotros es más profundo y se acompaña de signos característicos.

Antes del nacimiento de Cristo éramos cristianos; pero es dudoso que fuésemos católicos antes ni después.

Que no somos católicos y sí cristianos, lo dice Ward; apenas el 10 por 100 de los españoles asiste a los oficios religiosos. El catolicismo se reduce en España a un formalismo rutinario, nada más. Nos sugestiona lo litúrgico, pero nuestra conciencia religiosa es falsa, aunque no siempre podamos hacer tal afirmación nosotros mismos.

En la rapidez con que hicimos nuestro el cristianismo influyó nuestra naturaleza, y en la posterior intran-

sigencia, la coexistencia en nuestro suelo de credos diversos que se fortalecían mutuamente con la lucha entre sí librada.

El proselitismo acompaña al espíritu religioso español. Nuestros místicos y nuestros hombres superiores—San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Santa Teresa—, fueron tremendos proselitistas.

La Inquisición es una faceta del alma española, y otra no menos pintoresca es la pasión del martirio—dicen.

Yo no creo que el carácter inquisitorial sea una fatalidad étnica, sino un fenómeno pasajero, que tardó en abandonarnos porque muchas «formas protectoras», que diría Avenarius, facilitaron su estancia.

Si fuéramos crueles por naturaleza, diríamos que ser Torquemada es ser español; pero no es lo mismo: Torquemada era un temperamento que se complacía en el cumplimiento de su deber; puesto que en otras circunstancias favorables hubiera sido un mártir, como hubiéramos visto a los mismos que morían en la hoguera, ser tan estóicos inquisidores como lo eran mártires.

Raoul de la Grasserie estudió la intolerancia como un fenómeno social *(Rev. internac. de Sociolog.*, 1910); lo mismo la intolerancia religiosa, que la científica, que la literaria, que la intolerancia en las relaciones sociales, no son producto de una nación determinada, sino de todas las naciones en determinadas épocas.

Si el sueño del monje Campanella de una monarquía teocrática universal con el Papa a la cabeza, hubiera llegado a realizarse, la *intransigente* España no hubiera cumplido la misión de proteger el catolicismo y de imponer por la fuerza de su poder leyes al mundo católico.

El Papa se hubiera quedado sin un servidor de su monarquía utópica.

Arraigado en la conciencia de nuestro pueblo el concepto sublimado del martirio, nuestro pueblo fué mártir entre los mártires, lo mismo que dignificada la profesión de la guerra, fué guerrero entre los guerreros, y de igual manera, cuando el comercio y la industria sean honrados, será el pueblo español industrial y comercial entre los más industriosos y apegados al comercio.

No es la Inquisición que pintan Llorente y compañía, española, ni verdadera por completo. Se repite en el mundo entero la visión de la España histórica, y por eso los viajeros, al visitarnos, hacen un ajuste de los actos indiferentes nuestros a sus ideas y convierten los molinos en gigantes; así en nuestras menores manifestaciones ven el espíritu inquisitorial con su intransigencia, su intolerancia, su fanatismo.

Este carácter fanático—dice Fouillée—no proviene, de ordinario, como el del alemán o el del anglosajón, de un impulso interior místico, de un pensamiento absorto en Dios, sino que es más bien la devoción *inflexible y ciega* (?), a los actos externos de la religión, al culto y práctica religiosos.

Por eso en nuestro pueblo aparece una poderosa y brillante organización eclesiástica, jerarquías y clases en las comunidades religiosas y una afición falseada ya al culto externo, al que se le da carácter magnificente y esplendoroso, al rito y a la liturgia.

La disciplina tiene en nuestro clero más ponderación que el dogma. La fe implícita —«fe del carbonero»—si da cohesión aparente a nuestra comunidad cristiana, le quita robustez y fuerza integral, que nace sólo cuando en el dominio de la experiencia personal ejercita el individuo su espíritu y lo agranda con concepciones originales.

La creencia de que los métodos de tortura empleados por la Inquisición eran de carácter excepcionalmente cruel, se debe, como observa Lea en su estudio detalladísimo de la Inquisición española, a escritores sensacionales que se han divertido con la credulidad de sus lectores. Menéndez y Pelayo llama a la Inquisición «coco de niños y espantajo de bobos», y Unamuno—más desconocedor de nuestra historia y crédulo ante las afirmaciones de los extraños—dice que la Inquisición salió de las entrañas de la raza y de su espíritu inquisitorial.

Novicow nos recuerda que puede positivamente afirmarse que España se suicidó por la Inquisición; Pascual Rossi afirma que España tenía en su mezcla con los árabes un manantial de grandeza, pero que el fanatismo eligioso y el prejuicio étnico prevalecieron hasta el ex-

tremo de determinar la expulsión del elemento étnico distinto, que en su propio regazo llevaba, y que por eso esta nación, que parecía destinada a un gran porvenir, ha quedado una de las últimas propulsoras de la civilización y de la grandeza.

¡Cuál no será el engaño de los críticos del fanatismo español y de su intransigencia en materia religiosa! El pueblo ibero no es, como ellos dicen, intolerante, intransigente y fanático; prueba de ello es que ni siquiera tiene fe en la sanción religiosa del derecho—según escribió Costa—, «cosa por demás natural, juzgando como juzga con el criterio experimental del sentido común, y habiendo ejercido hasta el presente la religión tan escaso influjo en la vida interna del derecho»; antes por el contrario—agrega el malogrado repúblico—, «desconfía del hombre *religioso*, estimando la devoción como signo de un alma viciada, criminal o pecadora, y en estrecho comercio con el diablo, o como medio para encubrir la maldad a los ojos del mundo y acallar los escrúpulos y sugestiones de la conciencia».

En plena Edad Media—dice Edmundo González Blanco—España, o por naturaleza o por mezcla de razas, problemática esta última, fué la más tolerante de las naciones europeas. La legislación mudéjar es prueba de ello: en lugar de perseguir la religión de los moros vencidos, ordenó respetarla y les permitió tener sus mezquitas, sus jueces y que se gobernaran con arreglo a su tradición. «El pueblo español, por sí sólo, sin falsos

guías que tergiversasen su entusiasmo por todo lo bueno, no ha sido nunca intransigente.» *(La España Moderna*, 1902.)

¡Qué lejos estamos de la intransigencia! Casi puede negarse por completo; si el español alguna vez fué intransigente, otro en su lugar lo hubiera sido también.

En el español religioso hay una tolerancia extrema junto a una extrema intolerancia. El espíritu de intolerancia predominó en los últimos tiempos de la Edad Media, «pero no son estos signos definitivos ni impulsos nativos de raza»—dice Havellock Ellis—; porque fué un abuso del clero, muy inclinado, como todos los cleros del mundo, a dominar valiéndose de cualquier medio.

En tiempo de Felipe II, puede afirmarse que la Inquisición fué muy española; pero en los siguientes reinados, que llegó a su máximum, ya repugnaba a los sentimientos nobles de este pueblo.

«La comparación entre la Inquisición española y la romana, es, con mucho, muy favorable a la primera.» (Ellis).

Recuérdese lo que dice Hipólito Taine: Bajo cada español del siglo XVI, hay un cruzado que durante ocho siglos combatió encarnizadamente con los moros, teniendo por dama a la Virgen y por general a Jesucristo, y por eso es lógico que a sus ojos todo el que niega el dogma sea un traidor, y sea la guerra el estado natural del cristianismo contra el hereje o el infiel.

La política y la religión formaron un sólo espíritu: los soldados llevaban por bandera pendones cristianos y la cruz, y los religiosos luchaban confundidos con los soldados después de mezclar sus hábitos a la cota de malla. Todas las empresas que España llevó a cabo al amparo de la cruz—dice Raffaele Calzini—diríanse resumidas y glorificadas por el cuadro tizianesco conservado en el Prado, que se titula: «La religión protegida por España», (*Nuova Antologia*, 1913). *España para el altar y el trono,* tal era nuestro ideal en el siglo XVI, dice Sales y Ferré.

Por otra parte, «la tolerancia—escribe Hervé Blondel—es una virtud que no se ha creado para las religiones» *(Rev. intern. de sociolog.*, 1902), y mucho menos para la española, que costó a los hijos de España tantos esfuerzos, tantas lágrimas y tanta sangre y tantas pruebas de fe. ¿Qué hubiera hecho España sin la fe que la sostuvo y la animó para persistir en la lucha de tantos siglos?

El español no vivía para sí mismo, sino para su Dios, al que ultrajaban los enemigos. Pero «viviendo para otros hombres y otras cosas distintas de uno mismo, el individuo recibe también impulsiones nuevas y vigorosas para su vida individual y propia» (Hoffding), y también: «todo aquello en qué y por qué vive el hombre por la simpatía, es un enriquecimiento y un ensanchamiento de su personalidad». El español vivía y confiaba en su Dios porque necesitaba su ayuda; el hombre

que no puede realizar un acto pide ayuda; si es poca la de los hombres, pide fuerzas sobrenaturales y tiene fe en ellas; concentra todos sus anhelos, todos sus pensamientos en el punto para que pidió sobrenatural ayuda y vence los obstáculos porque de su parte está Dios, está la fuerza de la fe, está la seguridad del triunfo. «La enérgica concentración de sentimientos poderosos—dice W. Bagehot—permite a los hombres el atreverse a todo, el realizarlo todo.» La ilusión de la potencia es un factor dinamógeno por excelencia. «Cuando muere la ilusión debería morir también el individuo. No es posible vivir cuando la vida es la muerte; es preciso soñar eternamente. Soñar que se vive. Aspirar al ideal, aunque no pueda alcanzarse nunca.» (Antich). Sin la fe, la suma de prosperidad social se vería notablemente disminuída, dice Novicow.

España tuvo fe sincera y firme cuando de ella tuvo necesidad, por ejemplo, en los siglos que median desde Covadonga hasta la conquista granadina, y el fervor religioso que fué más allá de los muros de Granada y nos empujó fuera de España a continuar los actos hazañosos a que nos impulsaba la fuerza del pasado; de otro modo somos algo escépticos en nuestra vida vulgar religiosa, y más que escépticos, indiferentes, más que cristianos, estóicos, y más que estóicos, ascetas.

Pascual Santacruz, dice *(La España Moderna,* 1904) que en España no hubo nunca religiosidad íntima y espiritual verdadera en la colectividad, sino pasio-

nes sectarias o pasiones de mando, disfrazadas con caretas de religión. Yo creo que ciertas épocas de la historia española son sincerameate religiosas y siempre profundamente cristianas, bien haya brotado tal religiosidad como reacción contra los infieles. Hoy es verdad que la religión en España es «una rutina de la mente, una tiranía del hábito, una cuestión que afecta más a los nervios periféricos que al corazón» (P. Santacruz), y también que más que religión hay política religiosa.

La conciencia social de España «acusa más bien una *arreligiosidad* que una *antirreligiosidad*» (André).

Concepción Arenal dice que la mujer española es devota, beata, supersticiosa; el culto al rito superficial, la forma, lo son casi todo para ella, dejando muy poco lugar para el fondo, para lo profundo, para lo elevado, para lo intimo, que constituye verdaderamente la religión. El español—escribe Cejador—es apegado a sus tradiciones hasta el atraso en la civilización, «religioso por tradición»... Somos poco especuladores en materia religiosa. Suárez, más que teólogo, fué un filósofo. Se dijo—por ejemplo, Juan Zahn—que la representación de España en la ciencia era solamente teológica; es indudable que tuvo en la teología, si no doctores tan grandes como Tomás de Aquino, tampoco muy despreciables en una comparación; pero la masa general, hasta hoy que el espíritu crítico va difundiéndose desde la ciudad a la aldea, no demostró aspiración a interpretar el valor de

las creencias, y es que no tenemos verdadero sentimiento religioso.

Dice A. Faure que solamente el hombre del Norte tiene sentimiento religioso; los meridionales tenemos espíritu religioso, porque tenemos necesidad de imponer nuestra voluntad, porque el espíritu de autoridad lo crea.

La reacción religiosa en España—dice Luis André—no bucea en la tradición, vive del espíritu religioso de nuestra comunidad, alentado vigorosamente por el más firme misticismo. «La religiosidad española no está basada en el amor, sino en el temor.» Pero lo estuvo hasta el final del siglo XVII, en que ya no vemos el sentimiento religioso que obró verdaderos milagros en la reconquista nacional; sólo vemos «Inquisición y despotismo—dice Ticknor—, dominándolo e inficionándolo todo con su letal aliento»...

El fatalismo dicen que existe en nuestro pueblo como una herencia musulmana. El español es fatalista cuando, a pesar de la pasión y entusiasmo de sus actos, vé que son inútiles, y no puede impedir que un hecho se consume: su resignación no es fatalista... Modalidad del religioso español es el misticismo; el clima favorece este fenómeno de la vida religiosa.

«Apenas cristiana—dice Rousselot—, España es mística; el misticismo aparece en ella no en algunos individuos aislados, sino en la nación entera, hasta el punto de poder decirse que es un *fruto del terreno*—como afirmó Ticknor.»

La imaginación mística tiene caracteres propios y especiales, aunque esté emparentada con la imaginación difluente, sobre todo en la forma afectiva. Descansa el misticismo sobre dos modos de ser de la vida mental: el sentimiento y la imaginación, que en los místicos representa el elemento intelectual. El misticismo considera como apariencias vanas o como signos que revelan u «ocultan la realidad, los datos de los sentidos»; no se apoya en las percepciones, repudia la «razón razonadora». El místico, ni induce ni deduce, realiza una construcción de imágenes que son para él el conocimiento del mundo; su interioridad lo da todo. El fondo del misticismo—dice Ribot—es la tendencia a «encarnar lo ideal en lo sensible»; los místicos piensan simbólicamente, pero sus símbolos son representaciones que no tienen con las cosas más que relaciones indirectas y mediatas. La originalidad de la imaginación mística consiste en que «transforma las imágenes concretas en imágenes simbólicas», en que no se encierra en los límites del pensamiento religioso, pero es en las religiones donde alcanza su expansión más completa.

El misticismo en toda Europa durante la Edad Media fué «la libertad aplicada a la contemplación—dice González Blanco—, pero en España «no se abismó en la devoción estática, ni perdió el sentimiento de lo real, ni se despegó de la razón, ni del mismo razonamiento». Por esta razón me veo tentado a negar el misticismo hispano, pues misticismo no es el que se apoya en la

realidad y en todos los conocimientos científicos de la época..

Nuestro misticismo es humano, y por lo tanto, moral, a despecho de las concepciones erróneas de todo misticismo sobre el papel respectivo de las facultades, y particularmente sobre la naturaleza de la voluntad.

El misticismo español—dice Menéndez y Pelayo—no es enfermizo ni egoísta o inerte, sino viril y enérgico y robusto, hasta en la pluma de las mujeres.

En el siglo XVII todo el genio de la raza está en los conventos, pero «no es inactivo, silencioso y absorto en los grandes claustros solitarios el misticismo español; es religion batalladora, inquieta, andariega, proselitista, peregrina en largos viajes, predica en campos y ciudades, funda monasterios, reforma Ordenes, combate la herejía, mantiene perpetua batalla contra las pompas y lacerías del mundo» (Martínez Ruiz). Y Cejador añade que el misticismo español ni se evaporó en la pura abstracción del helenismo del areopagita, como el misticismo alemán de los siglos XIII y XIV, «en el que se empolló el racionalismo», ni se individualizó, apartándose de la comunidad de los fieles y de la Iglesia.

Nuestro místico es miembro de la Iglesia, somete todos sus actos a las decisiones eclesiásticas, y es ascético, trabaja por unirse al Dios personal mediante las buenas obras. «No se aparta de los demás ni se reduce a puras abstracciones». Su contemplación va mezclada con la actividad... Son caritativos los místicos españoles, extremadamente caritativos, aunque Emile Montégut (*Rev. de Deux Mondes,* 1864), afirme lo contrario. El amor y la caridad para con el prójimo fueron predicados y ejercidos por la mística española como pocas otras escuelas hicieron; «es en toda la energía de la rase—dice Rousselot—una doctrina del amor».

Otra cosa debemos al misticismo, y es lo que dice Oliveira Martins: O hespanhol encontrou no mysticismo fun fundamento para o seu heroismo, e fer do amor divi no a melhor arma para o seu braço.

CAPITULO X

La vida política.

Del pueblo español, políticamente considerado, habría mucho que decir para refutar los defectos capitales que le suponen los que consideran unilateralmente los fenómenos sociales.

Se dice que los pueblos tienen los Gobiernos que se merecen, y esto—gran verdad en ocasiones—dió motivo a los inconvenientes que respecto a la vida política nos suponen.

La lealtad y fidelidad a la corona son proverbiales: Dios y el rey sobre todas las cosas; todo lo demás es inferior a estos seres abstractos que llegaron a unificarse en cierto modo, hasta el punto de ver a través de la corona la divinidad, y tras el concepto de la divinidad la corona.

El pueblo español, que ha sido—dice Marvaud—siempre partidario del régimen monárquico, llegó a considerar sus reyes como semidioses; la literatura caballe-

resca, los relatos de los soldados que llegaban de Túnez, de Pavía, del Garellano, de Flandes, de América...; el recuerdo viviente de las hazañas maravillosas de los que lucharon contra los moros, los romances populares, todo pregonaba la fama y valentía de nuestros reyes; por eso se les consideró, andando el tiempo, con ayuda tal vez sincera de los sacerdotes cristianos, seres superiores, hombres elegidos por el cielo para el gobierno de España. Acentuada esta creencia, cuando uno tras otro los grandes monarcas desaparecían, la población hispana pudo ver que la corona existía realmente, pero que su brillo no era sostenido por hombres siquiera. Muerto el gran Felipe II, la ilusión de la grandeza de sus reyes se mantuvo en el pueblo español, y esa triste ilusión ornó la imbecilidad de los Felipes III y IV, de Carlos II, etc., que introdujo el hambre y la superstición, la falta de moralidad y la relajación de las costumbres, la muerte de todo sentimiento español; pero el pueblo siguió creyendo en la superhombría de sus monarcas... Se había estancado en las ideas que de la teología podían brotar.

Adviértase que esta creencia pertenecía a la masa inculta en general; que los regeneradores de España, espíritus rectos a quienes no sobornó la ignorancia de los de arriba ni la ceguera de los de abajo, vienen sucediéndose, con sus valientes delaciones de los males de la patria, desde la muerte del gran Felipe. El Consejo mismo de Castilla demostró muchas veces que la

conducta de los monarcas perdía el cuerpo de la nación, y algunos de sus magistrados dijeron en alta voz tan severas palabras, que hoy nos parecerían en el Congreso de los Diputados, aventuradas.

La fidelidad a los reyes fué grandísima, porque la conciencia popular advirtió cuánto importaba su valor en la guerra contra los mahometanos, y después en las conquistas exteriores; la fidelidad española estableció una especie de veneración a los reyes, la que no puso obstáculos a otra veneración igual a un castellano que supo decirles más de una verdad—el Cid—y a las leyes del reino. Era condición que imponían los aragoneses, el respeto de sus fueros; igualmente vascos y castellanos.

«Nos—decían los de Aragón al rey—, que cada uno valemos tanto como vos y que juntos podemos más que vos, os ofrecemos obediencia si mantenéis nuestros fueros y libertades, y si no, nó».

Este juramento es copia de una inspiración claramente nacional que ya contenía el Fuero juzgo: *Rex eris si recte facis, si autem non facis, non eris.* Con todo esto, dice justamente E. Tomas Buckle: «ningún cuerpo de leyes consagra la fidelidad al príncipe en tan alto grado como los Códigos españoles», tanto que es una vergüenza nacional la declaración, existente, que hace al monarca persona «sagrada e inviolable».

Viejos documentos indican que los soberanos de la España antigua reconocían a sus ciudades el derecho de

no dejarlos entrar en ellas sin el consentimiento de la municipalidad, y, con todo, vemos después en los dramas de Lope de Vega y Calderón, que expresaron el sentimiento nacional, declarar al rey «imagen de Dios», y decir luego que «si en un vasallo fiel no hay contra el poder espada, hay honor contra el poder».

Doscientos cincuenta años antes que se hablase de instituciones representativas en Inglaterra — dice Reclús — la historia nos muestra ciudades del reino de León, de Castilla y de Aragón administrándose autónomamente y transformando sus costumbres en leyes.

Es indudable que existen sentimientos promorales — diría H. Spencer — que estimulan la obediencia al gobierno; pero también lo es, como comienza a suceder en nuestro pueblo, que se encuentran cada día en mayor conflicto con los sentimientos morales que estimulan a obedecer a la propia conciencia. En España hemos tenido arraigada costumbre de acatar las leyes que eran salvaguardia de la justicia y de nuestros intereses; pero no las hemos obedecido cuando no eran tales, y eso que tenemos la creencia heredada de que el individuo es para el Estado y no el Estado para el individuo: así creían los romanos, de quienes importamos el derecho, y así creían nuestros padres.

La autoridad del Estado, aunque frente al mismo Carlos V la hemos discutido, hace ya tres siglos que no la discutimos y la acatamos, o aparentamos acatarla,

sólo porque es *autoridad*, y porque este concepto, existente en la subconciencia española, representó un día la más brillante realidad.

El Estado español en el orden social—dice Eloy Luis André—, no reconoce en el individuo una naturaleza personal y libre, con derechos, sino un súbdito más o menos libre, con deberes, y cómo «se convierte en un asilo de mendicidad profesional» (André) nuestra política ineducada y sin ideal, que trascienda de los miembros que viven de la farsa, «cultiva los elementos más peligrosos del carácter de nuestra raza, la indolencia meridional, la aversión a lo nuevo, el misoneísmo, por una parte; por otra, la tendencia a limitar la actividad espiritual al imperio de las formas, a la vida imaginativa» (Sanz Escartín). Es una gran verdad la que dijo Montesquieu: los malos legisladores son los que favorecen los vicios del clima, y los buenos son los que se oponen a ellos. «Las faltas de los gobiernos no son las faltas de las naciones—escribe Luis Morote—. Estas sufren las consecuencias, y luego son acusadas de imprevisoras o de ignorantes; aquéllos esquivan la sanción, y siguen mandando por sí mismos o por sus partidos». No son culpa de España los males que padeció, sino de sus gobiernos.

Sociedad tan dócil y tan maleable como la española es una lástima que caiga bajo la férula de los políticos de profesión. Ganivet dice que la falta de fijeza que se nota en la dirección de nuestra política general, es

sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación. Yo diría justamente lo contrario, y diría verdad.

Ward dice que si los estadistas españoles se dedicaran a descubrir el secreto del éxito de Inglaterra, podrían en el espacio de tiempo de una generación reconstruir y levantar la desvencijada España; pero nuestros políticos no pueden, aunque quieran, dedicarse a nada eficaz; el enfermo de muerte, contra su voluntad, muere; mientras del tablado de la mentira no desaparezcan los asesinos de la nación, todos los males afectarán a España, incluso el caciquismo, que no es español, sino un accidente morboso derivado de la gran enfermedad del Estado.

Triste es decir que actualmente la verdadera constitución de España es el caciquismo; dentro y fuera de nuestro territorio se reconoce y se describe para que la posteridad juzgue de los males que trajo su existencia, y que enumeran Costa, Azcárate, Posada, Macías Picavea, Sales y Ferré, Salillas, Marvaud, etc.

El ambiente político favorece el parasitismo de los ineptos, quienes no desean más que unas nociones de cultura y más o menos verbosidad para aspirar a una vida tranquila a expensas del presupuesto. Las oficinas del Estado acogen a todo el que se presenta, y en ellas descansa el sistema nervioso aún más que el muscular, y el cerebro se atrofia por desuso, igual que todo sentimiento de nobleza y toda aspiración.

Es tal el poder político de los parásitos, que los

hombres sanos de espíritu no pueden vegetar, y, o sucumben en la miseria o pierden lo último que ha de perder el hombre, la dignidad, o emigran de la patria con la esperanza de acudir en ayuda de sus paisanos, a las barricadas en las calles de las ciudades. ¡Cuántos marchan de España con ese consuelo! ¡Cuántos soñaron estos años últimos y sueñan hoy abonar los campos yermos con la sangre de los que no quisieron facilitar el riego con agua!

Pero mientras esta hora feliz llega, los buenos hijos de España que no sacrifican su honor, dicen que «vale más abandonar la patria que deshonrarla», como pensó Ganivet y piensa cada emigrante español. «Una nación que crea hijos capaces de huir lejos de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan.»

No se resigna el español a sufrir los desmanes políticos tan largo tiempo; los sufrimientos de los pueblos se acaban, y, entonces, considérese con Sanz Escartín que, «donde la razón no determina ni en poco ni en mucho la conducta, es lógico que sólo el valor estóico, sólo el sacrificio cruento y estéril, sólo el arranque supremo y desesperado aparezcan como solución adecuada a conflictos tan tristes como inevitables.

Es la política española un tumor maligno de rápido crecimiento y gran potencia de generalización, que origina un estado de depauperización e intoxicación especial que se denomina *caquexia*, y que se atribuye algo

al consumo de materiales nutritivos que realiza el tumor; pero, sobre todo, a la acción de los productos tóxicos en él originados. Este tumor será eliminado, tenemos condiciones quirúrgicas para esta operación, y se repite constantemente que la era de los *pronunciamientos* no pasó todavía... Muchas generaciones van sucumbiendo en la obra de la regeneración; Rafael Salillas dice que cada una de ellas nace con una determinada capacidad para los problemas políticos y con una determinada energía para desenvolverlos, y que al agotarse esta energía en la lucha, aunque la generación subsista sin que la dispute el poder la generación que ha de heredarla, su actividad no es otra cosa que la acción refleja de su vida anterior, acción que se manifiesta con muchos fenómenos de parálisis senil (*La España Moderna*, 1896). No importa, digo yo, que así suceda, pues si no alcanzan bien efectivo alguno para la nación, preparan el camino para alcanzarlos. El curso de las generaciones políticas nos hizo escépticos en la opinión de que haya alguna salvadora; agrega Sanz y Escartín que las nueve décimas partes de nuestros electores, votan sin tener en cuenta para nada la significación que en punto a las reformas legislativas pueda tener su representante. Ha de ocurrir así donde las leyes abundan excesivamente sin respeto a las necesidades del pueblo y a sus sentimientos.

Tenemos buenas leyes; pero ¿nos sirven? Los decretos valen más que ellas, porque, mirando el interés

de los gobernantes, por medio de los decretos se da a las leyes la significación que en cada caso convenga. Son tantas las leyes que pretenden regir la nación, que nuestro pueblo no tiene en la conciencia ninguna; afirma von Ihering que la energía y el amor con que se defienden los derechos, están en relación proporcional con los esfuerzos y trabajos que haya costado alcanzarlos.

¿Qué harán los historiadores del porvenir cuando quieran conocer la vida jurídica del pueblo español moderno? Si aceptan como fuentes de información los enormes volúmenes legislativos, «¡van a quedar enterados!»—dice en tono de burla Dorado Montero—. «Toda nuestra vida oficial, la que representan las leyes, se halla en completo divorcio con la real, con la que de hecho viven las gentes, y que, por lo tanto, la primera, el conjunto de instituciones que, según nuestras leyes, existen en España bastante perfectas, sólo existen en el papel»; son «decoraciones de teatro»—como dice Costa—nuestras abundantes leyes.

Falta en nosotros ese sentimiento legal que armó a los comuneros contra Carlos V, porque nos abruma el exceso de legislación.

No es aventurado pensar en la gran hoguera que hará el pueblo sublevado. Se rehusa todo lo posible la honra al heroísmo patriótico...; se sospecha que la imitación acentúe el proceso revolucionario; no hay país donde los héroes nacionales vivan menos en las escuelas y en el pueblo, en general, que en España; pero en

vano se hará esto en un país que por naturaleza es heroico.

Von Ihering dice que «la aptitud de un hombre o de un pueblo en presencia de un atentado cometido contra su derecho, es la piedra de toque más segura para juzgarle». Estas palabras evocarían una sentencia de muerte, a los que desean que España muera, porque hace tres siglos que perdimos la costumbre de defender nuestros derechos colectivos. Agrega Ihering que la verdadera escuela de la educación política no es, para un pueblo, el derecho público, sino el derecho privado, y que «si se quiere saber cómo una nación defenderá en un caso dado sus derechos políticos y su rango internacional, basta saber cómo el individuo defiende su derecho personal en la vida privada».

Es necesario defender el derecho privado con la valentía y la justicia que lo defiende el español, para defender el derecho público y la nación, con la tenacidad sublime que nos caracterizó siempre. Considérese—lo que es en realidad nuestro estado—un accidente morboso, de los que más inestables o más duraderos afectan a los pueblos, y no se desespere nadie viendo que no luchamos por nuestros derechos políticos. ¡Ya lucharemos! Comenzó Cataluña, y a Cataluña siguen las Provincias Vascongadas, a éstas Galicia, y seguirá luego confiada en el triunfo la brava Castilla.

Defenderemos los intereses de la colectividad porque sabemos defender los intereses personales.

Se equivoca Buckle al decir que España gozó, desde fechas muy remotas, privilegios municipales y franquicias semejantes a las que Inglaterra debe su grandeza; pero que España tuvo la forma de la libertad, mas no el espíritu, y que Inglaterra antes de la forma sintió el espíritu de libertad y por eso las conservó. Me parece más justo decir que España sintió primero el espíritu de la libertad y que luego abandonó el espíritu y se quedó con la forma, que aquél había creado.

Tenemos un pueblo político por excelencia, que es Aragón, el que, según Costa, respecto de España es lo que Inglaterra respecto de Europa: órgano de experiencia para su vida pública, iniciador de todos los grandes progresos sociales dentro de la Península en el orden del derecho civil y de la política, como en el orden económico; regulador y moderador de la actividad nacional; fuerza de resistencia contra los desbordamientos del espíritu reaccionario y contra los del espíritu progresista; fuerza de impulsión contra los desfallecimientos del país y contra la inactividad de los Poderes públicos.

Los gobiernos van cayendo, y el desgobierno siempre queda en pie, y la prosperidad del país no asoma por ninguna parte -dice el P. Graciano Martínez. «Se quitan unos hombres para ponerse otros; pero no se quitan unos principios para hacer que imperen otros principios. . Y la prosperidad de un país no sonríe más que cuando se gobierna con principios sanos y cuando son de espíritu sano los que lo gobiernan».

Pero eternamente no sucederá así; va contra la naturaleza este proceso; dice la fisiología, por intermedio del gran Metchnikoff, que, cuando sobreviene la vejez de las células, «los fagocitos devoran la células viejas que no pueden reconstruirse, y se ponen en su lugar», Este sabio describe cómo los tejidos o las células anormales se normalizan o mueren. La política española, que no quiere normalizarse, morirá, sin arrastrar a la muerte el organismo nacional, que está sano, y sabe oponer a la muerte la mayor de las resistencias.

La decadencia y la caída de los pueblos son debidas—dice Otto Ammon—al agotamiento de las clases superiores; se supone que una renovación constante de la aristocracia intelectual y social impediría el proceso de la caída de los pueblos, hasta aquí observado como obediente a determinadas leyes. Nuestra aristocracia social y mental no quiere renovarse voluntariamente, y habrá de ser renovada por esos cataclismos sociales que tienen su representación en los organismos naturales, como lo prueban los estudios de Abderhalden y de nuestro Turró.

A la decrépita aristocracia española no le importa todos los males que su obstinación acarrea; pero ya sabrá algún día que se ahorran lágrimas y sangre, y pérdida de vida a un pueblo, «con sólo pasar por la crisis de su régimen cuando le llega un momento histórico» (Morote).

Ya no cree el pueblo español que la corona da rea-

leza, ni que las formas políticas crean a los hombres que las ostentan; ya sabe el pueblo que es el individuo quien crea la corona y hace buenas las instituciones; ya maldice los malos gobiernos el gañán más ignorante; en las llanuras castellanas como en los bosques navarros, en los valles gallegos como en las huertas levantinas, entre los obreros catalanes como entre los labradores andaluces, se amenaza la existencia del viejo régimen..

Advierte Salillas que el revolucionario español ha llevado siempre un freno histórico que se contuvo en los momentos en que, sin trabas, le era permitido dar expansión a sus más vehementes aspiraciones.

Hay que notar que revoluciones no hubo en España, así que no tenemos material para formular un juicio de esa índole; sí, es verdad, las reacciones fueron más radicales que las rebeliones; pero no sólo es esto particularidad de España, sino de todas las naciones en que venzan los elementos tradicionales a los renovadores, fenómeno que sucede cuando las reformas son precoces, y por eso el elemento tradicional «es un factor tan poderoso que, vencido siempre, nunca ha sido verdaderamente derrotado. Del fondo de cada generación política ha salido armado de todas armas y ha arrojado el guante de desafío»; y venció las nuevas ideas y ocupó el vacilante trono que le concede, ya con asco, el corazón de nuestro pueblo, porque vislumbra y sospecha un mundo nuevo, más feliz y más verdadero; sin tantos reyezuelos políticos, jefes de bando, caciques; en fin, sin

la desmembración de las fuerzas nacionales en tan infinitos partidos que ensalzan banderas diferentes sin ideas sustentadoras, por lo que puede afirmarse sinceramente que no hay partidos políticos en España; el árbol viejo y el árbol joven de los partidos políticos españoles no son árboles de diferentes familias, y a poco que se busque su relación de procedencia, se les encontrará tan íntimamente emparentados que, en sus gérmenes, en su cotextura, en su diferenciación, y en todo, demostrarán una incuestionable semejanza. (Salillas.—*La España Moderna*, 1896).

Estos bandos que se forman espontáneamente para la satisfacción de los intereses de algún charlatán o de algún pillo, son consecuencia de la falta de un poder incorruptible y enérgico interesado en el cumplimiento de su deber.

Hay que dignificar la soberanía del Estado español y restringir el despotismo del Gobierno que parece encarnar el verdadero Estado.

Difícilmente el despotismo en grande produce los efectos antisociales que producen los tiranuelos despóticos. El Gobierno español, al asumir los derechos, no los deberes del Estado, sensiblemente se captó el odio popular. En la conciencia del pueblo germina há mucho tiempo la necesidad de una renovación y de la supresión de un Gobierno que reviste los poderes del Estado, anulando toda acción de éste.

España quiere ser el Estado que limite y sepa impe-

dir las extralimitaciones del gobierno, y nombrar un gobierno que vigile y regule la acción total del Estado. Entonces no será el Parlamento un «consistorio de juglares», ni él rey una sombra coronada.

La política es hoy una granujería—dice Sales y Ferré—, es menester que sea un sacerdocio; es menester que la conciencia colectiva rija los destinos públicos, y no una conciencia individual, «la conciencia del jefe del partido, el cual debe a menudo su jefatura a condiciones puramente externas; y esta conciencia, suplantándose por la violencia y el fraude a la social, monopoliza la dirección del Estado y lo ejerce necesariamente por motivos de índole privada».

Hoy es la política española todo lo mala que es posible concebir; pero no fué siempre así; buenos gobernantes, buenos estadistas, buenos políticos hemos tenido, signo seguro de que no es una fatalidad de esta pobre patria el mantener un ejército de ineptos en los a los puestos de la gobernación.

Reyes y ministros tuvimos que consideraron como su misión esencial, lo que es única verdadera, según Sismonde de Sismondi, esto es: ser representante, en la tierra, de la divina Providencia, y hacer participar a todos los ciudadanos en los goces de la vida física y de la vida moral. Con tal fin hicieron leyes.

¿Sería capaz, hoy, un ministro de dormir sobre un colchón de paja y de vestir un tosco sayal, como el humilde Cisneros? ¿Sería capaz, hoy, un rey, de no des-

cansar día y noche para lograr el bienestar de sus súbditos y de remendarse, luego, un jubón para evitar e gasto que otro nuevo ocasionaría a las riquezas nacionales, como hizo el poderoso Fernando de Aragón? No me es posible dudar de la existencia de un Cisneros y de un Fernando el Católico modernos, ni desconfiar de su interés por España, porque es la primera condición que exigen a los reyes y a los ministros los pueblos; digo mal: la primera condición que España debe exigir en honor a su pasado, es que los futuros gobernantes, los futuros reyes... o los futuros presidentes, sean españoles como lo fueron Alfonso el Sabio, Fernando III, los Reyes Católicos, Felipe II, etc.

¿Podrá conocer un extranjero a España, podrá sufrir y gozar con ella, simpatizar con ella, como un español, como un hijo de la raza ibera?

¿Habrá perdido España la noción de su personalidad? ¿Habrá olvidado que se basta y se sobra para gobernarse? ¿No tiene experiencia bastante, desgraciadamente, para saber que de una dinastía extranjera, en el trono hispano, será un milagro que salgan una Isabel de Castilla y un Fernando de Aragón?...

CAPITULO XI

La vida social.

El español, más que ninguna otra persona del mundo civilizado, es singularmente afecto a su familia, a su amigo, huésped, vecino, y las personas lejanas o invisibles que no se encuentran dentro de este círculo, no le inspiran motivo intrínseco para el afecto; esto dice Havellock Ellis.

Pocas naciones presentan la pureza de la familia, la severidad con que se castigan las faltas y el amor reinante en el hogar, como la nación española.

Aunque actualmente no pudiéramos presentar al extranjero otros valores, sería título de honor la presentación de la familia hispana, de la que tienen mucho que aprender la francesa, la inglesa, la norteamericana, etcétera. La existencia de esos pueblos se halla gravemente amenazada por la disolución de afectos filiales y paternales que lleva a los pueblos a la degeneración.

En Vizcaya—dice Unamuno—, y pudiera decirse de

toda España, la familia producto de las condiciones de su suelo presenta una vigorosa cohesión, un aspecto patriarcal; es «el prototipo de la familia cristiana», según Posse y Villelga consigna en su estudio sobre la vida social en el pueblo vasco.

Aunque Juan Zahn diga que en el matrimonio el español es señor y la mujer sierva, la verdad no es esa. La mujer en la familia española es muy considerada, y son rarísimos y muy contados los casos en que recibe malos tratos del marido; en Asturias, la opinión de la mujer tiene gran peso en el ánimo del marido—afirma Pedregal y Cañedo—; si no impera por su voluntad, puede asegurarse que tiene una parte muy principal en las resoluciones que la sociedad familiar adopta.

La comunidad doméstica aragonesa conserva algo, si bien modificado por el tiempo transcurrido, de la forma patriarcal primitiva. En el Alto Aragón constituye cada familia una verdadera asociación regida por el padre—dice Joaquín Costa—o por uno de los hermanos, o por un pariente o extraño adoptado por ella.

Gil y Carrasco dice que la vida doméstica de los pasiegos santanderinos es de lo más arreglado y sencillo, así en sus alimentos como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. «Las mujeres son muy aseadas y laboriosas.» En el pueblo maragato se observa también «gran regularidad y pureza de costumbres, el buen gobierno y armonía de las familias, el respeto sumo a las canas y otros mil elementos de tranquilidad y sosiego interior».

En fin, la familia española es un modelo de familia cristiana.

Tan acentuado está en España el sentimiento de la unión familiar, que la indisolubilidad del matrimonio es un hecho que no discuten aquí más que algunos espíritus de imitación de todas las modas extranjeras, en extremo pervertidos para ser buenos esposos y buenos padres.

De las aldeas de España son contadas las demandas de divorcio que salen. No sólo se cree que el matrimonio ha de perdurar mientras los cónyuges vivan, sino que se toman los disturbios familiares como una carga natural, y se repugna claramente el establecimiento legal del divorcio. La familia hispana tiene todavía algo de pureza, algo de sabor clásico y el gérmen de la salvación española.

Lo mismo en la antigüedad que en nuestros días el marido burlado—por más que la infidelidad conyugal es muy rara—, piensa más en su honor que en su amor.

En España todas las mujeres contribuyen eficazmente a formar el carácter serio y honrado de sus hijos, a quienes enseñan, desde los primeros años, los senderos de la virtud...

El tópico más vulgar de los que describen la vida social española es el individualismo avasallador, intran-

sigente, intolerante, irreductible de nuestro pueblo, que «parece encarnar en cada uno de sus miembros el egolatrismo de Max Stirner» (Pascual Santacruz), que «supone—dice Juan Guixé—un hiperyo obscuro, que arrolla con su egoísmo el interés de colectividad y de humanidad» y, más aún, supone también nuestro individualismo «un sentimiento de agresión contra lo que existe, por el delito de existir, y ser, por tanto, algo común al hiperyo del sujeto español».

Esta afirmación de Juan Guixé era indispensable, dado nuestro feroz sentimiento individualista; no podemos consentir que exista nada fuera del propio «yo». El superhombre de Nieztsche, es mucho más social que el español, porque sólo siente profundo desprecio hacia las masas amorfas, y nosotros sentimos, más que desprecio, ansia de destruirlas y de arrasar todo lo que existe para que no exista y tenga, por el mismo motivo, algo común con nosotros.

Unamuno también hubo de exagerar el tópico sistemático de los psicólogos del pueblo español; Unamuno dice algo más: no sólo es violento nuestro individualismo, sino que va «acompañado de escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad», y esto explica la «intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte», y más: el individualismo «impositivo» español «nos llevó al dogmatismo que nos corroe».

No es extraño que el hiperyo acarree una arrogancia excesiva, la violencia y su secuela, la lucha sangrienta y la crueldad, porque «se enlazan estrechamente a la idea exagerada de sí mismo».

De todo esto se deduce que no es posible la vida social española, porque «el exceso de individualismo hace al hombre socialmente imposible—valiéndonos de las palabras de Le Dantec—, hace de él un monstruo o un criminal que sus congéneres se ven obligados a suprimir»; como que es el factor contrario del solidarismo; éste quiere la sociedad, aquél no puede ver otra cosa que el individuo, y, modernamente el individuo, si no es sociable, está llamado a desaparecer; pero el español todavía no desapareció, y, es lo notable, tiene una historia como pocas naciones del mundo la tienen, y parece que se le notan deseos de escribir algunas páginas más.

El concepto del individualismo ibero ya no se discute; se discuten las causas que lo producen, pero se da por cierta su existencia.

Celtas, afrosemitas, cartagineses, romanos, teutones, francos, godos y las hordas mixtas del Islam, invadieron sucesivamente el país, y en los innumerables valles, escondidos entre agrestes montes, quedaron los residuos que fué depositando cada inundación. Nuestras particulares regiones, sin contacto, ni tensión de sus habitantes, fueron, durante muchos siglos, naturales crisoles étnicos, donde las más distintas razas formaron la compleja raza española, que lleva el sello de la indi

vidualidad, comunicado por los diversos crisoles; así explicó Hume el individualismo español.

Havellock Ellis dice que, por nuestra preferencia *clanesca* a los grupos sociales pequeños constituímos favorable semillero a las ideas anarquistas..., etc., y así todos inventan derivaciones lógicas, es cierto, de un individualismo ciego.

Nosotros no creemos, no podemos creer tales exageraciones; no dice la historia española patrañas tan inverosímiles, y el español a quien conocemos habitante de su patria y de países extranjeros, está muy lejos de merecer un defecto, capaz por sí solo de ahogar las iniciativas defensivas y ofensivas más indispensables.

Leemos en la historia que cuando la desgracia tocó a nuestras puertas, unimos pensamientos, sentimientos y actos vertiginosamente, y formamos un alma única y un cuerpo gigantesco, un solo corazón y un solo brazo, obedientes a un impulso común.

Tuvo el español, como hoy el inglés o el norteamericano, sentimiento de su valor después de acabar las guerras con los moros, cuando salió de la Península y vió en sus campañas muchos vencidos y humillados a sus pies, cuando el mundo, desde el Occidente asiático hasta la América entera, acataba y reverenciaba el nombre español y juraba lealtad a los reyes de España y se convertía al cristianismo , que se le imponía junto con la soberanía española.

El español es un hombre y no puede a menudo se-

pararse de lo que tiene de hombre; se creyó grande porque le creyeron grande; en América le tomaban por un Dios, y en Europa por un sér omnipotente, invencible; con estos elementos se creyó un sér aparte, especial y personalmente escogido por Dios; sobre esto dice muy bien Unamuno que «en la historia de los que llamamos genios o grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una u otra obra».

Del individualismo ibérico se derivan su tenacidad y su heroísmo, proverbiales en el mundo entero; muchas de nuestras grandes valentías fueron inspiradas y sostenidas por la conciencia de la superioridad frente al extranjero, no frente a nuestros mismos hermanos.

P. Félix Thomas, dice que donde la inteligencia falta no puede nacer el amor propio. «Por eso no lo encontramos en los espíritus completamente limitados... Si se nos dice de un hombre o de un niño que tiene amor propio, instintivamente somos llevados a tener confianza en él». ¿No es una afirmación justa, práctica y teóricamente demostrada la del pedagogo P. F. Thomas?

Arndt también dice que «el español tiene la mayor tendencia a la individualidad, tendencia en la que tiene algo de parecido con el alemán, pero en que le supera todavía siguiendo aquella aspiración con mayor firmeza», porque a su individualidad une su personalidad básica, de donde nació, «no para colocarse frente al grupo

social en que vive, sino para dominarse a sí mismo; esa es la individualidad española: hombre incontrastablemente superior no consiente en anularse en una sociedad, ni en ser un carnero de Panurgo, porque él *es*; no se pierde en la sociedad, aunque lo crean perdido, ni se aleja de ella, porque se *sienta* uno. «Que se le quite todo al español—dijo el poeta germánico—, siempre quedará dueño de su voluntad.»

Es verdad que ni España, ni la sociedad española, están en la conciencia de todos los ciudadanos, que no a todos despierta el nombre de España un amplio sentido patriótico, y que, a menudo, no sentimos la necesidad de definir la conciencia de la raza, de ver nuestra existencia completa a través del pasado; pero no es cierto que sea una fatalidad racial la eterna falta de cohesión en la sociedad española. Es algo pronunciado nuestro individualismo, mas no por eso rechazamos la asociación, ya que, siendo asociados, seguimos siendo nosotros mismos.

En el español existe mesurado espíritu social, pero se impide su efectividad.

Adolfo Buylla, en una memoria que publicaron los *Anales del Instituto Internacional de Sociología* (1910), manifiesta que España y los españoles no forman una excepción, equivalente a una monstruosidad, en el «solidarismo». En España existe un espíritu de solidaridad, tan desinteresado como en cualquier otro país culto pueda existir; por doquiera aparecen restos de antiguo

comunismo, en la familia, en el pueblo, en la nación; diariamente vemos ejemplos de pura solidaridad en los obreros del campo y de la ciudad, en las instituciones de beneficencia pública y privada.

En 1770 el Consejo de Castilla registraba 25.927 Cofradías o Hermandades que, aun teniendo como fin principal la beneficencia revestidas con un carácter civil y religioso a la vez, atestiguan que el pueblo español—uno de los mejores del mundo según lord Holland—no carece de solidaridad y de condiciones para el moderno sindicalismo. Los sindicatos agrícolas van tomando incremento loable en Navarra, Valladolid, Guipúzcoa, Alava, Avila, Barcelona, Burgos, Galicia, Salamanca, Valencia, Zaragoza, etc. «Los progresos realizados en estos últimos tiempos—dice Luis Alcaraz—muestran que el movimiento cooperativo se encuentra en España en un período de verdadero desenvolvimiento que, lejos de detenerse, se intensifica más y más a medida que es posible apreciar las ventajas que obtienen las asociaciones cooperativas.»

Se conservan en nuestra tierra muchos vestigios de un antiguo régimen comunal que fueron estudiados por Azcárate, Aramburo y López Morán, en la provincia de León; por Pérez Pujol, en Salamanca, y por otros escritores en distintas provincias.

En Burgos, Córdoba, Cáceres, etc., hay pueblos en que la solidaridad social es modelo de solidaridad. Unamuno describe someramente la vida rural en Vizcaya y

encuentra un gran espíritu de cooperación rural e industrial, y, sobre todo, pesquero; para la industria de la pesca se forman Cofradías del más alto valor colectivista; lo mismo dice Pascual Soriano de la Comunidad de pescadores del Palmar, por ejemplo, en la Albufera.

Posse y Villelga ve en el pueblo vasco manifiestas tendencias a la recíproca protección expresada en la cooperación y el mutualismo. El país vasco no es rebelde a la acción asociada—continúa Posse—; las Hermandades y Cofradías son testimonio de esa tendencia; y más: se llega hasta a labrar la tierra del campesino enfermo y a otras prestaciones que hacen del pueblo vasco un gran pueblo social.

En Vizcaya—según Unamuno—la mayor parte de los pueblos sostienen sus pobres de solemnidad, pasándoles un tanto diario, o en asilos de fundación particular o pública. Llama Trueba a su patria tierra de promisión para los mendigos. Nos dice López Morán de los habitantes de León: «Apenas llaman a una puerta los pobres forasteros de la que tengan que retirarse sin haber recibido limosna. La hospitalidad está tan bien cimentada, que hay obligación, según rancia costumbre, de recoger de noche a los pobres, por turno, entre los vecinos.»

España, que según las estadísticas del movimiento social, resucita, lleva a la vida moderna un espíritu de amor al prójimo, de beneficencia, de solidaridad, que no tienen todas las naciones.

España es profundamente benéfica, gozan de veras los pudientes en la protección a los que no pueden; la caridad es muy española, demasiado española, y esto es un mal, porque como los mendigos viven, a veces, mejor que los obreros, cuando éstos hallan un obstáculo más o menos difícil de salvar con su trabajo, recurren a la caridad pública, que saben no les ha de faltar.

No niego que muchas fundaciones benéficas sean hijas del afán de exhibición; pero sí niego que el español deje de ser jamás blando de corazón, propenso en demasía a ser dominado por los lamentos del afligido, a quien con dificultad niega socorro.

Tales sentimientos no parecen propios de seres tan individualistas como nos suponen; no se equivoca Joaquín Costa al decir que España es enamorada del bien hasta la idolatría...

Cree Gómez de la Serna que vivimos en un atomismo anárquico, cuando se ha comprobado ya que es un disolvente, y faltos de hábitos cooperativos, llenando este vacío algunas asociaciones extranjeras que exportan el oro, sin interesarse por nuestro progreso. Hay, dicen otros, en España una masa neutra, neurasténica, para quien es desconocido todo esfuerzo, pues creyéndose falta de energías, por causas morales deprimentes aumenta su pesimismo y se hace *hipocondriaca*, y ve que la patria sucumbe y le duele, pero no hace nada por a curación. Entregada a deprimentes meditaciones, no considera que si la patria perece, también ella perecerá.

«Dentro de nuestra vida pública—dice E. L. André—no hay esa cohesión que hace fuertes las masas para resistir los choques de la adversidad, o gravitar tenazmente sobre el ideal que persigue.»

Todo ésto es verdad si se aplica a la sociedad española actual; pero estúdiese la causa y se verá cuán lógica es su actitud. El mismo L. André; que delató los vicios de la vida social española moderna, dice cosas interesantes sobre las causas de la atonía moral de nuestro pueblo.

«Parece que este pueblo viejo, cansado y abatido cuya estructura mental determinó en siglos pasados la floración del *misticismo teresiano* y del *pragmatismo senequista,* hoy se contenta con vivir aletargado en ignorancia y en holgura, o mendiga la ración de pan espiritual a sociedades más viriles que con su propio sudor lo amasan sin cansera.»

«La indolencia en el orden individual y el neutralismo en el social, son las formas de la pereza de la voluntad, de la resistencia a la acción.»...

G. la Iglesia y García dice también: «La masa general del país permanece por lo común inalterable e indiferente, a pesar de ser a ella a quien en primero y último término afectan de modo directo las cuestiones de interés público. No hay en España nada de eso que se llama *presión social.*»

Vicente Gay señala en nuestro orden social falta de cohesión, indocilidad, impulsividad y exceso de imagi-

nación, que «obran como factores negativos para los grandes consorcios sociales».

El pueblo español no es indócil ni indisciplinado, la indisciplina española es meramente individual, no colectiva.

En fin, todo anuncia que atravesamos una época de crisis, anormal, y que, de continuar, desaparecerá España como nación, pero ¡no continuará! las situaciones anormales tienden naturalmente a normalizarse. La muchedumbre española no obra, no ejerce presión, porque está desengañada de que mientras el cansancio de sus últimas aventuras dure no conseguirá más bienestar.

«Quien *presiente* la satisfacción del resultado no padece las angustias del esfuerzo»—dice L. André—. Quedó nuestra muchedumbre postergada, rendida, y necesita mucha energía para el esfuerzo primordial, y ésta fuerza no existía en estos últimos años. Todo el siglo XIX fué una perpetua actividad agotadora; entramos en el siglo XX cansados, y la vida social está en relación perfecta con el organismo individual; hay vida y sociabilidad si marcha bien el organismo, hay poca vida y poca cohesión social si va mal el organismo. El organismo social español va mal porque va mal el organismo de los individuos que lo componen.

La falta de colectivismo para las empresas nacionales, además de nacer de terribles desengaños, nace de la carencia de energías para el sostenimiento de un ideal colectivo, de una aspiración común que exija un gasto de fuerzas orgánicas, de las cuales carecemos por-

que el estado de la raza es el de una miseria fisiológica, reparada ya casi por completo con el descanso, con la inacción, con la pretendida *apatía congénita*.

Se pregona insistentemente que en España falta ideal colectivo y no saben que no puede, hasta ahora, existir por infinitas razones:

España se halla muy poco relacionada interiormente, las noticias que pudieran afectar a la conciencia nacional se perciben en tiempos desiguales; llegan a algunos pueblos que quieren recibirlas cuando ya fueron olvidadas en el punto de partida. España entera puede vibrar al unísono con la organización de las comunicaciones interiores.

La prensa de Berlín o de París se lee en toda Francia o en Alemania a las pocas horas de su salida de la imprenta; la de Madrid, al cabo de cuatro o cinco días si el pueblo de destino dista cuatrocientos o quinientos kilómetros.

No existe en España ideal colectivo, en fin, porque nada se haría con él, mientras la pobreza fisiológica ate a un quietismo absoluto el individuo; los ideales sociales se forman de ideales individuales; no se mueve la sociedad sin que el individuo se mueva y comunique el movimiento a la masa de que forma parte.

Hemos tenido grandes predicadores, que intentaron sacarnos, sinceramente, de la indiferencia a que nos redujo el cansancio, pero todo fué en vano; la precocidad

de sus discursos y animaciones no logró nada, ¡logrará! No existe unidad psicológica, pero ¡existirá!, porque no somos, por razones étnicas, refractarios a un ideal común.

El individualismo español es un individualismo que tiene principalmente su base originaria en la falta de conciencia social; individualista es el que estando en plena conciencia social, se resta de ella y se reconcentra en sí; nosotros no somos colectivistas porque en nuestra mente no entró el perfecto concepto de sociedad. Nuestra patria es nuestro pueblo; sólo el pueblo conocemos, y, poco avezados a la vista de extranjeros, hemos de mirarles con alguna desconfianza y recelo, aunque no con repugnancia y descortesía; pero, en general, las personas que no son del círculo de nuestra propia vida nos son indiferentes.

Ya comienzan a verse síntomas halagadores; la España, cuya personalidad no existe en la conciencia de los españoles, va haciendo reaparecer en cada uno de sus hijos, merced al dolor de su desgracia, el pasado. Para que su actuación en el mundo sea un hecho se requiere irremisiblemente una conciencia de la vida pasada, que abrirá senderos innumerables para el porvenir; sin esta conciencia el pueblo español no tendrá voluntad, ni imaginación, ni sentimientos comunes.

Podría hablarse de abulia española, si se ignorara que «el fondo real de la conciencia española es pobre, miserable».

No hay voluntad social, ni acción, sin conciencia social clara.

Dice Heriberto Spencer que «la conciencia social, no dándose cuenta clara de los resultados sociales, no engendra siempre un sentir social unánime», y esto es siempre un grave perjuicio, un obstáculo a la evolución y al adelanto progresivo. «Sin ideal — dice Sales y Ferré — se vegeta, no se vive; sin ideal, muertos los sentimientos altruistas, rotos los vínculos colectivos, el interés bastardo o el afecto ilegítimo, cuando no la osadía y procacidad, se suplantan en la vida pública a la ley, al mérito y a la justicia. Esta es nuestra situación», que es, por cierto, la peor que puede afectar a un pueblo, si descontamos la muerte.

Son horas críticas las de la España actual, horas terribles que llegadas a otro pueblo acabarían con él; mas no con el nuestro, y por eso es perdonable Sales y Ferré cuando, al describir las horas críticas por que la Patria atraviesa, deduce que, como nación, está en sus postrimerías, si es que no ha muerto.

El pesimismo que frente al estado lastimoso de la actual España conserva Sales y Ferré no se explica de otro modo que por el desconocimiento de la vida de la nación española. Los pueblos, dice Gustavo Le Bon, son más que por los vivos conducidos por los muertos; a teoría de Benjamín Kidd, sobre las eficiencias de lo futuro proyectadas en el presente, no es en el fondo tan contraria como aparentemente parece a la de Le Bon.

Escasos fueron los que no negaron aptitud en nuestro pueblo para los ideales colectivos; pero todos estudiaron solamente un cliché de la vida moderna de España; de esta España que más de una vez, con admirable unidad y comunidad de pensamientos ,y disciplinada bajo el impulso del temor a un peligro, o por la defensa de la independencia, o por la visión, deleitosa a los fuertes, de una guerra contra los infieles, formó compacta unidad, con una sola conciencia.

Los supervivientes de Villalar, sin odio ni rencor, echando al olvido ante su calidad de españoles que sus jefes habían perecido en el cadalso, arrojan a los franceses de la Navarra invadida.

Medina del Campo se dejó quemar, arrasar y saquear en sus inmensas riquezas antes de consentir que sus cañones obedecieran al feroz Ronquillo, que quería combatir a Segovia, sublevada contra algunos desaciertos de Carlos V.

En junio de 1640 registran los anales de la historia catalana la épica jornada *dels Segadors*, y en enero del mismo año los mismos segadores alzaban el somatén por la Patria.

He aquí muy bien dichas palabras de Miguel de Unamuno que contradicen su afirmación del anárquico individualismo español: «No sé si hay o no conciencia nacional, pero popular sí que la hay. El pueblo español, no la nación, se levantó en masa, sin organización central alguna, tal cual es, contra los ejércitos de Napo-

león... Se dispuso a morir colectivamente antes que lanzar a sus hijos en el camino que a los suicidios individuales lleva.»

En España, como en cualquier otro pueblo, la presencia de un enemigo común exalta el instinto de conservación social, único capaz de acallar las diferencias individuales y operar el milagro de la resurrección de la solidaridad.

Dice Ganivet que somos un pueblo experimentado y escarmentado, que, por falta de memoria, aprovecha poco y mal sus escarmientos y su experiencia. Eloy Luis André es de igual opinión: falta a nuestra muchedumbre representación mnemónica, conciencia continua, vida personal...

Esta falta es accidental; sin memoria social no hubiéramos hecho historia, ni hubiéramos contribuído al progreso. Hoy sí falta conciencia de la personalidad social en el tiempo, y por eso no vamos con las naciones más adelantadas.

Morote agrega que «la tendencia orgánica a la desintegración de todas sus partes, a la disolución nacional, subsistirá en nosotros por los siglos de los siglos, que cada raza tiene sus caracteres, su tipo, su temperamento y su destino en el mundo, y el nuestro es ese, enseñar a los pueblos cómo se defiende la independencia y cómo se descompone una gran nación»; pero agreguemos que nuestro destino es también enseñar a los pueblos cómo se recompone una nación desintegrada, disociada.

España es pequeña, mas suficiente grande para que existan grupos característicos de españoles correspondientes a las regiones en que naturalmente parece estar España dividida.

Escribe el P. Graciano Martínez que «la división de España en regiones es algo que ha hecho la misma naturaleza y que luego ha robustecido la historia, y, ante la obra de la naturaleza, no hay que guardar consideraciones de ningún género a las obras arbitarias de la política.» Esto es verdad. Se dice igualmente que el regionalismo es una modalidad del individualismo, y esto no es cierto. El regionalismo es una noble aspiración de las provincias que, sintiéndose con fuerzas para seguir, si no para contribuir, a la corriente del progreso con las demás naciones europeas, se avergüenzan del estado de España, que ya pueden representárselo claramente.

Fuera de España no hay más que españoles, y españoles que se reconocen y se aman; pero en España, ¿cómo desprestigiar deseos tan naturales? ¿Cómo ignorar la justicia con que se indignan los renacientes catalanes y vascos contra el Poder central, para quien todo es poco, que posee las riquezas de la *joven España*, y no las emplea debidamente? Cánovas ha dicho que el patriotismo desaparece de los pueblos cuando se convencen de que no son gobernados como tienen derecho a esperar. Con todo esto, el patriotismo no desaparece de España, como se creyera contemplando la soberbia actitud catalana, que, los castellanos, admiramos como

una actitud salvadora, o, más bien, como el princfpio de la obra de salvación.

España, cuando arrojó a los pueblos extraños que se disputaban su posesión, en lugar de uniformar psicológicamente a los distintos individuos—regiones—que constituían la familia nacional conservada a través de tantas tempestades políticas con esfuerzo casi milagroso, las fundió en una unidad aritmética y material, verdaderamente absurda (P. Santacruz). Marcela Cunhnighame Grahame, afirma que si los Reyes Católicos hubieran tenido y sido guiados por la idea de la unidad nacional, España ocuparía el primer puesto entre las naciones europeas.

Es un vicio, que debiera ser evitado, el negarse a reconocer que las naciones se cansan, como se cansan los individuos, y que han de descansar como éstos.

Cataluña es la primera que se halla en condiciones de volver a cansarse, porque no tuvo en la guerra motivos para agotarse tanto como Castilla, y viendo a ésta más retrasada apenas se resigna a esperarla.

Dentro de España es natural que se diferencien los tipos regionales; favorecen la diferenciación el medio ambiente, la lengua, la farsa política central y la desigualdad en la riqueza fisiológica.

El regionalismo está justificado, sobre todo por la existencia en Madrid de tan malos Gobiernos; casi pudiera justificarse el nacionalismo catalán si no fueran esenciales unas regiones a otras para que la vida total

de España fuese envidiable el día que la mentira oligárquica termine.

Francisco Cambó dijo ante el Congreso de los diputados, que no hay pueblo en el mundo que en sus características esenciales se completen como el pueblo castellano y el pueblo catalán. «Lo que en el uno son grandes omisiones, en el otro son cualidades preeminentes.» El carácter catalán, sus inquietudes, sus exaltaciones, conducirían a este pueblo a la convulsión, a la muerte; «el carácter castellano, sin un estímulo, caería en el aniquilamiento».

«La grandeza española—dice Kant—y la solemnidad del lenguaje que se encuentra hasta en la simple conversación, testifican un noble orgullo nacional.» Somos profundos patriotas; el tesón con que siempre hemos defendido la independencia demuestra que el alma de la raza nos guía en las situaciones difíciles, que el espíritu ancestral es apto para conducirnos al sacrificio en aras de la raza.

El amor a la patria es el principio del amor a la humanidad; el hombre es altruísta porque es egoísta.

Es imposible que quien no haya aprendido a amar a la nacion ame la colectidad ni ame de veras la humanidad (Guixé).

Es natural que el hombre ame siempre con predilección el *medio material* y *moral próximo*, es decir, el campanario, su región y su raza, y que consagre sola-

mente un tibio afecto, rayano a la indiferencia, al *medio ejano*—como dice Cajal.

Nota Edmundo de Amicis en nosotros la propiedad de ampliar las cosas que apreciamos, si pertenecen a nuestra patria; dice que vemos nuestras cosas «a través de un lente que dilata los contornos más allá de toda proporción», y, según él, es porque como tuvimos tanto tiempo intervención directa en la vida general de Europa, nos faltó ocasión y lugar para comparar a España con otros Estados y para juzgarnos a nosotros mismos después de la comparación.

No llegó a saber, Amicis, que tenemos conciencia del estado miserable de nuestra patria, pero que no consentimosque un extranjero hable mal de ella ni mire sin veneración, aunque nosotros lo hagamos, este Camposanto de recuerdos. Bien sabemos que España es muy pobre, y esta pobreza nos sugiere entre nosotros mismos un sentimiento pesimista, desconsolador; mas una extraña injuria a nuestra patria nos encoleriza, y, entonces, es la mejor patria del mundo, con razón o sin ella

Los españoles padecen de éste defecto patriótico; somos de aquellos «corazones inaccesibles a las tentaciones del oro, insensibles a los halagos de la ambición, intrépidos a las amenazas del poder»—son palabras del P. Feijóo—que se han dejado pervertir míseramente de la pasión nacional».

En pocas naciones concurrieron tantos elementos generadores del patriotismo como en España; ésta es la

causa de que sea un poco exclusivista, algo intransigente, muy exaltado.

Un carácter que no compagina bien con nuestro amor a la patria y nuestra indiferencia a todo lo que provenga del extranjero, es la autodenigración, el desprecio entre nosotros mismos de las cosas españolas, y el apologismo de lo extranjero, la «xenomania», que dice Juan Guixé. Pero este vicio aparece en los últimos días de la decadencia, no en España, sino en todas las naciones, existe ya en Francia, y antes que en España aparece en Italia, y mucho antes en Grecia.

Lo que dice Pasquale Rossi de Italia, puede aplicarse en gran parte a España. «No hay país en donde las glorias propias tarden tanto en ser reconocidas; aun cuando el aplauso de los extraños llega, todavía lo niegan los propios paisanos, aun lo contrastan, lo obscurecen cuanto pueden y lo calumnian.»

La soberbia española, podría negarse absolutamente; esa arrogancia, esa altivez que la produce, esas maneras aristocráticas, solemnes, que revelan nuestra dignidad, lo mismo en la conducta privada que en la vida pública, son una modalidad de nuestro temperamento, desarrollada por los triunfos históricos, y de la que no volvimos a desprendernos; nuestra soberbia no es descortés, brutal, no va acompañada de ese desprecio que siente el inglés hacia todos los que no lo son.

Consecuencia de cierta arrogante actitud es lo que llaman los franceses *morgue cartillane;* dice el marqués

de Dosfuentes que nada más exótico en el tipo español. Mal podía la tiesura castellana ser castellana, siendo la nota típica de la raza precisamente lo contrario: la llaneza. Esta llaneza, este instinto democrático es, justamente, la silueta nacional, característica de toda la Península. Verdad es que este pueblo es muy democrático; pero una democracia general difícilmente se sostiene así; adquiere rasgos aristocráticos, y por eso unos viajeros hablan del proceder aristocrático español, y otros de las virtudes democráticas; pero soberbios no lo somos más que con los soberbios, y no creo que por eso puedan decir que lo somos. Unicamente los habitantes del Ebro, considerados en masa, tienen un orgullo un poco agresivo que se aproxima a la vanidad, una altivez fría y desdeñosa.

Los que en el trato común son intratables, altivos, ardientes, feroces, desapacibles, dan motivo para creer que lo que en ellos se llama valor no es sino fiereza. Buscan en los peligros de la guerra el desahogo de su propio genio, no la defensa de la religión o la patria; al contrario, el que es como el español de índole grave, benévola, apacible, urbana, «se debe juzgar—según Feijóo—que cuanto esfuerzo muestra en la campaña es hijo legítimo de la virtud, de la fortaleza, y que, dueño de sí mismo, acomoda sus acciones al teatro y ocasión en que se halla».

Se repite hasta la saciedad que el español es cruel y

que su naturaleza es amiga de la sangre y del dolor.

La Iglesia española, aunque formidable para los embates heréticos de fuera, fué siempre mansa para los hijos de la propia casa.

España, que produjo un Torquemada, vió nacer a aquel piadoso fraile valenciano que hace seis siglos edificó el primer hospital de dementes; así dijo Ellis.

Castigamos con solemnidad y rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y, luego, sin ruido ni clamores, perdonamos al criminal condenado para satisfacer uuestros deseos misericordiosos. La crueldad española en América y en los tribunales de la Inquisición no tuvo límites—dicen—; verdaderas fieras, sedientas de sangre y de dinero, vulgarizan pueblos que, atendiendo a su propia historia, debieran callar; España no es cruel si la comparamos con Inglaterra o los Estados Unidos.

Estas palabras son de Cajal:

«Andando el tiempo, eché de ver que en punto a agresiones injustas y crueles, a deseos desapoderados de conquista y dominación, allá se van todos los pueblos.»

Eloy Luis André, dijo que en nuestra Inquisición «habrá habido extravío, pero no mala intención».

Execrar los procedimientos que Llorente y compañía nos cuentan, parécenos justo; pero maldecir la memoria de los inquisidores, no. Los inquisidores obraban según su conciencia, que no les reprobaba los hechos,

y, por eso, considerados los procedimientos inquisitoriales en aquella época, no son psicológicamente crueles, ni delitos siquiera ante la moral española.

De acuerdo con el dictado de su conciencia arrojaban los padres a sus hijos en las entrañas ígneas del Molek fenicio; y los que sacrifican miembros de su familia para aplacar las desconocidas divinidades, y los antropófagos, tampoco creen obrar mal.

Si nuestra historia registra actos de crueldad cometidos por los soldados españoles o por el pueblo sublevado, ya no se falla con tan superficial conocimiento, porque se sabe que las multitudes no conocen ciertos sentimientos, como el del agradecimiento, por ejemplo; pero poseen otros de acción más difícil, como los de altruísmo, consagración a los intereses generales y el mismo heroísmo; esto lo demostró a menudo la muchedumbre española, y también que poseemos un alma individual y un alma ancestral. En la vida cotidiana, el alma individual obra; pero en los grandes acontecimientos, en los que afectan a la existencia de España, es el alma de la raza la que nos guía.

«No fué tan tirano y cruel el proceder de los españoles con los americanos—escribe Feijóo—como pintan algunos extranjeros, cuya afectación y conato en ponderar la iniquidad de los conquistadores de aquellos países manifiesta que no rigió sus plumas la verdad, sino la emulación.»

Ni con los moros y los judíos se cometieron actos

que pudieran acreditarnos de crueles, porque siendo últimamente mirados con horror y aborrecidos, como no podía menos de suceder, ya que eran conquistadores que ocupaban una parte de nuestra Península y poseían grandes riquezas y ejercían en sus deudores ilimitada tiranía, y además el pueblo sabía que unos y otros eran enemigos encarnizados de aquella cruz que en tantas batallas y durante tantos siglos le sirvió de enseña, al paso que el clero no cesaba de predicar que toda oposición a la fe de Cristo era una ofensa hecha a Dios y era una acción aceptable y meritoria castigarla en cabeza de los infieles.

Así que exteriormente fuimos con moros y judíos algo crueles, pero no psicológicamente. Y si colectivamente hicimos algo que repugnara a nuestro natural compasivo y tierno, se repite por ilustres sociólogos que «no puede tratarse de conciencia más que en el individuo; las colectividades sociales no tienen conciencia. Todo medio les es bueno con tal de que lleve al fin». Así piensa Luis Gumplowicz.

El cruel es agresivo, y nosotros no lo somos por naturaleza, como los ingleses. Sin embargo, la bandera española dominó todos los continentes; esta contradicción la explica Ganivet diciendo que, así como otros pueblos conquistan y son agresivos cuando tienen exceso de fuerzas, «España conquista, sin fuerzas, precisamente para adquirirlas».

No tenemos espíritu conquistador; Cortés y Pizarro

fueron obligados a salir de España por la pobreza. «El único conato de agresión que tuvo España fué la idea de enviar la Invencible a Inglaterra, y esta idea no nació de España, vino de Roma y de la Iglesia»—opina Angel Ganivet.

Cortés y Pizarro no redujeron—como dice Fouillée—a los indios «teniendo a su servicio la crueldad y la astucia», sino su valor y su fortaleza de ánimo, su audacia y la conciencia de su valentía.

Cook afirma que, considerado en masa, no hay pueblo más humano que el español, cuyos sentimientos hacia sus semejantes son de benevolencia suma. En este respecto, más bien están encima que debajo de las otras naciones; y Hoskias, que los españoles demuestran buen corazón en todas las relaciones de la vida. «Son bravos, honrados y generosos»—dice Malmesbury.

De la crueldad que nos imputan, no está lejos el epíteto de criminales, con el que también *adornan* nuestra psicología.

El español no es criminal; si en este delito incurre alguna vez, se nota cómo el pueblo reprueba sinceramente la baja criminalidad. Fouillée, tal vez apoyándose en poco honrosa y menos fundamentada comparación, que se lee en novelas, viajes y narraciones de Dumas y Gautier, dice que los países más criminales son Italia, España, etc., a pesar de la defensa que de nosotros hace su paisano Voltaire: «Los españoles nunca recurrieron a crímenes vergonzosos, y los grandes de España han manifestado en todas épocas una generosa altivez que no les permitió nunca envilecerse hasta tal punto.»

No son motivo para imputarnos criminalidad los abusos del honor medioeval y el castigo que los ofendidos daban a los ofensores, y siguen dando, pues al español satisface más la justicia tomada por su mano que la hipócrita relegada a un tribunal legal, creación de los débiles e impotentes.

Hemos lavado muchas veces, con sangre, las manchas inferidas a nuestro honor. Estos actos no constituyen crímenes, porque examinada la conciencia del matador, lo mismo que la del pueblo que lamentara el suceso, no darían signo alguno de anormalidad criminosa. Mayor crimen hubiera sido la cobardía, la humillación, la deshonra, por cuyos motivos la sociedad le hubiera desterrado como un ser infecto, extrasocial. Era ley el honor, y el honor mandaba inexorablemente por intermedio de la sociedad y de la conciencia individual, modelada por su influjo.

El honor—escribe Rubió y Lluch—era una religión que tenía su santuario y su adorador en el propio individuo que creía poseerlo, y, sin salir de él, hallaba en sí mismo motivo de dudas, de desazones y de vergüenza por temor de que la opinión que de sí tenía, o la consideración que creía merecer de los demás, no era tal cual él desaba que fuese. Primero fué la sociedad quien acu-

só al deshonrado; luego fué la conciencia propia y el medio social aunados.

Dígase ahora si con estos elementos, una mancha al honor, ¿no era un llamado a la venganza, sea cual fuere que la limpiara?

Retrato fiel de estos abusos es el teatro de Lope de Vega, y sobre todo el de Calderón; compárese el teatro de nuestro ingenio nacional con el de Shakespeare, y se notará, como Rubió y Lluch, que en el de aquél, si se cometen crueldades, es siempre por extravío de nobles sentimientos; mientras que en el del trágico inglés, «al paso que abundan los crímenes hasta un grado increíble y repugnante, ejecútanse siempre en aras de las pasiones más feas e innobles, o sea para satisfacer celos bastardos, ambiciones desmedidas, venganzas implacables u odios encarnizados». Nuestro pueblo no consentiría esas escenas en el teatro, porque no las consiente en su vida social; porque cada español es un caballero, a quien los bajos instintos, en aras de bajos deseos, le son desconocidos.

Julián Juderías reivindicó a España de la leyenda formada alrededor de su historia, que, según él, no es un fruto del prejuicio individual, ni ridícula fantasía de un viajero pervertido por Víctor Hugo, Dumas o Gautier, sino producto del prejuicio colectivo, secular, transmitido de generación en generación, extraña mezcla de odio y de desprecio, recuerdo atávico de pasadas humilaciones, que nos hacen pagar con setenas los hispanó-

fobos franceses, ingleses e italianos desde el siglo XV hasta nuestros días.

Si hubiésemos sido pacíficos—continúa Juderías—, si nos hubiésemos contentado con lo que teníamos en casa, y si no hubiésemos hecho con ingleses, fraceses, alemanes y flamencos, bellísimas personas todos ellos, lo que los flamencos, alemanes, franceses e ingleses hacían con nosotros y entre sí, nadie habría formado de España tan pésimo concepto, y viviríamos hoy tranquilos, sin que en los libros se hablase de lo malos que fuimos. Pero nos empeñamos en hacer lo contrario precisamente de lo que querían nuestros enemigos, y es natural que hablen mal de nosotros, ya que ellos escribieron su historia y la nuestra.

Aunque se hable de delitos de sangre en número crecidísimo, según las estadísticas, hay que distinguir los móviles de la delincuencia.

Así como el número de homicidios en España es elevado, el número de asesinatos es muy pobre, tanto como el de las naciones menos delincuentes.

Actualmente el movimiento de la delincuencia se acentúa en las principales ciudades, como Barcelona, Valencia, Zaragoza, Sevilla, y sobre todo Madrid: «influencia, sin duda—dice Carpena—, más sociológica que geográfica». Los delitos contra la propiedad aumentan en el Norte y disminuyen en el Mediodía, y los delitos contra las personas aumentan en el Mediodía y disminuyen en el Norte. Las provincias más densas son las que dan en

España menos contingente de delitos de sangre; el Noroeste aparece casi limpio, exceptuando las grandes ciudades. En el Norte, las Provincias Vascongadas y la de Huesca, y en el Nordeste, Gerona y Barcelona, «son los oasis en donde descansa la vista.»

España peca sumamente poco contra las costumbres y contra el robo comercial y los fraudes de la bolsa. El bandolerismo se miró largo tiempo—y aún no podemos substraernos del todo a la admiración por un bandolero célebre—como una virtud. Fouillée está conforme con la opinión de que en España abundan los homicidios; Colajanni afirma que nuestra patria representa el mínimum.

No es cuerdo guiarse por ciertas estadísticas poco precisas que corren por Europa sobre el movimiento social de España. En pocos pueblos se notará un instinto criminal y una conciencia inclinada al delito tan débil como en el pueblo español.

El infanticidio alcanza en España un tanto por ciento mínimo. No está la sociedad española preparada para esta clase de delitos.

Lady Herbert, que se asombra del gran número de infanticidios que se cometen en Inglaterra, dice que en España o no se cometen o son sumamente raros.

Los nacimientos ilegítimos no merecen consignarse siquiera; en estos años últimos aumentan algo, pero repugnan grandemente a nuestro sentido moral.

Pocos pueblos de Europa tienen el hondo sentido de

una moral estricta, severa, rígida, sin permisiones circunstanciales, como el pueblo español; es posible decir que nuestra sociedad, más que por ideas racionales es guiada por preceptos morales. Novicow dice que son las ideas las que constituyen el carácter de una nación; pero las ideas que constituyen el carácter de la nación española son solamente las ideas morales.

Dice Le Bon que «las naciones más religiosas de Europa, Rusia y España, están lejos de mostrarse las más morales». Puede, Le Bon, dogmatizar así respecto a Rusia; pero si lo hace respecto de España da pruebas de desconocerla por completo, de ignorar que en España existe el sentido moral más excelente y que jamás Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, dieron, ni darán a este pueblo lecciones de moralidad, antes al contrario, tendrían mucho que aprender de nosotros y mucho que imitarnos para que su sentido moral perverso se compare en pureza al nuestro.

El cristianismo arraigó en nuestro pueblo y presentó aquí modalidades nuevas y particulares de la raza; sin hacernos católicos romanos, fuimos los mejores cristianos y lo seguimos siendo individual y socialmente. La religión de Cristo fué la creadora de todos nuestros valores morales, usos, costumbres, instituciones, conceptos acerca de los derechos y los deberes, de la libertad, del Gobierno, etc., si bien el caballero cristiano que vivía en continua guerra extendió por un lado, hasta casi separar de la doctrina cristiana, muchos de los efectos

virtuales en ella contenidos, y lo mismo hicieron por otra parte los aldeanos, los habitantes de las ciudades, los diversos tipos sociales, en fin; pero todo reposa en una moralidad severa, teológica. Höffding y Fichte critican esta moral, que se basa en un principio de autoridad; sólo una moral cuyos principios estén basados y sacados de la vida puede normar la vida de donde ha salido.

Diremos que España se asimiló el cristianismo y lo moldeó aún mejor, porque el temperamento español era cristiano antes de nacer Jesús. Séneca no conoció las doctrinas del Redentor y difícilmente se distinguiría de un padre de la Iglesia. España vivió bajo la filosofía escolástica mucho tiempo. Alfonso X hizo que el pueblo se compenetrase de ella. La masa de una nación no bebe en las fuentes de las ciencias naturales, sino en la filosofía.

Cuando la democracia haga lo que hacen los grandes filósofos, habrá llegado el reinado del positivismo que predijo Comte, y olvidará todas las patrañas de la humanidad pasada; mientras tanto, las ideas directoras de las sociedades saldrán de la filosofía, y las que pudieron guiar a la vieja España no podían salir de otra fuente que de la escolástica.

Ni somos hedonistas, ni utilitarios en materia moral; no amamos las cosas porque somos sensibles en alto grado a sus valores, ni por la utilidad que pudieran prestarnos. La actividad moral del español tiene su base

en los sentimientos de que se rodea el individuo: todo gira en torno a la dignidad, al honor; virtudes concebidas por el caballero de la Edad Media, que se impusieron a toda la sociedad española.

Dice Costa que nuestro pueblo recomienda la santidad en los fines y reprueba el maquiavelismo en los medios hasta por motivos de conveniencia, y observa que ni en el Refranero, ni en el Romancero, ni en las Gestas verdaderamente populares se encuentra una sola máxima de sabor maquiavélico.

Se hallan en el español, como en ningún otro mortal, robustecidas las virtudes del honor y la dignidad, de tal modo que los extranjeros es lo primero que notan de la psicología de nuestro pueblo; la hipernutrición de esas virtudes nos alejaron un poco de la vida moderna, que pregona con Unamuno que «deben ser un lujo permitido a los ricos tan sólo». Por ellas nos avergonzamos anteriormente de nuestra pobreza y nos vemos imposibilitados para la adquisición de riquezas por medios usuales en otros pueblos, donde el sentido de la dignidad y el honor faltan o aparecen en segundo o tercer lugar.

El recuerdo de lo que fuimos vive en nosotros y él nos impulsa a ocultar el pensar y el sentir personal «para presentar—dice E. L. André—o representar el que convenga a nuestra posición o representación social».

Aparentamos ser lo que ya no somos, porque la tradición hereditaria nos obliga a obrar así; hubo un tiem-

po en que sin necesidad de apariencias mostrábamos nuestro *valor*.

Seguimos concibiendo teológicamente los deberes; pero no corresponden estas concepciones a la práctica; parece un signo de crisis moral.

El sentimiento de la propia estima, de la dignidad, del honor, basado sobre el juicio público, que tiene la virtud de imprimir a los actos humanos elevado sentido moral, empujándolos en ocasiones hacia el heroísmo, ha cedido el puesto al mezquino y grosero afán de lucro y de goce sensual, que degradan hasta el nivel del bruto. Así piensa Sanz Escartín; pero esto sucede más en un ambiente urbano.

En las Provincias Vascas, hay poblaciones no favorecidas por la naturaleza ni por la industria, y, sin embargo, viven en la alegría y en la serenidad. No son ricas, ni instruídas, pero son honradas; su conducta se adapta admirablemente a las condiciones de su vida. En su pobreza hay toda la dignidad que el trabajo, el mutuo auxilio, la resignación serena en el sufriento, la pureza de costumbres, producen en las almas.

No me parece que sea el egoismo en nosotros tan ciego y feroz como se supone, sino que se presenta desnudo a la observación, sin capas protectoras, como en los pueblos del Norte, más egoistas, sin embargo, que nosotros.

Nuestra moral es vigorosa como nuestra resistencia física. Paul Natorp ha dicho que «el vigor moral y la

fuerza sensible de la sensación y del obrar no están en razón inversa, sino en razón directa».

La intensidad de la acción moral nos da sensaciones voluptuosas, y obramos con intensidad cuando lo hacemos; si esta ocasión no se presenta, a los débiles impulsos nos mostramos indiferentes, fríos, desapasionados; pero no crueles, porque en el español no es posible traducir la indiferencia por la crueldad.

Decimos con satisfacción que no se corrompió la sociedad española todavía, que el gran contingente popular es una masa pura. Los pueblos de cultura inferior pueden tener—dice Rossi—una firmeza y una virtud groseras, pero consistentes; mas cuando en un pueblo, por otros conceptos inferior, se infiltra la corrupción, entonces a aquel pueblo le habréis despojado de toda otra virtud que pudiera compensarle el mal de una mentalidad y de una civilización atrasada.

Escribe Cejador así: «El claro conocimiento de la justicia hace vivir continuamente al español en el mundo moral, juzgándolo todo éticamente, más que según el interés y la conveniencia, moralizando siempre en literatura y fiscalizando los actos de los demás, sobre todo de los suyos y aun de sí mismo; de aquí la gravedad en todo su proceder, hasta hacerse pesado y tardo, perdiendo la oportunidad con la indecisión». Toda la rica literatura popular española de todos los tiempos, puede reducirse a una gran colección de filosofía moral democrática.

La España actual se halla desmoralizada por falta de instrucción, no de educación. A pesar de que nuestro pueblo conserva su buen sentido ético y la firmeza y severidad de su carácter, como no tiene un ambiente en que ejercer estas virtudes, pues en su mal las actualizara, o las deja ocultas en su alma o ha de permutarlas por otras más favorables a la conservación de su existencia.

Por una degradación política al final del siglo XVII, se formó nuestro pícaro, lo mismo por la incapacidad de adaptarse al ambiente social villano de Felipe III y sucesores, que para adaptarse mejor a él. Hoy, si no es el pícaro, es su descendiente, el flamenco, el chulo, el paniaguado de los favoritos reales quien impera con orgullo en la sociedad española.

Los tiempos en que vivimos constituyen un ambiente urbano en el que las virtudes del hombre son sustituídas favorablemente por hábitos y vicios propios de las épocas y naciones en que todo freno moral falta. Aquí, si el hombre se adapta al medio, ha de despojarse de sus conceptos más queridos si no, impotente para adaptar el medio a sus valores individuales, es prontamente eliminado. Ambos extremos se ven en España: Sancho, más inclinado a la salud del cuerpo, transformado en cacique, en político o en chulo, subsiste, amoldado al ambiente social español contemporáneo; el otro, Don Quijote, en quien la vida espiritual predomina, renuncia a la vida orgánica que se le ofrece en cambio

del sacrificio de su imaginación, independencia y altas valoraciones de la vida que se le exige, y piensa, recluído en un rincón ignorado de la España genuína, como Haraldo Höffding, que «es preciso llegar hasta el completo sacrificio de la vida, si para conservarla fuera preciso perder todo lo que constituye su valor».

Y no es lo peor que no se deje entrar a Don Quijote en la vida moderna de España, sino que Sancho no entra por sí mismo en la vida moderna del mundo, porque se educa en oficinas de expedición de títulos académicos, universitarios, donde se pierde todo imperio sobre sí mismo, y se ignora que «el que no sabe dominarse está condenado a ser pronto dominado por otro»—según Le Bon.

La enseñanza latina, escolástica, esencialmente literaria, es un anacronismo que sólo Sancho protege, porque no sabe las condiciones pragmáticas del hombre moderno, ni que «la fortuna del hombre es el fruto de su carácter»—como dice Emerson.

Demuestra la experiencia que toda manifestación que parte de la actividad física del hombre—dice G. Carle—supone cierta energía moral, del mismo modo que toda energía moral supone a su vez una base de actividad física. Por eso se dice que la fuente de pura moralidad es el trabajo, y la fuente de amor al trabajo una energía moral y un carácter firme, sustentado por un organismo bien alimentado.

No entiende el español por fatalismo el inerte fata-

lismo oriental, sino aquel resultado determinado por la acción de nuestra voluntad y de la complejidad de las circunstancias. «Dios lo quiere»; «estaba de Dios que había de suceder», decimos después de lo sucedido y antes de suceder, por si acaso falla nuestro esfuerzo.

Diríase que la vida del castellano es interna; parece que no vive de las emociones del exterior; su vida es la del alma, que ni siquiera se traduce en los gestos; es siempre severo y sobrio en los movimientos innecesarios. La vida del castellano es principalmente subjetiva, pero este subjetivismo no es fantástico, abstracto, porque todo el mundo interno es considerado por nosotros como posible, como real, y en él vivimos más que en el mundo objetivo del que lo tomamos.

La vida interior predominante en una época, puede tener por causa la vida anterior predominantemente objetiva.

Los músculos del español se cansaron y han de reponerse, porque es la naturaleza quien interviene en estos fenómenos. Ahora bien; cuando el organismo está cansado, el sistema nervioso es el que primero se halla en condiciones de volver al trabajo, y funciona mientras el sistema muscular precisa todavía grandes reservas para funcionar; por eso no es de extrañar que el cerebro funcione, aunque el resto del cuerpo haya de conservar la quietud necesaria; la fantasía aparece entonces y suele extraviarse muchas veces, lo

mismo la fantasía española, que la rusa, que la inglesa.

Lucas Mallada dice que es un defecto de nuestra raza la fantasía, que junto con la pereza, la falta de patriotismo y la ignorancia, nos arruinan. Los defectos que Mallada enuncia, no tienen ni arraigo ni base sólida en nuestra vida normal. No importa que la loca fantasía, como él dice, convierta en un verdadero laberinto la administración pública, nos haga ser los mayores proyectistas y los más holgazanes de Europa, ni que debamos a ella el lujo de fiestas, romerías y ferias en que se negocia poco y nos divertimos mucho, ni la que nos induzca a reclamar un puesto de honor entre las demás naciones, aunque continúa flotando el pabellón británico en Gibraltar, la que nos haga esperar que algún día seamos redentores de ese continente que colonizan los franceses desde la Argelia y los ingleses desde el Cabo; no importa que la fantasía nos cierre los ojos y nos tape los oídos para no ver ni oir una sola verdad; no importa todo esto, porque la fantasía es una consecuencia de nuestra pobre vida fisiológica actual, porque todos los sueños que ahora tenemos serán realidades algún día; no está escrito que los españoles, que padecen el mayor cansancio, no descansen en más o menos tiempo con ayuda de la más completa quietud posible.

Ya los síntomas del bienestar se van notando, la vida interior, la concentración orgánica nos va dando

bastantes fuerzas para salir de nosotros mismos, porque el acrecentamiento de población reclama ya nuestra vuelta a la vida en ciertas regiones.

A pesar de nuestra gravedad habitual no desechamos las fiestas, para quienes siempre estamos dispuestos. Las diversiones amenizan la rigidez de nuestro carácter severo: «He aquí—dice Kant—el buen lado del español.»

Pudiera sospecharse, al ver un obrero con su familia comer a la puerta de su casa, o en algún café económico, o los animados bailes, o el paseo juvenil por las calles públicas, que el español pasa la vida en danzas; pero es preciso tener presente «que tales manifestaciones de alegría y excitación son los efectos del clima, los efectos de un sol benévolo sobre una raza de gran espíritu» (G. H. B. Ward), que son manifestaciones de una raza aborigen, primitiva, «que bajo influjo de estímulos particulares y un áspero medio ambiente, ha conseguido en todas sus fases de desenvolvimiento un grado insólito de frescura juvenil, de naturalidad salvaje» (Ellis). La «chanza»—dice Sanz Escartín—constituye el fondo de ciertos espíritus de nuestro país. «Esa ligereza superficial que de las palabras trasciende a las obras, es realmente incompatible con toda dirección formal, noble y digna de nuestras actividades». Estos espíritus abundan más en el Sur que en el centro y Norte de España; es propio de los andaluces que nacen embriagados con su ardiente sol, con sus aires abrasadores y la naturaleza alegre que los rodea. El español, en general, decimos con el poeta Arndt, «une de la manera más feliz la gravedad del Norte a la ligereza del Sur; el español es un caballero de la espada y de las flores; en su carácter se encuentra el orgullo, la bravura, el tesón, el amor a la independencia, el menosprecio de la suerte, la lealtad, la veracidad».

Chateaubriand habló de nuestras costumbres y mala índole groseramente, y lo mismo Jorge Samd, Th. Gautier, etc. Agrippa d'Aubigné menciona no sé que «gusanería española». Contradecimos estas absurdidades sin fundamento con otras palabras de Arndt:

«Si España con todo su orgullo y toda su gravedad sublime es el país de las ceremonias, jamás fué el país de la servil bajeza, ni de la vil esclavitud», y Kant apunta que en nuestra conducta privada o pública afectamos cierta *solemnidad,* pero también que tenemos conciencia de nuestra *dignidad*, y no creo yo que en un pueblo donde el sentimiento del honor y de la dignidad resalta tanto, tenga malas costumbres, perversas inclinaciones, bajezas imperdonables. Ya Justino recomienda en sumo grado la honradez española en la fiel custodia de los secretos que se le confía, diciendo ser muy frecuente en los nuestros rendir la vida en los tormentos por no revelar las noticias que han adquirido en confianza.

Pero los que no saben de España más que del reino

celestial, escriben apolgías groseras de nuestras costumbres, y dicen con el marqués de Custine que somos muy bárbaros, que nuestra filosofía práctica es la de la pereza, que pasamos la vida hablando en la plaza pública y en los caminos, acechando a los indefensos pasajeros.

Para los viajeros de los siglos XVI y XVII y aún de nuestros días, España es sumamente pintoresca y divertida; con mucha dificultad sospechan la existencia de una España heróica y culta.

Casi todos los que escriben sobre nuestra patria la desconocen, copian y las disparatadas visiones de nuestros enemigos de todos los tiempos; el mismo Alfredo Fouillée, según Menéndez y Pelayo, «respecto de España lo ignora todo, la lengua, la literatura, las costumbres».

Es corriente que hoy, lo mismo que en el siglo XVI, lo de España es lo peor; nada es pasadero. Verdad es que nos quedamos algo atrasados en estos últimos siglos; pero en el siglo XVI era España la primera nación de Europa en todo, ninguna resistía la comparación con ella, hasta era la patria de capitanes famosos y hombres de Estado, y diplomáticos hábiles—dice lord Macaulay.

Aquellos viajeros que tan mal hablaron de nuestro país, ¿de dónde venían?—pregunta Juderías—. ¿Cómo se viajaba entonces en sus tierras? ¿Qué tal estaban en punto a limpieza sus ciudades y quiénes los gobernaban para que tal asco hiciesen de lo que en España veían? El mismo, reivindicador de su patria insultada, afirma

tras largas investigaciones que los caminos, las ciudades, las costumbres y los gobiernos de los países de los caballeros que nos visitaron estaban a la misma altura que los nuestros.

Modernamente Cunninghame Graham deshizo también la visión falsa de una España extraordinariamente pintoresca: «Los españoles no son un pueblo de músicos y danzantes, ni tampoco de toreros y contrabandistas. No viven exclusivamente de cigarros y de ajos, ni consagran su existencia a bailar seguidillas... Es muy divertido y muy fácil dar una idea grotesca del genio español con exageraciones y sutilezas poco juiciosas.»

En la misma Sevilla puede verse algo más que un pueblo de toreros: un pueblo que trabaja.

Las buenas cualidades de nuestro pueblo, no pueden menos de agradar a quien las vea con sinceridad.

Lady Herbert dice que en las relaciones y en el trato la gente baja, en Inglaterra, es grosera y brutal, mientras que en España es pulida, benévola y suave.

El capitán Cook encontró en España la mayor afabilidad con que el pueblo más humano y culto puede recompensar a un extranjero, y dice que es el país más tratable y despejado del mundo cuando llega a entendérsele.

La pereza española es producto del cansancio. E. Luis André, que lo reconoce, dice que es el primer pecado capital de nuestro pueblo «aunque ocupe el último en

su catecismo religioso»; la pereza «es el denominador común emocional de los cansados y abatidos y de los desocupados y vagabundos». El español es perezoso porque está cansado y abatido, jamás fué vagabundo, ni lo es. Ortega y Gasset escribió: «Es la España actual una sociedad donde el vagabundo apenas existe.» Los que se encuentran abundantemente en España son inadaptados, espíritus indóciles «que no se dejan modelar por las imposiciones del medio»; que prefieren ser fieles a su individual destino, aunque esto les cueste renunciar al triunfo en la sociedad. «Al punto notamos la nobleza, la dignidad que hay en esa manera de enfrontarse con la vida.»

No somos perezosos. La quietud que hoy buscamos es una quietud física para tener disponible la dinámica espiritual que hemos tenido y que nos falta. Pero no siempre la hemos buscado, ni carecimos de reserva en el organismo y de fuerza en el espíritu. El reposo, la inacción que hemos anhelado, y a la cual tendimos estos años últimos, fué una necesidad que impusieron los músculos relajados en el titánico esfuerzo de tantos siglos. El organismo de nuestros padres sufrió un desgaste de tal calidad, que, de haber dado un paso más, después del de Santiago de Cuba y Cavite, no hubiera habido curación posible.

¿Que vemos el pueblo español actual, perezoso, dado a la tranquilidad y a la quietud, inclinado al reposo del cuerpo? Es que nacieron estas generaciones cansadas, agotadas por el gasto de fuerzas que hicieron sus antepasados. La pereza española es la pereza del obrero que pacientemente busca por la noche el reposo a sus músculos cansados durante el día.

Rafael Salillas afirma que pueden señalarse en España muchas formas de parasitismo, nacidas de una constitución geológica y agraria y de una constitución histórica y social; pero que no se puede decir que el pueblo español es indolente, porque contradecirían la afirmación las asombrosas actividades de su historia.

También dicen que huímos de todo lo que aparece con sello de otros países. Los extranjeros quieren que adoptemos sus usos y costumbres, su manera de ver el mundo y de pensar, su idioma; todo, en fin: que dejemos de ser españoles.

Cuenta Voltaire una anécdota que caracteriza nuestro sentimiento de superioridad frente al extranjero, según ellos: Un grande de Portugal, cuando hablaba con un grande de España, le decía a cada momento: *Su excelencia*. El castellano le respondía: *Vuestra merced*, título que se da a los que no tienen ninguno. Picado el portugués, llamó al español, desde entonces, Vuestra merced, y el español respondía con el título de Su excelencia. Incomodado el portugués le preguntó: ¿Por qué me llamáis Vuestra merced cuando yo os llamo Su excelencia, y me tratáis de Excelencia cuando os llamo Vuestra merced?—Porque me es igual daros un tí-

tulo que otro — le contestó el castellano—, con tal de que nunca seáis igual a mí.

El mismo Kant nos señala estos defectos: no aprendemos nada del extranjero; no viajamos para conocer los otros pueblos; nuestras ciencias son de un siglo atrás; somos rebeldes a toda reforma y nos orgullecemos de no tener necesidad de trabajar. Fouillée dice lo mismo: el español trata al extranjero con cortesía que oculta una gran indiferencia. «Está demasiado satisfecho de sí para tener curiosidad respecto a los demás.» El escritor argentino Manuel Ugarte observó en el español «una gran debilidad: su veneración por el pasado; una gran energía: su fidelidad al terruño, y un gran defecto: su prevención contra todo lo francés.»

Es verdad que somos algo refractarios a toda disciplina de origen extraño; y es que la conciencia del propio valer está hoy mismo subyacente en el español, e influye en él, dándole indirectamente fuerza para resistir los ofrecimientos que medianamente necesitamos.

De que sea cierto que lo extranjero nos inspire alguna desconfianza, no puede inferirse que declaramos guerra a muerte a todo lo que no lleve patente de español.

Es una tendencia justificada la de las naciones que, bastándose a sí mismas y dando lo sobrante a otras más pobres, llegan a tener conciencia de su valor y miran lo que no sea suyo con el orgullo y la altivez que mira un gran señor una turba de esclavos. Hasta hace poco

no había en el mundo, para un inglés, más que Inglaterra; hoy, un norteamericano se cree pertenecer a una raza privilegiada, sin igual en todos los tiempos. Por eso mira con desdén a sus vecinos, los países hispanoamericanos, y tiende la mirada por Europa, como nosotros por Asia, es decir, por un continente cuyos pobladores son inferiores a nosotros.

Cunninghame Graham se equivoca al suponer en el español «falta de receptividad para todas las influencias modernas». No está lejos el día en que la realidad desmienta solemnemente una afirmación tan gratuíta.

Hasta hoy no hemos sentido la necesidad de salvarnos, ni de andar, y el haber predicado, como Costa o Macías Picavea, la regeneración, la necesidad de vida nueva para no morir, es ignorar que nada hubiera hecho la España anémica, donde se necesitan muchas fuerzas; es no saber que «un poder que no brota espontáneo de la fuerza natural y efectiva de una nación, es un palo en manos de un ciego», como dice Angel Ganivet.

La voluntad es impulso *concentrado;* la voluntad racional es la suprema concentración de la potencia práctica en general, y esta concentración es la raíz de su fuerza. La concentración exige fortaleza física; el hombre débil no puede concentrarse, no tiene voluntad, ese grado del querer posterior al instinto; mucho menos tendrá voluntad racional.

Los patriotas estrellaron sus precoces intenciones

ante el régimen oligárquico que rige en España, con todos los vicios inherentes a las épocas en que la nación no actúa, no vive, sino para satisfacer el egoísmo de unos pocos, prestamente eliminados, al volver la nación a proseguir su marcha.

El marqués de Santillana vió y describió el estado de la nación española en tiempos de Don Juan II; parece que describiera la situación presente. Lo que el marqués de Dosfuentes dice hoy de España, lo dijo, con otras palabras, el de Santillana.

El régimen oligárquico actual—dice Antón del Olmet—de camarillas, de intrigas e «influencias», de zancadilla, conjura y gatuperio, para decirlo con las frases adecuadas, conlleva forzosamente la cobardía al ánimo de los buenos», y esto es el «apocamiento nacional», aparente, porque se conserva la bravura y el arriesgamiento, pero yacemos en una depresión moral que pudiera traducirse por cobardía.

Es evidente que sin la certificación de Ph. Hauser, el andaluz es indolente, carácter en que Ganivet insiste tanto, y que E. L. André lo extiende, no ya al andaluz sólo, sino al español.

Mientras en Andalucia el medio físico convida a la acción, «los habitantes—escribe José Nogales (*Alma española*, 6-XII-1903)—se amodorran en la inercia, en la quietud, en un desaliento heredado, en un desencanto sin explicación, en una total desconfianza a todo y a todos, que trae consigo el desdén hacia el colectivo esfuerzo, porque se ha perdido la fe en el esfuerzo individual».

Mejor fuera decir que se tiene conocimiento de la impotencia, de la pobreza orgánica, del agotamiento fisiológico; no ignoremos que hay jóvenes cansados de vivir por la fatiga de sus ascendientes.

No puede declararse superiores a las razas que sobresalieron tres o cuatro siglos, e inferiores a las que lo han hecho durante quince o veinte. «Las razas que conservan su puesto a vanguardia, lo hacen en las condiciones más duras» (Kidd).

La situación actual de nuestra patria es idéntica en muchos puntos a la Alemania de Juan T. Fichte, y, sin embargo, Fichte sabía que su pueblo saldría de aquel marasmo accidental, y salió, en efecto, como saldrá España cuando tenga un primer motor que dé un fuerte impulso a esta nación, que se ha olvidado de andar.

Santiago Alba Bonifaz piensa que en España, después del gran dolor con que cierra la historia del siglo XIX, no ha sentido los nervios con fuerza bastante para mostrarse loca como Francia, después de su Sedán, y háse resignado a la meditación, meditación tranquila, silenciosa, tanto que alguien ha podido confundirla con la misma muerte. «Nuestro pueblo, aturdido, agobiado por el tremendo golpe, parece que, como los niños que caen, necesita de ajena ayuda para levantarse; y alguien la desea, sin reparar siquiera qué brazos

han de incorporarla y a qué precio pagaríamos luego ese nuestro Cirineo.»

Los desastres de Cuba y de Filipinas acabaron de tal modo con las energías nacionales, que el pueblo, antes de darles fin, ya no sentía: era un inconsciente que andaba sostenido por la voluntad de muy pocos. Se pregonaba la derrota de nuestra escuadra en los periódicos de Madrid, a la hora en que Madrid entero iba a los toros sin afectar sentimiento alguno, sin sonrojarse de vergüenza, sin odio a los yanquis, sin dolor por la patria.

España cayó muy profundamente; los que se levantaron antes que la masa general, suspiran sin sospechar que el descanso es quien dará fuerzas a los españoles para levantarse sin ayuda de extraños Cirineos.

Propios y extraños, más los propios, acusan a la sociedad española de cobardía moral, de atonía.

La enfermedad más grave que padece España es la atonía moral—confirma Pascual Santacruz—. No protestamos de nada, porque ya nada nos conmueve. Vivir, vivir, tendidos en el surco ardiente de nuestro feracísimo terruño, viendo con los ojos nublados por la modorra como se aleja el carro del progreso, y recibiendo sobre las espaldas doloridas por la enorme pesadumbre de las pasadas guerras, el fatigarse de las razas vencedoras.

Dice Juan Guixé: «Necesitamos fuertes mecanismos que sacudan la atonía de la raza, la cual atonía no sabemos si es constitucional o de paso»; yo creo fácil averiguarlo con solo abrir la historia española, que negará este estado como constitucional de la raza; su existencia actual es cierta, y por eso podemos justificar la triste desesperación de los buenos patriotas, porque, usando las palabras de Carlyle, «no hay síntoma más desconsolador, en una generación, que una general ceguera para la luz espiritual, y con fe únicamente en derruídos y hacinados escombros». «En el ideal nos vemos como quisiéramos ser. La cultura es la realización eterna de la Humanidad en sus ideales» (Guixé). Un ideal es el principio de toda acción, es una condensación en el presente de un bienestar futuro, es el motor de la máquina del progreso; éste motor no anima la actividad española de los últimos siglos. «El defecto español más grave es no sentir seriamente la necesidad de verse de otra manera»—agrega Juan Guixé—. Esta es la gran verdad; no hemos sentido la necesidad de cambiar de estado, no hemos podido sentirla y vivimos tristemente, o, mejor, vegetamos en un medio pobre, deprimente, asténico.

El ideal trasciende siempre a la acción, y más en el español que es resuelto, audaz, atrevido.

Dice E. L. André: «La falta de valor, el miedo, es lo que mejor acusa: arriba, la decrepitud orgánica y espiritual, y abajo, el infantilismo de la masa.» En todas las esferas de la vida española se nota «la falta de pulso la languidez de la circulación sanguínea». España padece—según Macías Picavea—de «idiocia», es decir, pa-

ralización del progreso, de la marcha evolutiva social, y todo es por falta de renovación; los que profesan ideas tradicionales son los de arriba, y, como Otto Ammon decía, «el funcionamiento de la máquina social tiene por condición que las capas sociales inferiores continúen alimentando realmente con materiales necesarios a la renovación de las clases superiores». Este proceso fué evitado, y aún lo es, en España, casi totalmente.

Entre las formas sociales más nocivas, señala Ammon «toda institución que asegura a las clases directoras tal preponderancia en la política que no consideran las masas más que con desprecio y confunden su interés de clase particular con el interés social general». Las instituciones antiguas renovadas son buenas; lo mismo se dice de los individuos antiguos renovados; pero las instituciones nueves anticuadas y los nuevos individuos que nacen viejos, son naturalmente malos. Una aristocracia es la salvación del pais; Novicow y Otto Ammon reconocieron extensamente su importancia; dice este último que cuando las clases superiores comienzan a mostrarse blandas y descuidadas en la defensa de los intereses nacionales, es siempre el síntoma de una decadencia de la nación.

Los sociólogos dicen que así como el instinto suele refugiarse en la obscura sensibilidad de las masas, la conciencia reside por su alta dignidad en las clases inteligentes. Nuestra aristocracia se caracteriza por la falta

de ideales individuales, de aspiraciones, de amor al pueblo, de sensibilidad patriótica.

En las épocas lastimosas en que las cualidades humanas se debilitan, en que falta un temor común para unificar los sentimientos, los hombres se vuelven «troglodítas», como diría Charles Wagner, y en su caverna hacen morar sus «miras limitadas y sórdidas».

Cuando una sociedad no posee una crema social bastante numerosa—dijo Novicow—, estad seguros de que su vida no será ni muy brillante ni muy larga. La crema social está formada por la aristocracia y por los intelectuales, es decir, por los que poseen sensorio social, y también agrega el gran sociólogo ruso que «cuando un país no tiene aristocracia rica y muy netamente diferenciada, permanece en un estado de inferioridad que le hace semejante a un aborto biológico».

Las clases empapadas de cultura que viven una vida moderna, que son jóvenes, en una palabra—dice Rossi—, el contenido de la idea que se agigantó en su conciencia se dirige al porvenir, mientras que las que viven del pensamiento de los siglos transcurridos y de las estratificaciones intelectivas pasadas, el contenido ideal se vuelve hacia el pasado. Por eso Unamuno aconseja: «Miremos más que somos padres de nuestro porvenir que no hijos de nuestro pasado.» Joaquín Costa quería cerrar con doble llave el sepulcro del Cid, para que no volviese a cabalgar; y Benjamín Kidd expuso la teoría de que los pueblos que están llamados a recoger la he-

rencia de la civilización en lo futuro, no son aquellos cuyas instituciones se amoldan a planes ideales inspirados en los intereses de los miembros existentes de la sociedad, sino aquellos otros que soportan ya sobre sus hombros la carga de los principios con que los intereses de lo futuro están identificados.

Con esto basta para señalar el origen de la falta de un sentimiento común dominante, objetivado; porque en forma latente es indudable que el pueblo español posee los que siempre distinguieron la raza.

Observando nuestro pueblo desde su punto de vista amplio, se notará que dió pruebas en su actuación histórica de grande capacidad para sostener y alimentar grandes ideales, cuando sus reyes los tuvieron; hoy no los tienen, ni tampoco existe una crema social bien definida; si existiera, no diría Unamuno que «en esta nuestra patria y patria de Don Quijote y Sancho, como es la cobardía moral la que tiene presas a las almas, y los hombres reculan ante un probable fracaso y tiemblan de haber de caer en ridículo, verbenean que es una lástima las mentiras, y escasean que da pena las visiones».

Si Ganivet fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos—porque padecimiento hay, y de difícil curación—diría que la enfermedad se designa con el nombre de *no querer*, o en términos más científicos, por la palabra griega *aboulia*.

Preguntándose Ward como España recorrerá el camino que conduce a situaciones mejores, él mismo responde: «Piense ante todo que debe ser libre, y haga que su libertad llegue a ser un hecho.»

En fin, que es la «abulia», esa enfermedad del «no querer» lo que padece España, según los críticos de nuestra situación. Dígase que esa enfermedad es la actual; pero no que el pueblo español es abúlico, porque no se conquistan mundos, ni se aprisionan emperadores y pontífices, ni se arma una «Invencible» sin voluntad social, con sofismas, y por gentes débiles de espíritu y de cuerpo.

Del pueblo ibero dijo Nietzsche que quiso mucho y muy alto, y como es uno de los pueblos más activos, sólo desconociéndolo pueden llamarle abúlico, atónico y moralmente cobarde.

Aún hoy mismo dice Marcel Lami que el pueblo español, con todos sus defectos, es el pueblo de la virilidad.

Tenemos, hoy, voluntad interna; sabemos querer, pero no podemos querer. La volición adquiere en nosotros el nombre de abstracción o de simple proceso lógico del entendimiento; vemos nuestro deber sin querer cumplirlo, porque la voluntad reclama energías, y la vida interior aparentemente plácida, tranquila, las niega, ya que no las tiene. El español sufre una debilidad volitiva, no intelectual: queremos, anhelamos, y al no poder conseguir lo que hemos anhelado o querido, pa-

rece que una parálisis por sugestión anulara nuestros miembros. La depresión moral que la impotencia causa es origen a su vez del pesimismo, de la menor fuerza muscular y mental, de la génesis de ciertas disposiciones del organismo, que al hacerse habituales perpetuan la sugestión de impotencia.

Ricardo Rojas habla en la Argentina de la crisis espiritual de España, de la vieja España, allí «tan desconocida y tan calumniada», y de las inquietudes de nuestro gran pueblo, que elabora en el silencio de su honda desventura nuevos destinos a la civilización ibérica y niega «que esté rígida y yerta, cual la estatua yacente de sus reyes en la escultura de sus tumbas góticas».

La masa popular del país está sana. Sales y Ferré obtiene de un importante estudio que las fuerzas enfermas que pierden el país son menos importantes que las fuerzas sanas. Un 49 por 100 de la población española pertenece a individuos de veinte a sesenta años; la mitad es apta para el trabajo. Por este lado tiene España una considerable riqueza.

Pero las fuerzas q salvarán a España son «el niño español y el campesino, es decir, el salvaje nativo y el salvaje en plenitud»; estas «son las dos individualidades básicas que atesoran las riquezas del genio español en reserva» (André). Otro notable escritor dice: «Hay en la nación española una reserva de energía, de fuerza inaplicada o mal aplicada» (Guixé); inaplicada, porque aún no tenemos quien la sepa aplicar; los políticos son

los que a ello están llamados, y nuestros políticos representan un tipo «ideo-verbal» repugnante. Carlyle ha dicho que ni el charlatanismo ni la impostura pueden de modo alguno dar vida a nada, sino muerte segura a todas las cosas

Mejor hablarían de España si los políticos supiesen labrar, a semejanza de los artífices bárbaros, «el bloque de mármol que constituye el pueblo español», porque «la masa de protoplasma está viva. Las razas que luchan y triunfan fuera de la metrópoli, también pueden desarrollarse y engrandecerse en su propio suelo» (Gay).

Havellock Ellis dice que si pudiéramos utilizar el tesoro intacto de energía original acopiado en el fondo de la raza, calladamente manifiesta en los pormenores de la vida diaria, se vería resuelto el problema. «Sólo tienen que educar y emplear el excelente material humano que poseen»; el pueblo español es aún sano de corazón. Algún día la voz de un profeta le mandará que coja su cama y ande; «en tal día comprobaremos que su estado espiritual no es menos desesperado que sus condiciones económicas e industriales». Ellis y Marvaud dicen que el principal obstáculo a la reconstitución de España está en las costumbres políticas, que la masa total de la población española está sana, que nuestra decadencia no puede decirse que sea una cuestión de raza.

El mismo Sergi dijo que en el fondo de nuestra raza existen grandes energías que anuncian un renacimiento;

el español en el extranjero, habitante en mejores condiciones económicas, se reproduce más intensamente.

España está sana, el pueblo está en disposición de marchar; la gente del pueblo es el secreto de la pasada grandeza de España — dice Marcela Cunningahame Graham, y, ¿quién sabe?, quizá de su grandeza futura. «No hay otra igual en Europa en punto a espíritu de libertad, a independencia, sufrimiento y nobleza nativa.»

La primera nación que obtuvo la libertad municipal—según Hoffmann—fué España.

Por otra parte, los censos del movimiento de la población demuestran que la española crece, aunque no todo lo que debiera esperarse, por el número de nacimientos; nuestra raza es de las más prolíficas de las razas civilizadas; lo que es lastimoso es el tributo enorme que da a la muerte. Es el tercer país de Europa en mortalidad (27,81). Para que nuestra población se duplicase serían necesarios ciento treinta años, según el acrecentamiento anual. La mortalidad está en relación inversa con la fertilidad de las comarcas: predomina en el Centro y en el Mediodía de España; quedan libres la faja costeña del Norte y la mediterránea. Las provincias más lluviosas son las más pobladas (Vizcaya, Barcelona, Asturias, Galicia), a la vez que las más secas y de escasas lluvias decrecen en la población relativa. La lluvia, el agua, no sólo fecunda las semillas de los cercales, sino la especie humana; con su ayuda los nacimientos ascienden; sin su ayuda disminuye la potencia generativa. Las

estadísticas señalan una disminución de nacimientos en proporción de la disminución de analfabetos, es decir, en proporción al aumento de cultura. Nacen en España más hembras que varones. Tales son los datos que obtuvo Vicente Gay.

Se nota un movimiento, quiza excesivo, emigratorio; en estos últimos años han salido anualmente casi 100.000 españoles; pero este mal momentáneo producirá luego, poco a poco, grandes beneficios a la nación. Schmoller dice que el porvenir de los pueblos, su poderío y su bienestar, dependen, no exclusivamente, pero sí en gran parte, de su aptitud para la emigración, para la colonización, para el cultivo. La emigración española no se debe sólo a causas económicas, sino también al factor psicológico característico de nuestra raza: al espíritu aventurero y de imitación, según Vicente Gay.

Otro movimiento de la población, también algo excesivo, es el de los campos «productores de hombres» (Bucher) a las ciudades «consumidoras de hombres».

El eminente sociólogo Sales y Ferré se muestra algo pesimista respecto del porvenir de España, y es que sólo profundiza en los males presentes, y hace una crítica de nuestra situación sin el sentido histórico que sus grandes conocimientos debieran acusarle. En cambio, Altamira es altamente optimista, porque sólo bucea en el pasado. Ambos profesores se equivocan; los métodos empleados en sus investigaciones necesariamente han de conducir al pesimismo a uno, y al optimismo a

otro, cuando lo cierto es que ni un estado ni otro tienen fundamento sólido. Ni el pesimismo ni el optimismo resultan de una perfecta visión de los hechos. España sanará, no por la fuerza del pasado, sino por el esfuerzo que ha de realizarse como reacción a los tremendos males presentes. No seremos porque fuímos, sino porque somos; porque los males de la patria sólo incapacitan a los de arriba, no a los de abajo.

Un extranjero—Emilio Reich—dijo que no hay motivo para desconfiar del porvenir español. «Durante algún tiempo, permanecerá, acaso, postergada, España, respecto de sus hermanas en la vía del progreso; su posición la predestinó a la lentitud; pero el cuerpo y el espíritu de España son tan sanos como el de cualquiera otra nación, y si bien no podrá acaso recuperar su esplendor antiguo, alcanzará a buen seguro un estadio de más modesta ambición, se desarrollará en su propio suelo, formará una política tan notable como la de las otras naciones más avanzadas.» Así que preferibles a las de un novelista (Dumas) son las palabras de este sociólogo: España tendrá un buen gobierno; su vida no ha terminado.

«Tantas veces como resucitó la patria de sus cenizas de gloria, ¿habrá olvidado el secreto de tal maravilla?», pregunta Luis Morote; y Pérez Galdós dice que no olvidó ese secreto, que el pueblo español, médico de sí mismo, sanará», y recordará a los gobernantes «que parecen haberlo olvidado, que somos blancos y que con-

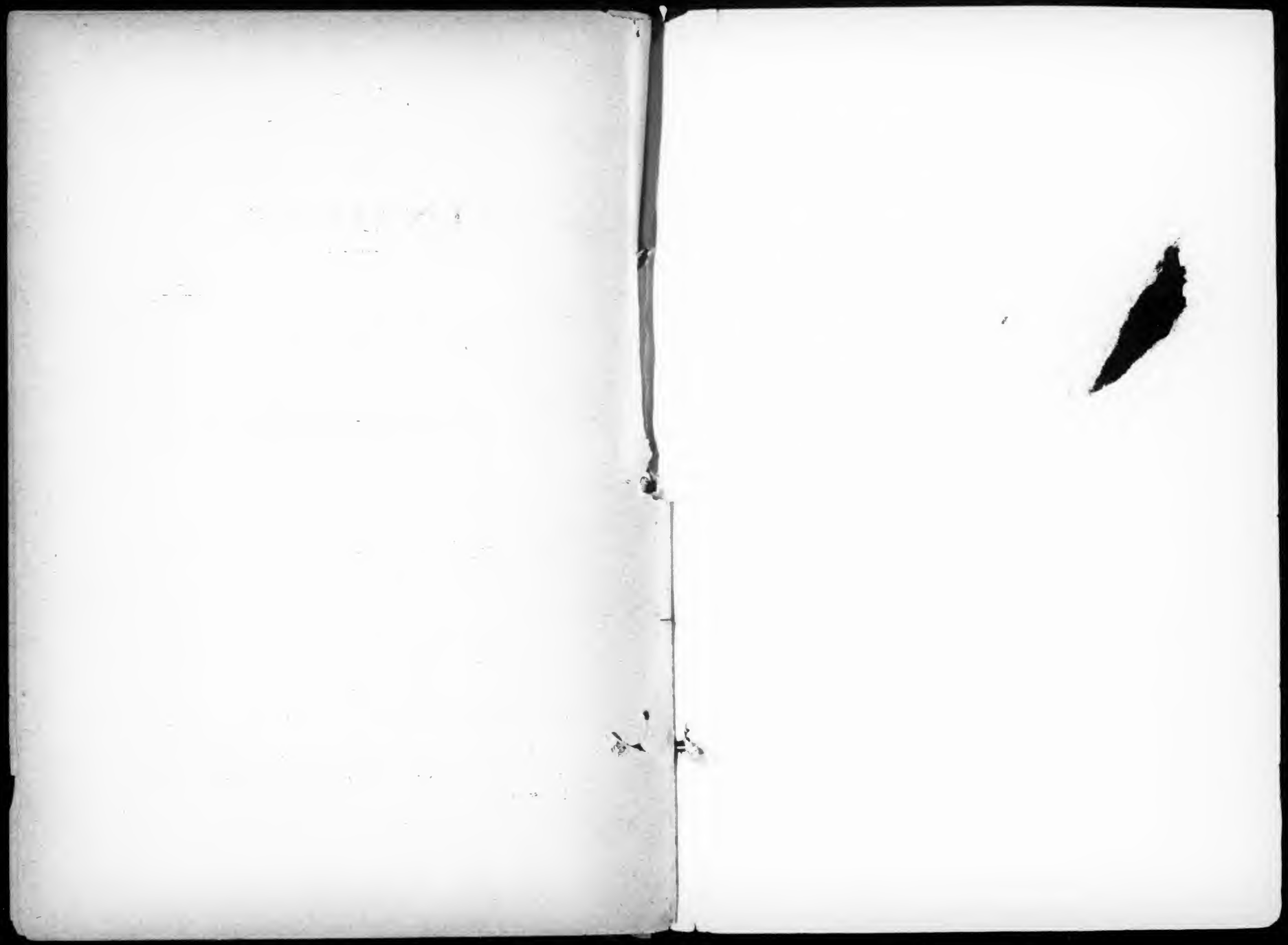
finamos con Europa» (Costa); que ya van aumentando las filípicas de los grandes patriotas y que Catilina caerá a los golpes rudos de los escritos de Macías Picavea, de Joaquín Costa, de Azcárate, de Sales y Ferré, de Senador Gómez, de Luis André, de Isern de Ganivet, de Maeztu, de Ortega y Gasset, de Morote, de Mallada, de Cajal etc., etc., y de la juventud que se presenta en el palenque donde se ventila el porvenir de España, armada de punta en blanco, con los consejos de hombres geniales, y con las energías y las aspiraciones profundas que alientan los sufrimientos y los dolores del pueblo, y su murmullo ronco y fiero que dice a los que saben escuchar la sentencia de muerte de la España vieja ante la España renovada que se dispone a llenar el mar de barcos, Castilla de fábricas, de obreros las minas, de estudiantes las escuelas, los bancos de oro, y, el mundo, con la fama de la nación española.

Madrid, 1916.

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA	5
PREFACIO.—El individuo, la Sociedad, el medio ambiente	7
CAPÍTULO PRIMERO. —Geografía española	23
CAPÍTULO II.—Orígenes étnicos del pueblo español.	41
CAPÍTULO III.—Evolución histórica	57
CAPÍTULO IV.—Caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos	83
CAPÍTULO V.—La inteligencia española	131
CAPÍTULO VI.—La vida artística	173
CAPÍTULO VII.—La vida económica, industrial y comercial	190
CAPÍTULO VIII.—El español en la vida militar	203
CAPÍTULO IX.—España y la religión	213
CAPÍTULO X. —La vida política	227
CAPÍTULO XI —La vida social	243

NOTA Por descuidos lamentables, se encontrarán en el texto algunas erratas. Dejamos al buen sentido y a la cultura del lector el subsanarlas.



COLUMBIA UNIVERSITY
0032208073

946.01 A613

Psicologia

OCT 3 1935 Harry Yerkes

JAN 16 1951 Joseph Raymond F. BENET